



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
ESCUELA DE POSTGRADO

EL LEGADO FASCISTA COMO DIFICULTAD PARA ALCANZAR UN
MUNDO AMBIENTALMENTE RESPONSABLE: UNA POSIBLE
SUPERACIÓN MEDIANTE UN NUEVO PARADIGMA ECOLÓGICO DE
COOPERACIÓN

Tesis para optar al grado de Magíster en Filosofía
FABIÁN ANDRÉS OLAVE RAMÍREZ

Profesora Guía:
SANDRA BAQUEDANO JER

Esta investigación ha sido financiada parcialmente por ANID: Beca de Magíster Nacional
2020 – Folio N° 22200815

Santiago de Chile, 2022

EL LEGADO FASCISTA COMO DIFICULTAD PARA ALCANZAR UN MUNDO
AMBIENTALMENTE RESPONSABLE: UNA POSIBLE SUPERACIÓN MEDIANTE
UN NUEVO PARADIGMA ECOLÓGICO DE COOPERACIÓN

RESUMEN

El mundo hoy enfrenta probablemente una de sus mayores crisis desde los inicios de su existencia. La situación ambiental actual ha alcanzado un nivel donde, si no se detiene a tiempo, pondrá en peligro a los diferentes seres que la habitan. La humanidad no se salva, siendo que, justamente, es ella la mayor responsable del estado del planeta, ya que su poca noción de responsabilidad sobre sus acciones en la naturaleza, privilegiando un sistema capitalista que busca la acumulación de riqueza, han llevado a la Tierra a su condición presente. No obstante, de a poco la gente ha adquirido mayor consciencia ecológica y ha perseguido una sociedad más amigable con el medioambiente. En esta misión, no se debe pasar por alto la situación de la responsabilidad ambiental, pues la manera en que es manejada hoy es un factor de gran relevancia y que presenta obstáculos a los cambios buscados. Se puede hallar hoy solapadamente una estrategia de evasión y traslación de la responsabilidad ambiental de parte de los defensores y promotores del capitalismo, la cual provoca que la responsabilidad por la crisis ambiental se ubique mayormente en la población común, mientras los mayores responsables, a saber, los capitalistas, son nula o levemente responsabilizados. Este mecanismo encontraría un eco en el pasado en los movimientos fascistas de la primera mitad del siglo XX, específicamente en el nazismo. La estratagema ocupada antaño por los nazis para evadir la responsabilidad por sus horribles crímenes estaría hoy presente en el neoliberalismo y su manejo de la responsabilidad ambiental. Por este motivo, se hace imperante un estudio detallado de tal estrategia. Por lo demás, si se quiere avanzar hacia un mundo ambientalmente responsable, es necesario configurar una vía por la cual se puedan superar las barreras impuestas por el capitalismo, lo cual solo sería posible a través de un nuevo paradigma ecológico amparado en relaciones cooperativas basadas en la confianza y adaptadas a una mayor integración de la naturaleza.

Para Lorena

por ser mi compañera y apoyo en todo

AGRADECIMIENTOS

A la profesora Sandra Baquedano Jer, por las pertinentes correcciones y el apoyo a lo largo de la investigación

A la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID), por haber financiado parcialmente esta investigación a través de la Beca de Magíster Nacional 2020 – Folio N° 22200815

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	1
CAPÍTULO 1: ¿Cómo llegamos a esto? La manipulación del concepto de responsabilidad por parte del régimen nazi.....	6
1.1. Una crisis aprovechada por el fascismo.....	7
1.2. La guía de lo suprahumano y la construcción de una ficción.....	9
1.3. La apelación al pequeñoburgués y la transformación en la masa.....	14
1.4. La ampliación de la masa: la atracción al fascismo de otros grupos sociales.....	21
1.5. La fundamental diferencia entre responsabilidad y culpa.....	25
1.6. La evasión en acción: argumentos nazis para evitar la responsabilidad.....	30
CAPÍTULO 2: La herencia fascista en el capitalismo: la traslación de la responsabilidad ambiental.....	36
2.1. La íntima relación entre el capitalismo y la naturaleza.....	38
2.2. Hans Jonas y la ampliación del círculo de consideración ética.....	50
2.3. ¿Se ha ido el fascismo? Una estrategia que se repite: evasión y manipulación de la responsabilidad ambiental.....	56
CAPÍTULO 3: Un nuevo paradigma ecológico: el establecimiento de relaciones cooperativas responsables con la Tierra.....	73
3.1. Separados estando juntos: el vínculo exclusivamente funcional en la sociedad capitalista.....	74

3.2. ¿Cómo lograr responsabilidad y cooperación ecológicas? La necesidad de un nuevo paradigma.....	77
3.3. La necesidad de replantear la reciprocidad hacia una de tipo ecológica.....	92
CONCLUSIÓN.....	102
BIBLIOGRAFÍA.....	109

INTRODUCCIÓN

A lo largo de sus miles de millones de años, la Tierra ha enfrentado diversas eras con distintas condiciones ambientales y donde diferentes especies han surgido y desaparecido. Todos estos procesos han sido parte natural de las transformaciones del planeta, siguiendo su normal curso evolutivo. No obstante, desde la aparición del ser humano, los cambios en la Tierra han tenido un sello diferente. Si bien se estima la edad de la humanidad en aproximadamente 315 mil años, siendo una parte ínfima en la historia entera del planeta, su presencia se ha marcado como ninguna otra especie lo ha hecho, pues ha moldeado los aires, la superficie y las profundidades a su voluntad. En los principios de su existencia, el ser humano no se distanciaba mucho de otros seres, siendo uno más que habitaba esta esfera del sistema solar. Empero, a medida que evolucionaba, su injerencia iba creciendo más y más, llegando a participar de la extinción de algunas especies y, más recientemente, a provocar la posible destrucción de los medioambientes planetarios. Ciertamente, desde los inicios de la era moderna, se ha presentado un progreso exponencial en el área de investigación tecnocientífica, siendo esta fecha el comienzo de la época donde la humanidad más ha influido en otros seres y en cada ecosistema. El incremento del poder humano sobre la naturaleza misma ha invertido los roles, dado que antes el primero estaba a merced de las inclemencias de la última, pero actualmente el ser humano tiene la capacidad de manejarla a su antojo. La consciencia y aprovechamiento de este poder se ha traducido no solo en la desaparición de cierta especie o en el desequilibrio de algún ecosistema particular, sino que en una explotación sistemática del planeta, llevándolo al borde de su destrucción. A través de acciones con este espíritu se ha llegado a manifestar una crisis ambiental sin precedentes, donde las consecuencias del obrar humano bajo las lógicas del capitalismo siguen preservando un rumbo dañino para con la naturaleza, el cual, si no es detenido, posiblemente acabe con la propia humanidad y con varios seres que habitan la Tierra.

Por cierto, con el correr de los últimos años ha aumentado la consciencia por esta situación, por lo cual la misma humanidad ha comenzado a tender a cambiar su comportamiento y a tener más en cuenta los alcances que puede tener su acción. A diferencia de eras pasadas, donde un hecho podía tener efectos mínimos y concernir a un pequeño círculo de individuos, en la actualidad una acción puede tener consecuencias insospechadas que incluso superan el saber humano. Ha sido por este medio que las personas han aprovechado su nuevo poderío, objetivizando a la naturaleza y explotándola a voluntad. Sin embargo, estos grupos con mayor consciencia ecológica han levantado luchas para detener este escenario, exhibiendo las características que posee el actual sistema capitalista que promueve estas conductas destructivas. De a poco, cada vez más personas se han hecho conscientes y ponen sus esfuerzos en llevar una vida más amigable con el planeta, con prácticas como el reciclaje, el ahorro de agua, la mantención de bosques, entre otras. No obstante, a pesar de estas labores, la crisis ambiental parece seguir su curso y cada vez son más las muestras que manifiestan el deplorable estado de la Tierra.

¿Por qué, si existe una mayor consciencia ecológica en la gente, se siguen percibiendo actos dañinos contra la naturaleza y un medioambiente cada vez más duro para vivir? Parece percibirse que la población emprende cada vez más actividades para proteger el planeta y tener un modo de vida ambientalmente consciente. No obstante, las campañas tanto del sector público como el privado siguen enfocándose en que sean las personas ordinarias las que tienen que poner un mayor esfuerzo en solucionar la crisis ambiental. ¿No parece esto injusto? Efectivamente, mientras se le adjudica una gran cuota de responsabilidad a la población común, los reales y mayores responsables de la situación presente son levemente interpelados. ¿Quiénes? Los máximos defensores y promotores del sistema capitalista, que establece como una necesidad la explotación de la naturaleza para la generación y acumulación de riquezas por el mero fin de poseerlas, sin tener un ápice de consideración por los tiempos de renovación y recuperación de los ecosistemas para subsistir. Este tipo de relación entre el humano y la naturaleza se halla en el núcleo de las condiciones de existencia del capitalismo. Con todo, los capitalistas han sabido lidiar con la actual crisis ambiental, pues inherentemente este modelo siempre ha convivido con contradicciones y crisis,

enmascarando los problemas internos y simulando cambiar por el bien de la sociedad, cuando realmente sus características de fondo se mantienen.

De este mismo modo, hoy en día los capitalistas han logrado evadir su responsabilidad por los daños al planeta y han hecho que los esfuerzos se enfoquen en que la población común pague mayormente el precio por este escenario. ¿Cómo se ha ideado esta conducta y de qué manera ha logrado permanecer? Esta manipulación de la responsabilidad es algo bien curioso, pues es la forma en que los capitalistas han logrado quedar libres y a través de la cual han podido continuar con sus prácticas destructivas de la Tierra, mas no sería algo propio del neoliberalismo, sino que tendría sus antecedentes en la primera mitad del siglo XX. Efectivamente, ya en esos tiempos se llegó a presentar una estrategia similar de evasión y traslación de la responsabilidad, específicamente en el nazismo alemán, en tanto movimiento totalitario y fascista. Durante el régimen nazi en Alemania se produjo una situación bastante peculiar, donde se hizo de alguna forma partícipe tanto a la población común como a las mismas víctimas de los horribles actos cometidos durante este periodo. En efecto, una vez cayó Hitler y sus colaboradores ante los Aliados, los ciudadanos alemanes sintieron una culpa tremenda como si ellos hubiesen apretado gatillos, incluso si su involucramiento en el régimen nazi fue mínimo y llevaron normalmente su día a día. Del mismo modo, algunas víctimas, como algunos individuos judíos, al salir de los campos de concentración se preguntaban si no tenían parte de responsabilidad en haber llegado a ese punto o en el destino que tuvieron sus compañeros muertos. Todo esto mientras los líderes y soldados nazis no tenían problema en declararse inocentes durante los juicios de posguerra. La razón de esta situación estaría en que el nacionalsocialismo ocupó una estrategia de involucrar en alguna medida a la población en sus actos, ofreciéndoles seguridad, estabilidad u otras cosas a cambio de su disposición a seguir los planes del régimen nazi. Este mecanismo parece haberse hecho presente una vez más hoy, aunque esta vez de parte de los capitalistas que evaden su responsabilidad por la crisis ambiental y la trasladan a la población común, mientras que ellos pueden seguir explotando la naturaleza y acumulando fortuna.

A causa de esta situación, esta investigación marchará sobre la tesis de que existiría una herencia del nazismo, en tanto ejemplo de fascismo y también de movimiento totalitario,

en la actual forma de capitalismo, a saber, el neoliberalismo, expresándose en la estrategia de evasión y traslación de responsabilidad ambiental que ocupan los principales defensores del capitalismo, al igual que lo hicieron en su tiempo los nazis evitando la responsabilidad de sus crímenes y desplazándola hacia la población común. El propósito de esta indagación será esclarecerle a la población la ilusión bajo la que ha sido puesta, de manera que despierten de ella y puedan hacerle frente, exigiendo que la responsabilidad por los daños al medioambiente sea dirigida a quienes realmente corresponde. Por este motivo, el desarrollo de tal tesis irá acompañada de una propuesta para que este enfrentamiento pueda llevarse efectivamente a cabo, la cual consiste en analizar la forma en que deberán cooperar los distintos individuos de la sociedad y no quedar en esfuerzos aislados, sino conformar un movimiento común que se plantee derribar los obstáculos impuestos por el capitalismo para tener un mundo ambientalmente responsable. Adicionalmente, se debe tener en cuenta que lo largo de la investigación, por motivos estilísticos, se usarán los términos nazi, nacionalsocialista, fascista o totalitario como equivalentes en la mayoría de los casos, en cuanto que se entiende que el nazismo fue la expresión alemana del fascismo, siendo un término nacido en Italia pero que aplica a una ideología sin fronteras, al igual que el régimen nazi fue un movimiento totalitario, abarcando con sus pretensiones todas las áreas de la sociedad.

La estructura de este escrito será dividida en tres capítulos. El primero se encargará de describir cómo el nazismo llevó a cabo su estrategia de evasión y traslación de responsabilidad, comenzando por el modo con el cual llamó la atención de la población para llegar al poder, pasando por la forma en que logró apelar al pequeño burgués (además de otros grupos) y formar una masa que lo apoyara, y finalizando con la manera en que los nazis se desligaron de su responsabilidad durante los juicios, a la vez de exhibir la refutación a sus argumentos por medio de la aclaración de los conceptos tanto de responsabilidad como de culpa. En el segundo capítulo se indagará cómo la estrategia ocupada por los nazis estaría presente también en el neoliberalismo (actual fase del capitalismo). Para ello se expondrá, primeramente, la íntima relación que existe entre el sistema capitalista y la naturaleza, llegando al estado actual donde el humano tiene el poder de incluso destruirla, lo que será

aclarado a través del diagnóstico hecho por Hans Jonas y su ética dirigida al futuro. De este modo, se podrá esclarecer la manera en que, a pesar de tener grandes muestras de las consecuencias del obrar humano en el planeta, los principales defensores del capitalismo insisten en evadir su responsabilidad y concertar con los gobiernos que se responsabilice más a la población común. Por último, en el tercer capítulo se ofrecerá una vía por la cual los individuos puedan enfrentar aquella estratagema capitalista, dando cuenta de que deben superar la desconfianza y cooperar colectivamente empujando un nuevo paradigma ambientalmente responsable, teniendo que replantear conceptos como la reciprocidad, ya que solo así se lograrán romper los obstáculos impuestos por el capitalismo para lograr una sociedad con valores más ecológicos.

CAPÍTULO 1

¿CÓMO LLEGAMOS A ESTO? LA MANIPULACIÓN DEL CONCEPTO DE RESPONSABILIDAD POR PARTE DEL RÉGIMEN NAZI

Los terribles actos cometidos durante la Alemania nazi no tenían precedente hasta ese momento histórico, tanto por su magnitud como por la crueldad inherente a ellos. Nadie lo supo mientras todo aquello sucedía, pero una vez que Hitler y sus generales cayeron se fue develando poco a poco, hasta lograr dibujar todo el panorama de los horribles crímenes cometidos durante el régimen. ¿Cómo llegó a pasar? ¿No hubo ninguna persona que le diera un término desde el inicio? ¿Cómo nadie lo pudo prever? Todas estas son preguntas que pueden sonar muy razonables y llenas de sentido hoy en día si se le da una mirada superficial al fenómeno del fascismo establecido durante la primera mitad del siglo XX, pero si uno va más allá y lo analiza a profundidad se dará cuenta prontamente que el escenario es mucho más complejo de lo que se creía.

Esto se puede apreciar con especial ahínco en el concepto de «responsabilidad», puesto que es natural cuestionarse cómo ningún militar, político o persona de la sociedad civil se hizo responsable de los actos que estaban ocurriendo. ¿Por qué nadie sintió el peso de la responsabilidad de hacer algo contra las medidas que estaban tomando los altos mandos y que eran cumplidas casi ciegamente por las filas de la milicia? ¿Es acaso que en verdad no les molestaba todo lo que estaba pasando, o les era más fácil hacer oídos sordos a la realidad con tal de obtener tranquilidad mental, o bien simplemente no sabían y seguían con su vida cotidiana? La respuesta no es para nada fácil, pues no se puede encasillar en ninguna de las opciones dadas, sino que se debe dar cuenta de toda la maquinaria que había en el fascismo, y especialmente en el nazismo, para manipular el concepto de responsabilidad. Lograron hacerle creer a la población que estaban liberados de ella, que ante cualquier juicio ellos no serían hecho responsables de las acciones que el régimen hacía o les mandataba. Todo esto mientras los altos mandos eran capaces de librarse de su propia responsabilidad trasladándola

a todo el pueblo, independiente de su participación, de manera de aligerar su eventual condena.

Dada esta complejidad, es necesario investigar la estrategia nazi para llegar al poder y mantenerse con el apoyo de la población, a pesar de los terribles planes que tenías y que finalmente llevaron a cabo. Se dedicará este primer capítulo a esta tarea, de manera de dejarlo lo suficientemente claro para luego dilucidar de qué forma esto se legó al capitalismo y está siendo usado para evadir la responsabilidad de los actos que dañan el medio ambiente.

1.1. Una crisis aprovechada por el fascismo

Antes que todo, se debe entrar en el contexto previo al ascenso del nazismo. Alemania había sido la gran derrotada después de la Primera Guerra Mundial, lo que lanzó la semilla para el resentimiento creciera en algunos grupos. Otro gran hito fue la crisis económica de 1929, una de magnitud nunca vista en la sociedad capitalista. Alemania también sufrió las consecuencias, al igual que gran parte del mundo. Sin embargo, la diferencia estuvo en que la población alemana había llegado a un estado de inestabilidad profunda. La República de Weimar instaurada al término del primer conflicto armado fue una época de muchas idas y vueltas, gobiernos poco duraderos y golpes de estado. Todo esto causó un clima de exasperación, el cual era percibido por el alemán de a pie sintiéndose solo, abandonado y sin el “cobijo del Estado” para llevar a cabo su día a día ni que le diera respuestas adecuadas cuando las necesitara.

Al fin y al cabo, ese ambiente de inestabilidad desembocó en una efectiva experiencia de crisis, donde las respuestas habituales ya no le servían a la población alemana, eran extemporáneas, y las nuevas que les ofrecían estaban rodeadas de un vaivén de gobiernos sin mucho apoyo. Por esto, podría decirse, en palabras de Jerome Kohn que “la *tradición* del pensamiento moral se había roto, no por efecto de ideas filosóficas, sino de los acontecimientos políticos del siglo XX, y no había forma de rehacerla otra vez” (2019, p. 20). De este modo, ocurre una “pérdida de espontaneidad” (Cantero, 2015, p. 16), ya que el humano no puede actuar de manera tan habitual como lo hacía, pues está desprovisto de las guías que cotidianamente tenía y ya no sabe qué puede llegar a pasar con las actividades que

empresa. Las máximas de su tiempo que le decía que una acción A podía encaminarlo más o menos a un objetivo B ya no valían, lo que debilita la libertad y la conexión pensamiento-acción (Cantero, 2015, p. 16), todo lo cual prefiguraba al “Gobierno totalitario, nacido de esta crisis” (Arendt, 2002, p. 683).

En efecto, esta experiencia de crisis propició que el ciudadano tratara de buscar alguna forma de aliviar su existencia, la cual había caído en una desolación donde tenía que buscar respuestas por sí mismo, sin la asistencia de un ente gobernante claro. Ante esta situación, se ve abrumado por las consecuencias de sus acciones, las cuales son inesperadas al no contar con las guías que antes sí poseía. Esta situación desemboca en un llamado escapismo, que podría definirse como “la negación social o individual, teórica o práctica, del significado de la conducta humana en cuanto libre, es decir, espontánea, y por ende responsable, pasible de alabanza, castigo o perdón” (Cantero, 2015, p. 18), lo que llevado al día a día se traduce en una actitud de los sujetos de “escapar a la responsabilidad por sus hechos” (Arendt, 2000b, p. 31) y, cuando se les enfrenta por las consecuencias que estos tienen y que pueden ser perjudiciales para otros, “no desean en ninguna circunstancia discutir sobre su parte de responsabilidad” (Arendt, 2000b, p. 31).

Este escenario fue justamente aprovechado por los movimientos totalitarios de la época, buscando ocupar aquel lugar de la figura que puede aliviar la existencia a los individuos y absorber algo de la responsabilidad de sus actos a través de las máximas que profesan. No obstante, a diferencia de los intentos de gobierno que existieron en Alemania previo al alzamiento del partido nacionalsocialista, el nazismo se impulsó como la representación del curso natural del mundo, a la manera de una guía que va más allá de lo humano, y esto es precisamente lo que se perseguía desde la actitud escapistista de la población. Ciertamente, “las teorías y las formas de escape procuran explicar los hechos históricos como resultado de un designio supra-humano e impersonal, que rige de manera implacable el curso de los acontecimientos y del que los individuos sólo son obedientes e inocentes ejecutores” (Cantero, 2015, p. 19), logrando de alguna forma aligerar la responsabilidad de los sujetos quitándole la carga a las consecuencias de sus acciones.

1.2. La guía de lo suprahumano y la construcción de una ficción

La manera en la que llevó a la práctica esto el nacionalsocialismo y con lo que consiguió la atención de la gente fue focalizar esta representación de lo suprahumano que dirige el curso de la vida y que los libera de responsabilidad en un líder, por un lado, y en la construcción de un mundo ficticio, por otro. Ambos elementos están estrechamente conectados, porque “lo que distingue a los líderes y dictadores totalitarios es más bien la singular plenitud de propósitos con la que escogen aquellos elementos de las ideologías existentes que más aptos resultan para convertirse en los fundamentos de otro mundo enteramente ficticio” (Arendt, 2002, p. 554).

Por cierto, un líder de cualidades suprahumanas atrajo la atención de la población que se encontraba perdida, sin respuestas para sus dramas del día a día y sin una figura política que se las administrara, y lo hizo de una manera bastante particular. El punto clave del líder o jefe totalitario se encuentra en que se presenta como el garante de toda una nueva forma de considerar al mundo, la cual superaba las antiguas prácticas de llevar la sociedad y que finalmente la llevaron a caer en una crisis. Pero no es solo eso, sino que también viene a solucionar la gran inquietud del sujeto que está vivenciando esa crisis: la gran carga de tener que decidir por sí mismo cómo comportarse en la existencia y, simultáneamente, hacerse responsable por las consecuencias que tenga el modo de vida que ha escogido. Todo esto sin el apoyo de un sistema que le brinde guías de cómo comportarse y mayor seguridad en que sus acciones no tendrán resultados perjudiciales para él o para otros. Por cierto, este jefe totalitario, el líder del nazismo, logra concentrar en su imagen la salvación de ese peso existencial, distinguiéndose de los demás humanos al superar las derrotadas formas de encauzar la sociedad, pues, tal como dice Jerome Kohn en su introducción a *Responsabilidad y juicio*, “cuando esa persona aparece en medio de sus congéneres, se destaca de ellos en el sentido de que es responsable sólo ante sí misma: para ella, cualquier inclinación, tanto a obrar bien como a obrar mal, es una tentación que la «desvía» de sí misma para hundirla en el mundo, por lo cual hay que resistir a esa inclinación” (2019, p. 29). Este factor de ser una suerte de salvador es lo decisivo del jefe totalitario, en contraste a líderes de otros movimientos de la época que no lograron captar la atención de la población, porque lo que sí

hizo el totalitario fue ofrecer la liberación de esa responsabilidad que tanto estaba ejerciendo agobio sobre los hombros de la población al manifestarse él como el encargado de la sociedad y el que llevará las riendas de cada acción, liberando al sujeto de tener que realizar el paso previo del pensamiento:

El Jefe representa al movimiento de una forma totalmente diferente de la de todos los demás líderes ordinarios del partido; reivindica la responsabilidad personal por cada acción, hecho o entuerto, obra de cualquier miembro o funcionario en su capacidad oficial. Esta responsabilidad personal es el más importante aspecto organizativo del llamado principio del jefe, según el cual cada funcionario no es solamente nombrado por el jefe, sino que es su encarnación viviente y se supone que cada orden emana de esta fuente siempre presente. Esta perfecta identificación del Jefe con cada subjefto designado y este monopolio de la responsabilidad por todo lo que se hace son también los más conspicuos signos de la diferencia decisiva entre un jefe totalitario y un dictador o déspota ordinarios. (Arendt, 2002, p. 570)

Este factor esencial de sustraer la responsabilidad de quien realmente la carga y presentarse como el titular de toda la responsabilidad por los actos de todo el movimiento fue sustancial en el alzamiento y establecimiento del nazismo. Además, ya prefigura el elemento central que esta tesis busca indagar: cómo el fascismo consiguió trasladar la responsabilidad entre los líderes y la población, para luego ocupar esta oscilación como justificación para evitar los cargos que se le imputarían en los posteriores juicios.

Ahora bien, la atracción hacia el movimiento nacionalsocialista no se queda solo en el carisma que puede tener el líder, sino que se complementa con el ofrecimiento de un nuevo mundo, una ficción que renovará los valores tradicionales de la sociedad y que cumplirá con el aliviamiento de la existencia que busca el individuo, asegurándole su seguridad y tranquilidad mental. Esto lo consiguió el nazismo al vender un discurso en el cual se hablaba sobre recuperar la grandeza de Alemania, la cual había sido secuestrada desde la derrota en la Primera Guerra Mundial. Con esto la corriente nazi lograba apelar a ese sujeto vencido, al cual le habían quitado toda solidez y el cual creía que el único lugar del mundo que le quedaba era el del perdedor. Era tal el nivel de decepción en el ciudadano alemán que fue capaz de aceptar la oferta del nacionalsocialismo que proponía un nuevo sistema donde serían los victoriosos, donde la voluntad de poder volvería a ellos, en el cual su seguridad estaría garantizada y todos sus sueños serían posibles, siendo parte todos de un mismo grupo

encabezado por un líder que los liberaría de la responsabilidad: “las masas, en contraste con las clases, deseaban la victoria y el éxito como tales, en su forma más abstracta (...). Para las masas, más importante que la causa que pueda resultar victoriosa o la empresa particular que pueda resultar un éxito es la victoria de cualquier causa y el éxito en cualquier empresa” (Arendt, 2002, p. 540). Tanta era la desesperación del sujeto por un triunfo que ya no meditaba las consecuencias que traería los medios por los cuales se obtendría, y tal fue la puerta de entrada del nazismo para ofrecer medidas horribles como la guerra y la exterminación racial, los cuales eran pasados por alto por el ciudadano con tal de que su futuro fuera al fin exitoso y de que se le liberara de la responsabilidad.

Efectivamente, el movimiento totalitarista propuso una serie de medidas para lograr su propósito de recuperar el poder de la nación alemana, lo que atrajo gran entusiasmo en la población, pero en realidad todo esto estaba colmado por una serie de medidas populistas, de promesas vacías y, más solapadamente, de crímenes horribles. Por cierto, una de las fortalezas que tuvo el totalitarismo para lograr posicionarse en el poder fue el uso sistemático de la mentira, enunciando una serie de mejoras para mitigar el dolor de la existencia en la gente. Mejoras, empero, que se contradecían unas de otras, que no tenían sentido o que eran francamente inalcanzables. Por esta razón es que la propuesta nazi de un nuevo y superior mundo solo podía existir como una ficción. Se podría pensar que esta sería una gran debilidad del totalitarismo, pero tan esperanzadores eran sus objetivos para la población que lograron captar su atención e ignorar sus mentiras, sus inconsistencias y, en último término, su crueldad. Este punto es esencial de tener en cuenta, pues ya en su tiempo el nacionalsocialismo fue mirado en menos por sus contrincantes al pensar que tales ficciones caerían fácilmente y que la gente no se vería seducida, cuando realmente fue su fuerte y con lo que logró llegar al poder. Tal advertencia quizás ya la anunciaba Hannah Arendt después del término de la Segunda Guerra Mundial, como una señal de precaución ante futuras muestras de fascismo:

Uno de los principales obstáculos con los que ha tropezado el mundo al tratar con los sistemas totalitarios ha sido el haber ignorado este sistema y por ello confiado en que, por una parte, la verdadera enormidad de las mentiras totalitarias constituiría su ruina y que, por otra, sería posible tomar al jefe su palabra y obligarle a cumplirla, fueran

cuales fueran sus intenciones originales. Desgraciadamente, el sistema totalitario está inmunizado contra tales consecuencias normales; su ingeniosidad descansa precisamente en la eliminación de esa realidad, que, o bien enmascara al mentiroso, o bien le obliga a hacer real su afirmación. (2002, pp. 582-583)

Por esto, esta creación de una ficción es un elemento que no debe ser pasado por alto en el análisis del totalitarismo. Ya fue una estrategia atractiva para los individuos en la primera mitad del siglo XX al ser usada por el nazismo, el cual la desplegó a través de la creencia fundamental en que “todo es posible” (Arendt, 2002, p. 652). Este principio llamaba a hacer creer a la población de que cualquier objetivo que se propusieran podría ser alcanzado bajo su sistema, esto es ya que está en sus manos realizar su voluntad de poder y nada lo podrá parar, teniendo el éxito tan esperado. Este fundamento nace desde un préstamo del nihilismo, el cual, como explica Arendt, es modificado y llevado más allá para liberarlo de las cadenas que otras ideologías le imponían:

los métodos totalitarios de dominación; todos éstos son elementos que se utilizan, desarrollan y cristalizan sobre la base del principio nihilista de que «todo está permitido», que heredaron y dieron por supuesto. Pero allí donde estas nuevas formas de dominación asumen su estructura auténticamente totalitaria superan este principio, que sigue ligado a los motivos utilitarios y al interés propio de los dominadores y penetran en un terreno que hasta ahora nos resultaba completamente desconocido: el terreno donde «todo es posible». (2002, p. 656)

De esta manera, el totalitarismo le hace creer al individuo que es válido conseguir lo que se proponga, no importa cuánto esto sea contradictorio con otros objetivos o hasta con el sistema mismo, sino que por su solo poder es capaz de alcanzarlo, ya que todo está enmarcado dentro de su sistema ficticio que no responde a las lógicas del mundo real. En efecto, a esto se acoge el movimiento totalitario para despejar las dudas de sus adherentes y lograr mayor adhesión, pues “su propaganda se halla caracterizada por su extremado desprecio por los hechos como tales, porque en su opinión los hechos dependen enteramente del poder del hombre que pueda fabricarlos” (Arendt, 2002, p. 539), consiguiendo así que se deje de lado el sentido común en favor de esta nueva ficción. Puede que incluso aquel individuo que esté siendo atraído por la propaganda totalitaria como la nacionalsocialista tenga un dejo de duda sobre los fundamentos de este nuevo movimiento, pero el contexto por el cual se ve rodeado —es decir, un ambiente de derrota, sin una guía y con el peso de la responsabilidad por sus

acciones— lo dirige de igual forma a alejarse de la realidad y preferir un sistema ficticio, quizás con inconsistencias, pero que al menos le promete poder conseguir lo que se proponga:

La propaganda totalitaria puede atentar vergonzosamente contra el sentido común sólo donde el sentido común ha perdido su validez. Ante la alternativa de enfrentarse con el crecimiento anárquico y la arbitrariedad total de la decadencia o inclinarse ante la más rígida consistencia fantásticamente ficticia de una ideología, las masas elegirán probablemente lo último y estarán dispuestas a pagar el precio con sacrificios individuales; y ello no porque sean estúpidas o malvadas, sino porque en el desastre general esta evasión les otorga un mínimo de respeto propio. (Arendt, 2002, p. 542)

El peligro que implica esta máxima de «todo es posible» y su apoyo en la ficción es inmenso, dado que permite que cualquier acción que alguien se proponga se vea como factible y, a la vez, amparada dentro del sistema sin pasar por una consideración moral. Ciertamente, tal es el desprecio por la realidad que no se hace uso de la capacidad de pensar (Cantero, 2015, p. 26) previamente a realizar la acción, no se hace el paso previo de meditar si es acaso posible llevarla a cabo, de evaluar si no se le hará daño a alguien más o de si está dentro de los límites morales de la sociedad. Todo esto justificado por aquella ficción que permite que el mundo real, despreciado ya por el individuo derrotado, sea dejado atrás y se dé paso a un mar de incongruencias que pueden llegar a ser terribles, siendo un ejemplo los crímenes de lesa humanidad ocurridos durante el régimen nazi. Esta es otra advertencia hecha por la escritora judeo-alemana y su análisis del totalitarismo, ya que

es este aspecto de la experiencia totalitaria que Arendt teme que hayamos fallado en enfrentar, gracias en parte a nuestros prejuicios “liberales” de sentido común. Queremos creer que la característica distintiva del terror totalitario fue su escala más que sus nuevas formas de organización y de desnaturalización de los seres humanos. El análisis de Arendt de terror totalitario se enfoca precisamente en estas dimensiones olvidadas, para mostrar mejor cómo un mundo donde “todo es posible” fue de hecho creado. Ella quiere desengañarnos de la cómoda (pero falsa) creencia de que hay límites definidos para lo que los seres humanos pueden hacerse unos a otros, que una repugnancia natural o un sentido moral servirá como un freno al mal a gran escala. (mi trad.; Villa, 1999, p. 17)

Aún más peligroso es que ya alguien adentrado en este sistema ficticio difícilmente puede darse cuenta de que sus acciones están dentro de un marco ficticio. Si le es posible planear o llegar a realizar una acción que en la realidad le sería difícil es porque justamente esta ficción no tiene una lógica como antes, no responde a máximas estrictas que definan el

bien y el mal, lo verdadero y lo falso, lo correcto e incorrecto. Todo esto es viable dado que la estrategia totalitaria logra atraer justamente con ese factor, dar la impresión de que cualquier objetivo es posible, no importa cuán contrario sea con otro objetivo del mismo individuo o de la sociedad, pues esta ficción no se rige por las reglas de la realidad, sino que “lo que hace encajar a la «idea» en su nuevo papel es su propia «lógica», es decir, un movimiento que es consecuencia de la misma «idea» y que no necesita de ningún factor exterior para ponerse en marcha” (Arendt, 2002, p. 694). De este modo, hasta las propuestas más descabelladas fluyen sin oposición ni choque con los filtros que tendría la realidad despreciada por los sujetos.

Ahora bien, ¿cómo es que se llegó a apelar tanto a estos individuos para que cayeran tan fácil en la manipulación totalitaria? ¿Cuál fue la característica presente en ellos que descubrieron los fascistas para aprovecharla y explotarla, logrando un apoyo casi total de la población (en diferentes grados), lo que los llevó eventualmente al poder y les permitió tomar medidas que otrora hubiesen sido motivo de protesta e indignación? Esta conducta puede ser respondida con el análisis de los objetivos del totalitarismo de tratar a la población como una masa, en desprecio de las clases, y en especial de influir en el pequeñoburgués, aunque sin dejar atrás los demás estratos sociales.

1.3. La apelación al pequeñoburgués y la transformación en la masa

La búsqueda por formar una masa e influenciar a los ciudadanos a ser parte de ella por parte del totalitarismo comienza desde su necesidad de obtener una cantidad de adeptos suficiente para que no se desarme su movimiento, puesto que la pérdida de seguidores iría dejando poco a poco al descubierto la ficción sobre la que se ha estado apoyando. Por cierto, “los movimientos totalitarios dependen de la pura fuerza del número, hasta tal punto que los regímenes totalitarios parecen imposibles, incluso bajo circunstancias por lo demás favorables, en países con poblaciones relativamente pequeñas” (Arendt, 2002, p. 485), Por esta razón, se debe separar de la apelación a clases, ya que esto le daría el respaldo de solo una parte de la población y no lograría la magnitud necesaria para tener éxito en su proyecto. Tal como dice Wilhelm Reich en su *Psicología de masas del fascismo*, “un dirigente (Führer) o simplemente el representante de una idea no puede obtener un triunfo (...) más que si sus

posturas personales, su ideología o su programa tienen resonancia en una amplia capa de individuos masificados” (1972, p. 51) o, de lo contrario, quedaría en un esfuerzo vacío. A causa de este factor, el fascismo tuvo la astucia de englobar en su movimiento intereses que compartieran con la mayoría de la población, especialmente con esos individuos que estaban cada vez más decepcionados del sistema y del modo que había sido manejado su tiempo. Además, el contexto fue de lo más propicio en el caso del nazismo alemán, puesto que existía un gran número de sujetos que estaban decepcionados de la política tradicional, que se sentían excluidos de las decisiones sobre su nación y que, a su vez, se sentían desesperados ante la falta de apoyo, tanto que estaban dispuestos a aceptar una nueva guía que los amparara, sin considerar mucho todo lo que conllevaba. A partir de esto, es que se formaría naturalmente un conjunto de personas que no compartían mayormente ideas en común, pero que sí se encontrarían en una situación político-existencial similar: una masa, la cual justamente era lo suficientemente numerosa y presentaba las características necesarias para que el nacionalsocialismo y otros totalitarismos surgieran:

Los movimientos totalitarios son posibles allí donde existen masas que, por una razón u otra, han adquirido el apetito de la organización política. Las masas no se mantienen unidas por la conciencia de un interés común y carecen de esa clase específica de diferenciación que se expresa con objetivos limitados y obtenibles. El término de masa aplica sólo cuando nos referimos a personas que, bien por su número, bien por indiferencia, o por ambos motivos, no pueden ser integradas en ninguna organización basada en el interés común (...). Potencialmente, existen en casa país y constituyen la mayoría de esas muy numerosas personas neutrales y políticamente indiferentes, que jamás se adhieren a un partido y rara vez acuden a votar. (Arendt, 2002, p. 489)

En ese prototipo de ser humano es en el que se concentró el nacionalsocialismo, aquel sujeto que no había sido buscado por los partidos políticos tradicionales, mirados en menos por alguna supuesta debilidad o de poco interés por su poco involucramiento en las aficiones comunes. Y, simultáneamente, por estas mismas características los humanos-masa no se veían atraídos por estas organizaciones, no encontraban en ellas las respuestas para dejar de vagar en el mar de inestabilidad en el que se sentían, sino que las consideraban como parte del mismo problema que hizo caer a la sociedad en una crisis.

Este escenario, empero, le fue mucho más útil al nazismo, porque de este modo podían atraer a un sujeto no “contaminado” por los partidos y su residencia en la realidad, siendo

mucho más tentadora la ficción que ofrecían los movimientos totalitarios, libre de los vicios en los que estaban las organizaciones políticas y que tenían al individuo tan desamparado y decepcionado. Adicionalmente, este humano-masa no había llegado a ser encasillado en un conjunto de intereses comunes que lo hicieran parte de una clase social, lo que justamente hubiera sido contraproducente para el nacionalsocialismo, ya que “la pertenencia a una clase, sus limitadas obligaciones de grupo y sus actitudes tradicionales hacia el Gobierno impedían el desarrollo de una ciudadanía que se sintiera individual y personalmente responsable de la gobernación del país” (Arendt, 2002, p. 493), elementos esenciales para los objetivos del nazismo, pues necesitaba esta separación suficiente entre los individuos para no formar un conjunto pero con la cohesión suficiente para apoyar un movimiento que le prometía poder cumplir todo lo que se propusiera y una salvaguardia que lo liberara de la responsabilidad de sus acciones, ya que el líder era garante de esto. Con esta superación de las clases, los movimientos totalitarios lograron romper la solidaridad en la que se basaban, rebasando los intereses en común que estas tenían en favor de un fin mayor –la solución de todos sus problemas a través del lema «todo es posible»– y también gracias a la “solidaridad negativa” (Arendt, 2002, p. 494) en base a su abandono por parte de los partidos tradicionales y su consecuente apatía hacia el mundo que ellos pregonaban. De este modo, el nazismo consiguió unir una masa, un número de personas bajo una misma lógica, pero sin compartir un interés común, sino que manteniendo una individualidad suficiente para no ver otro fin más que la superación personal a través del éxito de la nación.

Este logro de formar una masa y romper la solidaridad de clases no se hizo por parte del movimiento totalitario apuntando a cualquier grupo de la sociedad al azar y esperando a ver si resultaba, sino que se realizó tomando con especial atención a un personaje de la población: el *pequeñoburgués*, el funcionario, el filisteo o el padre de familia¹. Esta figura es

¹ Todos estos términos son distintas formas de llamar a un solo tipo de ser humano participante de la sociedad usados por Hannah Arendt en distintos textos. En el caso de *pequeñoburgués* es el concepto que más usa para referirse al sujeto al que principalmente apeló el nazismo, ya que en él se reúne también la posición social a la que se adscribe, componente esencial para comprender cómo llegó a ser tan partícipe del régimen nazi. La palabra se puede ver usada, por ejemplo, en *Culpa organizada* (2005, p. 43) o en *Los orígenes del totalitarismo*, pero solo referido como “burgués” en este último (2002, pp. 524-525). En el caso de *funcionario*, suele utilizarse cuando se nombra al sujeto ya inserto en la maquinaria nazi, siendo parte de su régimen, en el nivel que sea, como en *Eichmann en*

de particular interés pues es quien más se encontraba en desesperación por la crisis que estaba ocurriendo, ya que no era lo suficientemente rico o lo socialmente bien posicionado para pertenecer a la élite (aunque quería serlo), ni tampoco tenía una consciencia de clase que lo asimilara al proletariado o a las clases obreras, al mismo tiempo que despreciaba llegar a esa posición: “Por su propia situación social, el pequeño-burgués no puede solidarizarse ni con su capa social, ni mucho menos con el proletariado; no se solidariza con su capa social porque reina la competencia; tampoco con el proletariado industrial porque lo que precisamente él teme más es la proletarización” (Reich, 1972, p. 65). Ciertamente, al tener una personalidad de querer siempre más, de proliferar económicamente, no ve a los otros de su mismo estrato como colaboradores, sino que, por el contrario, son enemigos, adversarios en la competencia del mercado. Y tampoco puede llegar a empatizar con las clases sociales más bajas, pues representan aquello de lo que se quiere alejar: de la pobreza, de la poca notoriedad, de la exclusión. Por esta razón, caía en una suerte de limbo donde no tenía una identidad por sí mismo, sino que siempre aspiraba a más, a la vez que no era atrayente para los actores políticos, no atendiendo a sus urgencias y necesidades. Todo lo cual lo hacía recaer en un aislamiento y en la falta de relaciones sociales, lo cual el fascismo supo aprovechar, teniendo de manera solapada sus tendencias más violentas (Arendt, 2002, p. 497), pero aportándole aquella identificación que tanto buscaba pero que no encontraba con quién llevarla a cabo: una identificación con la nación, siendo su agente, lo que le aportaba la sensación de poder escalar y obtener esa alcurnia que tanto ansiaba.

Lo que ocurrió con el pequeñoburgués es que, por un lado, se vio en una posición cada vez más complicada en términos económicos, tanto por la situación mundial (ya se mencionó la crisis de 1929) como por la inestabilidad de su país, Alemania, luego de la

Jerusalén, donde se dice que Eichmann se acogió al “hecho de que no actuó como [un delincuente], sino como un funcionario cuyas funciones hubieran podido ser llevadas a cabo por cualquiera” (2000a, p. 436), o también se ve en *Los orígenes del totalitarismo* (2002, p. 507). El *padre de familia* representa quizás la parte más emotiva de esta figura, pues cuando se menciona se hace con la intención de mostrar que terminó siendo atraído por el nacionalsocialismo con la promesa de protección a su círculo más cercano (2002, p. 524; 2005, p. 43). Por último, *filisteo* es lo menos visto y es como se describe tanto a Himmler como a quienes él logró captar (2002, pp. 524-525).

derrota en la Primera Guerra Mundial. Pero también, por otro lado, veía la seguridad y el bienestar de su familia de manera cada vez más precaria, sin ningún ente político que estuviera dispuesto a ayudarlo, sin ninguna guía que le alivianara la existencia. Estos factores los vislumbró perfectamente el nacionalsocialismo y construyó como lema de campaña justamente el brindar una mejor calidad de vida para aquel sujeto que siempre había sido desplazado por la sociedad. Por medio de esta promesa, el nazismo sabía que podría conseguir la disposición completa del pequeñoburgués para que fuera parte de esa masa que necesitaba para lograr sus planes, ya que conocía su desesperación. Simultáneamente, le aseguraba la liberación de la responsabilidad por los actos cometidos, ya que solo estaría cumpliendo las órdenes del jefe, de aquel que haría un nuevo mundo donde todo era posible:

Estábamos tan acostumbrados a admirar o ridiculizar la bondadosa preocupación del padre de familia, su seria concentración en el bienestar de su familia, su solemne decisión de consagrar su vida a su mujer y sus hijos, que apenas percibimos cómo el fiel padre de familia, que no se preocupaba sino de la seguridad, se transformaba contra su voluntad y bajo la presión de las caóticas condiciones económicas de nuestro tiempo en un aventurero que nunca podía sentirse seguro ante las preocupaciones del día siguiente. (...) Este padre de familia demostró que estaba completamente dispuesto a dejarse arrebatar sus ideas, su honor y su dignidad humana por una pensión, una vida segura y la existencia asegurada de su mujer y sus hijos. (...) La única condición que puso fue que se le absolviera radicalmente de la responsabilidad de sus actos. (Arendt, 2005, pp. 43-44)

La preocupación por la familia por parte del pequeñoburgués es un factor que no se debe pasar por alto en este análisis del nazismo, porque es uno de los elementos que logra reunir a la masa de la clase media². Efectivamente, esta masa puede poseer inmensas diferencias, desde cuánto es realmente afectado económicamente por el contexto histórico hasta sus áreas laborales, pero lo que los identifica sí o sí con otros es su situación familiar (Reich, 1972, p. 63). El nexa que tiene con su círculo íntimo no se despegar de su estrato social, ya que, al ser solo un pequeño burgués y no alguien tan adinerado como de la élite, a menudo su familia era parte también de su negocio, ya sea ayudando con la empresa o en el campo. De esta forma, psicológicamente el padre de familia lleva sus pretensiones en el ámbito económico al círculo familiar, haciendo de este su pequeña empresa y tomando el

² De esta forma le llama Wilhelm Reich a la pequeñaburguesía en su texto *La psicología de masas del fascismo* (1972, pp. 58 y ss.).

lugar del jefe. Con ello alcanza lo que no había podido lograr socialmente, escalar en niveles y no depender de alguien más, todo lo contrario de su vida real donde no escalaba y siempre era dirigido por alguien. Por esta misma razón es que encuentra un símil con el sistema que le propone el fascismo, ya que este le ofrece ser parte de ese escalafón que dirige, que puede realizar su vida como le plazca, pues se identifica con ese Estado poderoso, que, a su vez, le ofrece la protección de esa empresa tan valorada que es la familia en tiempos tan tumultuosos: “la posición del padre en el Estado y en la economía se refleja en su comportamiento patriarcal respecto al resto de la familia. El Estado autoritario está representado en la familia por el padre; por ello, la familia se convierte en el instrumento máspreciado de su poderío” (Reich, 1972, p. 74). Por lo demás, esta estructura económico-familiar no se acaba en una sola generación, sino que el padre se aboca a inculcarla a sus hijos, remarcando la importancia de su círculo, de su pequeño negocio, y cómo esto se representa también en el respeto que se debe tener hacia el líder y a la nación. A causa de esta educación, el niño crecerá con esa mentalidad, identificando a la autoridad primeramente con el padre, quien les brinda la seguridad, pero a medida que crece y evoluciona su pensamiento seguirá reconociendo esa figura paterna pero ahora con el jefe, el protector supremo de la nación y quien lo libera de toda responsabilidad para poder conseguir todo lo que desee:

Para la psicología de masas, el jefe (Führer) nacionalista representa la encarnación de la nación. Únicamente en la medida en que este jefe encarne a la nación de conformidad con los sentimientos de la masa, puede instaurarse respecto a él un nexopersonal. En la medida en que se dedica a despertar en los individuos los nexos familiares históricamente preponderantes, llega a ser a la vez una figura paternal, es decir, que concentra en él todas las posturas afectivas primitivamente adoptadas con relación al padre, severo, pero también protector y representativo. (Reich, 1972, p. 86)

Por este motivo, también, le es fácil para el pequeñoburgués llegar al fascismo, pues apela a esa configuración ya tan interiorizada en él de querer pertenecer a una familia y tener esa imagen paterna que le brinde seguridad. Al haber fallado el sistema anterior en esta tarea, dejando al sujeto tan desamparado, sin pertenecer a un círculo familiar en la sociedad, el nazismo viene a ocupar ese lugar de manera vehemente, brindándole toda la esperanza que ya había creído perdida. Era tal la desesperación que no medió mayor reflexión a todos los sacrificios que esta ideología implicaba, como la renuncia a su propia voluntad en favor de

una disposición total a las órdenes del régimen, sin importar cuán criminales fueran, pues el padre, el jefe, le aseguraba impunidad, seguridad, estar libre de responsabilidad y la pertenencia a un círculo social-familiar, esto es, la nación:

Las calamidades de nuestro tiempo (...) pueden [convertir al padre de familia] en cualquier momento en juguete de la locura y la crueldad. Cada vez que la sociedad deja sin medios de subsistencia al hombre pequeño, mata el funcionamiento normal y el autorrespeto normal del mismo y lo prepara para aquella última etapa en la que estará dispuesto a asumir cualquier función, incluido el *job* de verdugo. (Arendt, 2005, p. 44)

No obstante, la estrategia totalitaria no solo suprime el autorrespeto del pequeñoburgués, sino que busca deshumanizarlo más y más. Con esta entrega total que realiza el individuo a cambio de pertenecer va de a poco perdiendo elementos esenciales de sí mismo que lo distinguen de los demás, tendiendo progresivamente hacia un anonimato (Cantero, 2015, p. 23). De a poco va abandonando las características propias de su humanidad, su poder de decisión, su responsabilidad ante sus acciones, su espontaneidad frente a los hechos de la vida; en último término, se desvanece su libertad, pieza fundamental de la condición humana. Un gran ejemplo es el hombre descrito por Jorge Luis Borges en *Deutsches Requiem*, Otto Dietrich zur Linde, subdirector de un campo de concentración, que representa precisamente a ese humano despojado de su misma esencia:

El ejercicio de ese cargo no me fue grato; pero no cometí nunca de negligencia. (...) Casi [cometo el pecado de la piedad] (lo confieso) cuando nos remitieron de Breslau al insigne poeta David Jerusalem.

(...) Fui severo con él; no permití que me ablandaran ni la compasión ni su gloria. (...) A fines de 1942, Jerusalem perdió la razón; el primero de marzo de 1943, logró darse muerte.

Ignoro si Jerusalem comprendió que si yo lo destruí, fue para destruir mi piedad. Ante mis ojos, no era un hombre, ni siquiera un judío; se había transformado en el símbolo de una detestada zona de mi alma. Yo agonice con él, yo morí con él, yo de algún modo me he perdido con él; por eso, fui implacable. (Borges, 1999, pp. 98-100)

Por lo demás, el líder se presenta como el único que no tiende a ese anonimato, sino que, contrariamente, resalta más su propia personalidad, ya que es el garante de todas esas características que el individuo va perdiendo, es decir, es aquel que ostenta la responsabilidad de toda la nación, que toma las decisiones que llevarán a toda la masa a la grandeza y que les

brindará aquel mundo –ficticio– donde todo es posible³, con lo cual va creando al humano-masa perfecto para el fascismo:

Resulta que la sociedad de los moribundos establecida en los campos es la única forma de sociedad en la que es posible dominar enteramente al hombre. Los que aspiran a la dominación total deben liquidar su espontaneidad, tal como la simple existencia de la individualidad siempre engendrará, y perseguirla hasta en sus formas más particulares, sin importarles cuán apolíticas e inocuas puedan parecer. El perro de Pavlov, espécimen humano reducido a sus reacciones más elementales, el haz de reacciones que puede ser siempre liquidado y sustituido por otro haz de reacciones que se comporten exactamente de la misma manera, es el ciudadano «modelo» de un Estado totalitario, y semejante ciudadano sólo puede ser producido imperfectamente fuera de los campos. (Arendt, 2002, p. 676)

De esta manera, el totalitarismo va quitando todos esos elementos propios de la humanidad que la hacen tal y que ponen en peligro la concreción del régimen, pues esa espontaneidad y esa consciencia de responsabilidad son los factores que pueden siempre cuestionar las medidas tomadas y proponer nuevas formas de relación en la sociedad. Pero todo esto es suprimido por los fascistas, aprovechando la crisis del sistema y el desamparo del pequeñoburgués. Este punto es lo que también convierte a la masa en tal, más allá de su diferenciación con las clases –no presentando la consciencia y solidaridad características de ellas–, porque la multitud de individuos se transforma en un conjunto anónimo, de partes casi idénticas entre sí, que solo se abocan a seguir la corriente dirigida por los líderes y no presentan oposición a ello.

1.4. La ampliación de la masa: la atracción al fascismo de otros grupos sociales

A diferencia de la pequeñaburguesía reunida en la masa, el movimiento totalitario sedujo a los demás estratos sociales con otra estrategia. Mientras que el pequeñoburgués se vio atraído

³ Es curiosa esta característica del totalitarismo, pues ofrece a la población por un lado un mundo donde todo es posible, prometiendo que al fin lograrán cada uno de sus deseos a través de la simple voluntad de poder de cada individuo; pero, al mismo tiempo, deshumaniza tanto al sujeto que este va perdiendo paulatinamente su identidad personal y, por ende, sus propios deseos, en pos de los objetivos de los líderes fascistas. Con esto, ya no son ese ser humano lleno de voluntad de poder, sino que pierden toda capacidad de actuar reemplazándola con la sola capacidad de comportarse y seguir órdenes (Leal, 2018, p. 14). Podría pensarse que esto es una falta de sentido dentro de la ideología nacionalsocialista y que acabaría por hundirla desde su comienzo, pero verdaderamente no, ya que ella nace desde una ausencia de lógica como se le conoce tradicionalmente. Las contradicciones internas son parte esencial de sí, por lo cual necesitan de aquella ficción que tanto buscan y pregonan que les entrega un lugar libre de las reglas de la realidad.

por la propaganda fascista del «todo es posible», la liberación de la responsabilidad y la pertenencia a un círculo sociofamiliar, otros grupos como el populacho, la élite intelectual o el proletariado fueron tentados con métodos diferentes más dirigidos a mostrar el totalitarismo tal cual es (Arendt, 2002, p. 527).

En el caso del populacho y de la élite, al contrario de lo ocurría en otras épocas, llegaron a encontrar un deseo común entre sus colectivos en la propuesta del totalitarismo, partiendo por el hecho de que ambos consideraban que habían sido excluidos de la sociedad de clases que estaba presente en el común de la sociedad, no teniendo, por tanto, un lugar definido en ella (Arendt, 2002, p. 523). Aquí encuentran un punto de inicio coincidente con la masa, pues el primer magnetismo que tuvieron con el fascismo fue que este se mostraba como un movimiento diferente a aquellos que habían dominado la sociedad hasta entonces y que la había llevado a la crisis que desfavorecía a los distintos estratos. Sin embargo, la distancia se empieza a exhibir al observar los elementos más profundos del fascismo. La masa se quedó con la estrategia más superficial de seguir la ficción, siendo capaz de renunciar a su humanidad con tal de la seguridad que le ofrecía el líder fascista en ella y, en consecuencia, sin cuestionar mayormente las propuestas más terribles del movimiento. Por el contrario, la élite y el populacho estimaron estos elementos como los de mayor atractivo, sin necesidad de ser engañados con otra estrategia para aceptarlos, pues la radicalidad terrorista que traía el fascismo se exponía como una concepción de mundo, no como herramientas aisladas para conseguir tal o tal objetivo. Esta perspectiva ambos estratos la consideraron una novedad que, por lo demás, denotaba pasión, ya que los fascistas demostraban ser capaces de llegar a pagar el precio de su propia vida si era necesario para llevar a puerto esa empresa, distinguiéndose de otras ideologías:

El activismo declarado de los movimientos totalitarios, su preferencia por el terrorismo sobre todas las demás formas de actividad política atrajeron al mismo tiempo a la élite intelectual y al populacho, precisamente porque ese terrorismo era tan profundamente diferente del de las primeras sociedades revolucionarias. (...) Lo que resultaba tan atractivo era que el terrorismo se había convertido en una clase de filosofía a través de la cual se podía expresar el resentimiento, la frustración y el odio ciego, en un tipo de expresionismo político (...) que estaba absolutamente dispuesto a pagar el precio de la vida por haber logrado imponer el reconocimiento de la existencia propia sobre los estratos normales de la sociedad. (Arendt, 2002, p. 516)

Ahora bien, en el caso específico del populacho, él veía en estas formas de proceder la única manera por la cual al fin y al cabo iba a poder dejar su estampa en la historia, superando su situación de desventaja frente a otros. Esto podría haber sido como el estrato impulsor de un cambio revolucionario, como un conjunto dirigido por alguien para conseguir el mismo objetivo o bien siendo destruidos para conseguir la meta. Cualquiera opción era válida para solo ser la inspiración de historiadores que dejaran registro de los hechos de su era.

Por otro lado, la élite buscaba todo lo opuesto, prefiriendo quedar como anónimos en el relato histórico, puesto que su propósito era que los eternos oprimidos por todas las sociedades fueran finalmente reconocidos de una manera justa. De este modo, la élite quedaba satisfecha al observar cómo el populacho tomaba las riendas y destruía, por medio del sistema totalitario, las antiguas máximas tradicionales que habían ocasionado la crisis.

A partir de esta diferenciación, Hannah Arendt logra resumir de muy buena manera la posición de cada estrato (el populacho, la masa o burguesía y la élite) frente a la avanzada totalitaria, tomando como punto de referencia la frase «Primero viene la comida, luego viene la moral»⁴ y qué opinaría cada conjunto de ella:

El populacho aplaudía porque tomaba la afirmación al pie de la letra; la burguesía aplaudía porque había sido engañada por su propia hipocresía durante tanto tiempo que ya estaba cansada de la tensión y descubría una profunda agudeza en la expresión de la banalidad en la que vivía; la élite aplaudió porque le alegraba y le entusiasmaba el desenmascaramiento de la hipocresía. (2002, p. 520)

En el caso del proletariado se da un fenómeno bastante particular que es recogido por Wilhelm Reich: siendo parte del sistema de clases, el trabajador está siempre en una disyuntiva social entre dos opciones. Por un lado, identificarse con la pequeñaburguesía, que jerárquicamente está arriba de él, lo que implica aspirar a ser un pequeñoburgués, codiciando lo que tiene él y tomando la oportunidad de serlo si se le presenta. O, por otro, reconocerse dentro de la clase del proletariado, rechazando el estilo de vida del pequeñoburgués y

⁴ Arendt usa esta oración en el alemán original *Erst kommt das Fressen, dan kommt die Moral* y la toma de la obra *La ópera de los tres centavos [Dreigroschenoper]* de Bertolt Brecht, que había sido estrenada previamente al ascenso del nacionalsocialismo en Alemania.

desarrollar su propia cotidianidad distinta a la de él (Reich, 1972, pp. 92-93). Esta no es una decisión que el proletario tome instantánea y ligeramente, sino que es algo que meditaría día a día y lo persigue en los diferentes ámbitos de su vida. Primeramente, tiene que considerar que ser pequeñoburgués es algo que pesa durante toda la jornada, ya que en él no hay mayor diferencia entre su negocio y su familia, teniendo su desamparo y desesperación característicos en ambos espacios; mientras que el trabajador lo es solo por algunas horas y luego, al llegar a su hogar, sus preocupaciones son otras, no las de su clase. En segundo lugar, podría dejarse atraer o no por algunas prácticas cotidianas de la pequeñaburguesía que demuestran su mayor jerarquía, tales como las fiestas o disfrutar de algún lujo ocasional. Aunque en contraparte se encuentran sus condiciones y problemáticas propias de ser proletario, tales como el duro trabajo, la pobreza o el ánimo de lucha, que lo mantienen enfocado en su propio contexto antes de dar fácilmente vuelta la cara hacia la aspiración de una vida pequeñoburguesa. Una tercera consideración es que su mismo carácter proletario le remarca esta doble opción, ya que su propia batalla de clase de conseguir mejores condiciones puede tanto reafirmar su posición al efectivamente alcanzar logros, como acercarlo más a un estilo de vida pequeñoburguesa al ir mejorando su calidad socioeconómica (Reich, 1972, p. 97). Esta constante oscilación entre una u otra opción –junto con la crisis de su época– sería lo que termine decantando eventualmente al proletariado hacia la masa y el fascismo, pues la sociedad de clases establecida lo obliga a elegir una de las dos, pero lo que busca el totalitarismo es justamente superar eso, librando al proletario de vivir esa oscilación existencial:

Cuando el trabajador socialdemócrata se encuentra en una situación de crisis que le degrada a la categoría de *coolie*⁵, la evolución de su conciencia de clase sufre las consecuencias de su aburguesamiento. O bien, no obstante su crítica y su revuelta, permanece en el campo de la socialdemocracia, o bien, indeciso y vacilante a causa de las graves contradicciones entre sus posturas revolucionarias y pequeño-burguesas, decepcionado por sus dirigente, acude al partido nazi buscando un mejor sustituto y encaminándose así en el sentido de la mínima resistencia. (Reich, 1972, pp. 98-99)

⁵ El concepto *coolie* solía usarse de forma despectiva, ya que con él se hacía referencia a los trabajadores provenientes de China, India u otros países orientales (véase Cambridge Dictionary *s. v.*, def. 1), por lo que, al haber existido un racismo incipiente en la sociedad alemana de la primera mitad del siglo XX, ofendía a aquellos trabajadores alemanes que eran calificados como tal.

De esta manera, el fascismo logró reunir a una masa de gente que respaldara su proyecto, consiguiendo tanto el número de personas que necesitaba como en las condiciones precisas: dispuestas a realizar sus crueles actos a cambio de seguridad e impunidad o aceptándolos como tal.

1.5. La fundamental diferencia entre responsabilidad y culpa

Ahora bien, como esta fue la estrategia de entrada del totalitarismo para poder atraer a un número suficiente de la población para que los apoyaran y establecerse en el poder, luego de su caída se ha podido ir desenmascarando cómo cada una de sus promesas eran mentiras y simples tácticas. La principal, y que es el eje central de esta investigación, es la tergiversación que ocurrió con el concepto de responsabilidad. Ciertamente, uno de los grandes compromisos que se le hizo a la masa es que el fascismo brindaría la seguridad que tanto deseaba el individuo tanto para él como para su familia. Todo esto a cambio de que se rindiera a las necesidades del régimen, al mismo tiempo que era liberado de la responsabilidad de sus acciones, ya que el líder sería el garante de toda la población al ser la representación de la acción de toda la nación y quien los llevaría al mundo donde todo era posible. Sin embargo, este juramento quedó solo en la palabra, mientras que en la práctica los líderes nazis fueron los primeros en desligarse de la responsabilidad por los terribles crímenes cometidos durante su régimen. Más aún, se escudaron en que toda la población tenía responsabilidad en los hechos, pues todos fueron partícipes en uno u otro grado de las medidas tomadas. Simultáneamente, luego de la caída del nacionalsocialismo se dio un escenario en la población común donde no sabían lidiar con su propia responsabilidad, dado que justamente quedaron inmersos en esta estratagema del nazismo, creyendo que eran tanto o más responsables que los agentes que sí llevaron a cabo los hechos más horribles. Incluso se llegó a observar que hasta las propias víctimas de estos crímenes sentían algo de responsabilidad y pensaban que debían ser culpados (Leal, 2018, p. 22), mientras que los nazis en los juicios sentían casi nula responsabilidad de sus actos. Un gran testimonio de esto es el de Primo Levi, escritor italiano que estuvo en el campo de concentración de Auschwitz y vivió en carne propia este fenómeno:

En el plano racional, no se podría encontrar nada de qué avergonzarse, pero a pesar de ello se sentía la vergüenza, y especialmente ante los pocos y lúcidos ejemplos de quienes habían tenido la fuerza y la posibilidad de resistir (...). Es un pensamiento que entonces sólo nos insinuábamos, pero que ha vuelto después: «también tú habrías podido, habrías debido»; es un juicio que el ex prisionero ve, o cree ver, en los ojos de quienes (y especialmente los jóvenes) escuchan su relato y juzgan con la ligereza de quien juzga después; o que tal vez siente que despiadadamente le reprochan. Conscientemente o no, se siente imputado y juzgado, empujado a justificarse y a defenderse. (Levi, 2006, p. 72)

No obstante, se debe tener en claro que no se debe equiparar las responsabilidades que puede tener cada actor dentro de la sociedad del régimen fascista, desde Hitler hasta un simple trabajador. Por este motivo es necesario hacer la diferencia entre las responsabilidades de cada sector de la población, a la vez de la muy necesaria distinción entre los conceptos de «responsabilidad» y «culpa». Este análisis será útil para indagar después cómo fue que los nazis se defendieron durante los juicios posteriores a su caída, qué argumentos usaron y de qué manera estos pueden ser refutados en base a las aclaraciones antes hechas.

Lo primero que se debe tener esclarecido es la definición del término «responsabilidad», y para ello se recurrirá a los escritos de la misma Hannah Arendt, autora guía de este primer capítulo. En base, se puede describir como la “obligación de cada uno” (Arendt, 2019e, p. 64) de responder por sus propios actos, esto es, por las consecuencias que estos causan a otros. Esto es derivado de la propia esencia del ser humano, de su libertad sustancial, pues, siguiendo a Ortega, si bien uno no elige vivir y “la vida es disparada a quemarropa” (Ortega, 1964a, p. 102), sí tiene opción de qué hacer con esta vida, de decidir por tal o cual tipo de vida, es decir, uno es “por fuerza libre, lo (...) quiera o no” (Ortega, 1964b, p. 34). De este modo, a causa de esta libertad, uno es responsable por las decisiones que toma y por cómo las lleva a cabo, ya que son hechas en base a una decisión consciente. Empero, Arendt pone el acento en que este tipo de responsabilidad que es «personal» debe diferenciarse muy bien de la «colectiva», «vicaria» o «política» (Arendt, 2019d, p. 154; 2019e, p. 57). Esta última no deriva de la simple condición de ser humano y de su libertad de elegir, sino de su participación en una comunidad, es decir, de su inmersión en la sociedad, ya que esta pertenencia implica que existe una identificación con ella y, por ende, se es parte de las decisiones que guían este conjunto. Es decir, existe en la esfera pública una

complicidad con las elecciones que se tomen en ella, y uno concurre ya sea siendo parte activa, restándose u oponiéndose. A través de esta responsabilidad colectiva uno puede no haber realizado directamente una acción que dañara a otro, sino que lo puede haber cometido el gobierno de turno u otro ente comunitario, pero de igual forma recae cierto grado de responsabilidad, porque se es parte de esa sociedad que eligió ese organismo. Por esta razón, Arendt dice que para ser considerado colectivamente responsable

yo debo ser considerada responsable por algo que no he hecho, y la razón de mi responsabilidad ha de ser mi pertenencia a un grupo (colectivo) que ningún acto voluntario mío puede disolver, es decir, un tipo de pertenencia totalmente distinta de una asociación mercantil, que puedo disolver cuando quiera. (...) Este tipo de responsabilidad, en mi opinión, es siempre política, tanto si aparece en la antigua forma, cuando una comunidad entera asume ser responsable de lo que haya hecho uno de sus miembros, como si una comunidad se la considera responsable por lo que se ha hecho en su nombre. (2019d, pp. 152-153)

Por la misma razón es que H. L. A. Hart (2008, p. 226) coincide en que un castigo vicario no tiene sentido, pues no se puede fijar una pena criminal a todo un conjunto.

Esta distinción es la base para trazar la línea entre responsabilidad y culpa, lo que es sustancial para establecer la forma en la que hay que juzgar a los criminales nazis y a la población alemana en general, además de la dirección en la que deben encaminar su reflexión personal estos últimos. Por un lado, se debe decir que al hablar de responsabilidad que recae sobre la gente común –aquellos que no tuvieron una participación tan activa en el régimen y que más que nada se dejaron engañar por la estrategia totalitaria del mundo ficticio donde todo es posible y la liberación de la responsabilidad– se hace énfasis en aquel aspecto social que remarcaba Arendt, en la pertenencia casi automática que tiene uno a una comunidad al nacer. De la misma forma lo destaca uno de sus maestros, Karl Jaspers, al indagar también sobre la situación de las personas luego del término de la Segunda Guerra Mundial:

El comportamiento que condujo a la responsabilidad se encuentra fundamentado en circunstancias globales políticas, que tienen en cierto modo un carácter moral, puesto que condicionan la moral del individuo. De esas circunstancias no puede desprenderse por completo el individuo, porque él, consciente o inconscientemente, es un eslabón que no puede sustraerse de ningún modo a la influencia del todo, aun cuando haya formado parte de la oposición. (Jaspers, 1998, p. 91)

Este factor moral que menciona Jaspers es precisamente uno de los elementos que hacen la diferencia con la culpa, pues la retribución que debe pagar alguien que es responsable colectivamente de algo no es una cuestión legal, sino que se engloba dentro del ámbito moral. Aquella persona que sea o se sienta responsable por no haber protestado contra Hitler cuando llegaba al poder, que se sintió atraída por las promesas de seguridad y grandeza o que simplemente se calló sus críticas por temor no debe ser sujeto de un castigo legal, sino que le corresponde más bien una reflexión moral sobre sí mismo que lo lleve al aprendizaje de no volver a caer en lo mismo, para evitar que ideologías tan terribles como el fascismo vuelvan a ganar popularidad.

Por el contrario, la culpa si conlleva una consideración de la ley, pues su carácter básico es que es individual, buscando que con ella se cumpla la función social de corregir a aquellos que han hecho mal a otro o a la comunidad entera. Junto con esto, la culpabilidad requiere que se siga una línea directa entre las consecuencias y la persona que las provocó a través de sus acciones, de manera que quede evidenciado quien es la persona que debe pasar por un juicio legal y no se le confunda con otro. A la vez, debe existir una consciencia que sea capaz de sentir esta culpa, que sea interpelada moralmente por los daños que causó, de manera que ojalá se arrepienta y acepte su pena. Por estos motivos no corresponde adjudicar culpa a un pueblo entero, porque no son capaces de ser individualizados para ser eventualmente juzgados. También Jaspers lo aborda de manera muy clara:

Es absurdo inculpar por un crimen a un pueblo entero. Sólo es criminal el individuo.

También es absurdo acusar moralmente a todo un pueblo. No hay ningún carácter de un pueblo que tuviera que tener cada individuo por pertenecer a él. Es verdad que hay elementos comunes en el lenguaje, en las costumbres y los hábitos, en la procedencia. Pero caben igualmente diferencias tan grandes, que personas que hablan la misma lengua se pueden sentir no obstante tan extraños como si no pertenecieran al mismo pueblo. (Jaspers, 1998, p. 60)

Arendt es enfática en hacer notar esta diferenciación entre responsabilidad y culpa, puesto que el régimen nazi logró difuminar la frontera entre ambos conceptos con su estrategia, causando que luego de su caída la población no supiera cómo enfrentar su propia vida, no sabiendo medir cuánto era su porcentaje de culpa, qué cantidad de daño deberían reparar o qué reflexiones tenían que emprender. Simultáneamente, hasta las mismas víctimas

germinaron una porción de responsabilidad que no les competía dado el contexto en el que se encontraron, llegando a creer algunas que también merecían un castigo ejemplar. Todo esto mientras los líderes nazis, los reales culpables, insistían en desplazar su responsabilidad a otros y justificarse con que simplemente cumplían órdenes o con argumentos similares. Ya sea por la propia estrategia del mundo ficticio y la liberación de la responsabilidad construida por el totalitarismo, o bien por una crueldad inherente en ellos, incluso los soldados de más bajo rango también evadían su culpa y pedían absolución en los juicios. Nuevamente Borges presenta un gran ejemplo con Otto Dietrich zur Linde de este fenómeno, describiendo su postura previa a ser ejecutado bajo la orden de un tribunal:

Durante el juicio (que afortunadamente duró poco) no hablé; justificarme, entonces, hubiera entorpecido el dictamen y hubiera parecido una cobardía. Ahora las cosas han cambiado; en esta noche que precede a mi ejecución, puedo hablar sin temor. No pretendo ser perdonado, porque no hay culpa en mí, pero quiero ser comprendido. Quienes sepan oírme, comprenderán la historia de Alemania y la futura historia del mundo. Yo sé que casos como el mío, excepcionales y asombrosos como ahora, serán muy en breve triviales. Mañana moriré, pero soy un símbolo de las generaciones del porvenir. (1999, p. 94)

Así se ve la forma con la que el fascismo engaña y envicia la mente de los que pueden ser simples seres humanos que viven su día a día. A causa de su estratagema fácilmente alguien podría creer que un vendedor de flores que siguió con su jordana habitual durante el régimen nazi, pero que se reprocha fuertemente su inacción frente a las detenciones ilegales, sea más responsable que un oficial de las SS que realizaba fusilamientos en los campos, mas se justifique con que solo seguía órdenes y no había en él mala fe; y en consecuencia le adjudicaría más culpabilidad al vendedor y pediría su juzgamiento. La peligrosidad de esta errada reflexión no tiene que ser pasada por alto. Esa era la intención de Arendt al explicar la banalidad del mal y cómo esta se aplicaba en Eichmann (2000a), no justificarlo diciendo que no había una mala intencionalidad dentro de él al dirigir a los judíos a los trenes, sino que exhibir cómo en él actuaba la estrategia nazi de desdibujar responsabilidades, de anular el pensar (Arendt, 2019b, p. 161) y deshumanizar a las personas. Por esto es tan importante distinguir culpa y responsabilidad, así como los grados que pueden encontrarse dentro de

cada una⁶, para no caer bajo la ilusión totalitaria y creer que todos pueden ser igualmente culpables o responsables:

El grito «Todos somos culpables», que de entrada sonaba muy noble y tentador, en realidad sólo ha servido para exculpar en gran medida a los que realmente eran culpables. Donde todos son culpables nadie lo es. La culpa, a diferencia de la responsabilidad, siempre selecciona; es estrictamente personal. Se refiere a un acto, no a intenciones o potencialidades. Sólo en sentido metafórico podemos decir que nos *sentimos* culpables por los pecados de nuestros padres, de nuestro pueblo o de la humanidad, en definitiva, por actos que no hemos cometido, si bien el curso de los acontecimientos puede muy bien hacernos pagar por ellos. (Arendt, 2019d, p. 151)

1.6. La evasión en acción: argumentos nazis para evitar la responsabilidad

Para saber cómo desbaratar estos intentos por no señalar culpables correctos y confundir a la población sobre sus reales responsabilidades, es útil indagar en los argumentos que ocuparon los nazis en los juicios posteriores al término de su régimen, esto es desde soldados rasos hasta los más altos generales. Esto puede ser muy provechoso al mostrar el nivel en que los sujetos estaban inmersos dentro de la estrategia totalitaria, no notando a veces cómo eran engañados para trasladar sus propias culpas hacia otras personas.

El primer argumento se basa en la llamada «teoría del engranaje», la cual plantea que un miembro de un grupo es sustituible, ya que cualquier otro individuo del grupo puede cumplir la misma función sin afectar el funcionamiento del sistema entero. Arendt nos menciona que en un Estado normal esto podría funcionar, pues se necesita que todos los cargos públicos ejerzan sus labores, independiente de las personas que los ocupen. El problema es cuando es usado de manera corrompida, como lo hizo el nazismo:

⁶ Jaspers en *El problema de la culpa* intenta realizar una clasificación de cuatro tipos de culpa (1998, pp. 53-54): 1) culpa criminal, que corresponde a aquella que merece un castigo legal por medio de un debido proceso judicial; 2) culpa política, atribuida a los gobernantes al llevar a cabo una mala medida y por la cual toda su comunidad padece las consecuencias; 3) culpa moral, definida como aquella que afecta a la consciencia, al fuero personal de cada uno, a causa de las acciones realizadas y que pueden haber afectado a otros; y 4) culpa metafísica, referida a la condición de vivir en comunidad y por el hecho de haber aceptado, ignorado o refutado algún acontecimiento en ella haya habido consecuencias desfavorables. Podría argüirse de esta última alguna similitud con la responsabilidad vicaria descrita por Arendt, pero aquí Jaspers habla solo de lo que afecta a cada sujeto en su individualidad. Tal vez muchas personas dentro de un mismo grupo compartan un tipo de culpa en común, como la culpa moral en los alemanes de haber permitido crímenes horribles, pero la culpa en sí no tiene ninguna característica colectiva, sino que es solo un fenómeno en común por tener realidades similares (Jaspers, 1998, pp. 91-92).

Cuando describimos un sistema político (...) es inevitable que hablemos de todas las personas utilizadas por el sistema en términos de dientes y ruedas del engranaje que mantiene en funcionamiento la administración. Cada pieza del engranaje, es decir, cada persona, debe ser prescindible sin que cambie el sistema, presupuesto que subyace a todas las burocracias, a todas las formas de funcionariado y, hablando propiamente, a todas las funciones. (...) Aquí es verdad, ciertamente, que todos los acusados en los juicios de la posguerra dijeron, para excusarse: «Si no lo hubiera hecho yo, cualquier otro lo habría hecho». (Arendt, 2019e, pp. 58-59)

Tal como quedó expresado al final de la cita, los nazis ocuparon esta teoría para justificar que ellos no tenían real responsabilidad en los hechos, ya que sin su presencia la acción, que puede haber sido un asesinato, hubiera ocurrido de igual forma. Esto hace mucho sentido con la estrategia totalitaria, pues su promesa era liberar a los sujetos de la masa de toda la responsabilidad de sus actos a cambio de que colaboraran en sus planes. La oferta fue verdaderamente creída por los soldados y quizás sinceramente se habían abstraído lo suficiente de ellos mismos para creer que la acción cometida y su persona no tenían una relación —exceptuando los líderes del nazismo que sabían perfectamente cómo eran las cosas—, sino que solo eran meros conductos de las órdenes del jefe:

Esta responsabilidad por todo lo que hace el movimiento y esta identificación total con cada uno de sus funcionarios tienen la muy práctica consecuencia de que nadie llega a tener experiencia de una situación en la que es responsable de sus propias acciones o pueda explicar las razones de éstas. Como el Jefe ha monopolizado el derecho y la posibilidad de explicación, parece ante el mundo exterior como si fuera la única persona que sabe lo que está haciendo. (Arendt, 2002, p. 571)

A causa de esta creencia, le fue natural al nazi juzgado argüir que debía ser declarado inocente basado en que no era él la mente detrás de la acción criminal realizada, sino que más bien la culpabilidad estaría en todo el sistema, en la máquina de engranajes, que sería todo el régimen nazi o en última instancia Hitler como el cabecilla. Arendt logra ejemplificar esto con el diálogo que se dio frecuentemente en los juicios, donde los jueces preguntaban: “Usted, fulano de tal, individuo con nombre, fecha y lugar de nacimiento, identificable, por tanto, no ignorable ¿cometió el delito del que se le acusa? Y ¿por qué lo hizo?” (Arendt, 2019e, p. 60), respondiendo el acusado: “No fui yo como persona quien lo hizo, yo no tenía ni la voluntad ni el poder de hacer nada por mi propia iniciativa; yo era una simple pieza del engranaje, completamente prescindible, cualquiera en mi lugar lo habría hecho; que yo me

halle ante este tribunal es un accidente” (Arendt, 2019e, p. 60). Aunque sí podría decirse que el gran problema es la ideología nacionalsocialista que contiene la crueldad base de los actos, no puede juzgarse todo un sistema, pues para juzgar criminalmente se necesita rastrear la culpa, la cual siempre individualiza. El tribunal necesita un solo sujeto desde el cual se pueda seguir las consecuencias, es decir, los resultados del crimen, hasta la acción misma, a saber, el cometimiento del delito, con lo cual se refuta el argumento. Algunos podrían incluso querer rastrear el origen de todas las acciones del régimen nazi solo a Hitler e indicarlo como el único culpable, consiguiendo al individuo buscado, pero esto dejaría impune a una gran cantidad de otros sujetos que también tienen su cuota de responsabilidad y deben ser declarados culpables. Precisamente, ya Arendt enunció que “en la mayoría de las organizaciones criminales las pequeñas piezas del engranaje cometen, de hecho, los grandes crímenes” (Arendt, 2019e, p. 60), lo cual no implica tampoco que se deba dar el mismo castigo tanto a un general que tenía perfecto conocimiento de los horribles planes del nazismo como a un soldado que se había visto imbuido por la estrategia totalitaria, pues no

se les puede considerar *básicamente* responsables por el *principal* crimen cometido en el campo: el exterminio de millones de personas con gas; pues a la decisión de cometer el crimen de genocidio se había llegado, como dijo la defensa, «de manera irrevocable por orden de Hitler» y la organizaron con toda meticulosidad unos asesinos de despacho, pertenecientes a la más encumbrada jerarquía, que no tuvieron que ensuciarse las manos. (énfasis mío; Arendt, 2019a, p. 221)

En segundo término, otro argumento usado por los nazis en los juicios fue el llamado «mal menor», que proponía que ante la elección entre dos males se debía preferir el que fuera menos malo, siendo irresponsable el no inclinarse por alguno (Arendt, 2019e, p. 64). La refutación en este caso va por el camino de dar cuenta que de igual forma se está eligiendo un mal, no siendo una opción moralmente correcta ni responsable tender igualmente hacia alguna opción, sino que es todo parte de una estrategia del fascismo para que se acepte el mal solapadamente y se haga costumbre:

Si nos fijamos en las técnicas del gobierno totalitario, resulta obvio que el argumento del «mal menor» –lejos de ser esgrimido sólo desde fuera por quienes no pertenecen a la élite rectora– es uno de los mecanismos que forman parte intrínseca de la maquinaria del terror y la criminalidad. La aceptación del mal menor se utiliza conscientemente

para condicionar a los funcionarios del gobierno así como a la población en general para que acepten el mal como tal. (Arendt, 2019e, pp. 64-65)

Un ejemplo que da Arendt de esto es la actitud del Papa previo y durante la Segunda Guerra Mundial, donde él quizás pensaba que “la pasividad era la mejor política porque era el mal menor, o que la revelación de la verdad llega «en el peor momento psicológico»” (2019c, p. 211), cuando en realidad solo estaba aceptando de igual forma un mal y haciéndolo cotidiano.

La tercera y última justificación a la que solían acudir los nazis es la de los «actos o razones de Estado». Este argumento marcha bajo la idea de que el Estado estaba en peligro, esto es, tenía enemigos internos y externos que hacían peligrar su existencia misma, lo que provocaba que tuviera que utilizar herramientas –actos por razones de Estado– excepcionales que pueden llegar a ser incluso criminales con tal de salvarse. Además, esto no iba a ser reprochado posteriormente, pues la legalidad se encontraría suspendida a causa de que se tenía que salvar el Estado a toda costa:

La teoría que hay detrás de la fórmula de acciones de Estado sostiene que los gobiernos soberanos pueden, bajo circunstancias extraordinarias, verse forzados a emplear medios criminales porque su misma existencia o el mantenimiento de su poder depende de ello; la razón de Estado, dice el argumento, no puede estar coartada por limitaciones legales ni consideraciones morales que son válidas para ciudadanos particulares que viven dentro de sus fronteras, pues se halla en juego el Estado en su conjunto y, por ende, la existencia de todo lo que se da en su interior. (Arendt, 2019e, pp. 65-66)

Con esta idea, los nazis podían justificarse con que no iba al caso adjudicarles responsabilidad dado que se encontraban en una situación país especial, donde el límite entre legalidad e ilegalidad estaba suspendido, por lo tanto, no se les podía culpar por los crímenes que cometieron ni tampoco castigárseles. Sin embargo, esto es refutable de dos formas: por un lado, esclareciendo que Alemania durante el régimen nazi nunca se encontró en peligro de desaparecer o de ser atacado por alguien que buscara su aniquilación. Ni los judíos, ni los gitanos, ni países como Francia, Polonia o Austria buscaban su destrucción y tampoco, por ende, eran una amenaza (Leal, 2018, p. 30), por lo que su calificación como parias o como enemigos no se correspondía con las razones de Estado. Por otro lado, la excepcionalidad a la que se remitían estos actos con tal de salvar la nación se perdió, haciéndose pan de cada día y estableciendo la nueva realidad: “no era ya el acto criminal el que, como una excepción

a la regla, supuestamente sirviera para mantener el gobierno del partido en el poder (...), sino que, por el contrario, ocasionales actos no delictivos (...) fueron excepcionales a la «ley» de la Alemania nazi, concesiones hechas por pura necesidad” (Arendt, 2019e, p. 66). En consecuencia, lo que se exhibe aquí es que realmente no había una situación insólita que requiriera que se llevaran a cabo crímenes constantemente, sino que era el propio gobierno el delictual, haciendo pasar lo ilegal como ilegal esperando que la población se habituara y sabiendo que “lo que antes [se] consideraba su deber, ahora era definido como un crimen” (Arendt, 2019b, p. 161). Desde esto quizás podría desprenderse un cuarto argumento usado por los nazis, llamado la «teoría del hombre de a pie», que reza que aquellos que cometieron estos crímenes, supuestamente amparados en las razones de Estado, eran simples seres humanos que “habían sido *forzados* a hacer lo que hicieron y no estaban en condiciones de saber que aquello era criminalmente injusto” (Arendt, 2019a, p. 221). Pero lo que se puede replicar inmediatamente es por qué se les tuvo que forzar si estaban en conocimiento de que esos actos eran delictuales, lo que significa, en consecuencia, que al menos estaban conscientes de que estaban cometiendo un crimen.

Todos estos argumentos no hacen más que confirmar que aquellas promesas que profesaban los fascistas de liberar a la masa de su responsabilidad a cambio de seguridad eran una estrategia para, primero, mantenerse en el poder y, segundo, tener una salvaguardia para protegerse ante eventuales juicios en el futuro. Por cierto, luego de la caída del régimen nacionalsocialista, la población común no sabía cómo enfrentar su responsabilidad colectiva, pues habían visto secuestrado su sentido de responsabilidad durante todo el periodo y, una vez que son despertados de la ilusión, los que alguna vez fueron sus líderes y les prometieron inmunidad estaban cargándoles toda la responsabilidad. Estos últimos, cínicamente, no tuvieron problema en desplegar su plan de emergencia: escapar con la muerte (como el suicidio de Hitler) o trasladar toda su responsabilidad hacia otros al momento de enfrentar un tribunal, buscando que se les declarara inocentes y la culpabilidad recayera en otro. Zygmunt Bauman no puede dejarlo más claro en el siguiente pasaje:

Podemos decir que la *organización en su conjunto es un instrumento para borrar toda responsabilidad*. Los vínculos causales de las acciones coordinadas se enmascaran y el simple hecho de que se enmascaren es uno de los factores más importantes de su

efectividad. La perpetuación colectiva de acciones crueles viene facilitada por el hecho de que la responsabilidad es esencialmente “algo flotante” mientras que todos los que participan en estos actos están convencidos de que reside en la “autoridad competente”. Esto significa que el traslado de la responsabilidad no es tan sólo una estratagema *a posteriori* utilizada como excusa ante eventuales acusaciones de inmoralidad o, peor aún, ante la falta de legitimidad de una acción. (2006, pp. 192-193)

El fenómeno que ocurrió con la responsabilidad durante el régimen totalitario de los nazis es una de sus principales novedades y algo esencial para permitirles llegar a realizar los terribles actos que cometieron. La condición de flotante que le dieron a la responsabilidad, siguiendo a Bauman, les permitió desde prometer a los ciudadanos que se liberarían de ella –haciéndolos caer en una ilusión de un mundo a-responsable–, pasando por la evitación de su propia responsabilidad en los juicios, hasta el traslado de esa responsabilidad a otros que tenían menor nivel de participación, escapando de su propia culpabilidad. Lo más temible es que esta estrategia no murió con los nazis, sino que puede haber sido legada a las formas más actuales del capitalismo y esté siendo ocupada en la actualidad para asegurar la riqueza de unos pocos, mientras que destruye el planeta de todos.

CAPÍTULO 2

LA HERENCIA FASCISTA EN EL CAPITALISMO: LA TRASLACIÓN DE LA RESPONSABILIDAD AMBIENTAL

Llegado el año 1945, Hitler y su régimen nazi cayeron ante la llegada de los Aliados. Con esto comenzaría todo un proceso de reparación con las víctimas y con toda Europa, que había quedado devastada por la guerra. Junto a ello, los juicios comenzarían: los líderes nazis fueron capturados o habían logrado escapar, pero posteriormente se les apresaría por medio de diversos esfuerzos internacionales. A medida que sus argumentos fueron siendo refutados y las sentencias eran cursadas, lo poco que quedaba de las figuras del fascismo nacido en la primera mitad del siglo XX se fueron desvaneciendo. Algunas características totalitarias quedaron en la Unión Soviética, como lo describe Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo* (2002), pero siguiendo patrones diferentes al caso alemán que quedan fuera del análisis realizado en esta investigación. No obstante, con el paso de los años, lo que fue el régimen totalitario del nazismo desapareció. Otras formas de fascismo han emergido durante la segunda mitad del siglo XX y en el actual siglo XXI, varios movimientos que se califican como nazis o neonazis que recogen ideas del régimen de Hitler se pueden encontrar en diversas latitudes y tiempos, pero no han logrado la magnitud de la Alemania nazi, ni en escala ni en seguidores.

Ahora bien, podría sorprender que, si bien desapareció el nacionalsocialismo como tal en su forma original, algunas de sus características y estrategias han sobrevivido de manera camuflada hasta el día de hoy. Este es el caso con la ilusión de evadir y trasladar la responsabilidad, cuya formulación puede verse legada en la forma actual del capitalismo: el neoliberalismo. La manera en que esto ha sucedido es en su relación con un elemento esencial de este sistema, a saber, la naturaleza, la cual, en base, es vista como un objeto de explotación a libre disposición del ser humano a través del cual logra progresar y generar más riqueza. El problema con esto surge de que este comportamiento ha causado graves consecuencias en la

Tierra, al nivel de provocar una crisis ambiental a nivel planetario de la cual es cada vez más difícil volver. La cuestión principal en esto es que los máximos causantes de esta crisis, a través de la promoción de los valores capitalistas de explotación desmedida de la naturaleza, no asumen su real responsabilidad, sino que, al igual que los fascistas, hacen uso de una estrategia para evadir su responsabilidad personal en los daños ecológicos y, simultáneamente, trasladan parte de esta a la población común. Por medio de esta táctica, logran que su parte de su responsabilidad, que también es objeto de culpa y, por ende, debería ser juzgada y condenada, sea trasladada a otras personas que tienen mucha menor incidencia en la crisis ambiental. A causa de esta maniobra, la gente siente que gran parte del porcentaje de destrucción del medio ambiente es su responsabilidad a nivel personal, cuando, verdaderamente, esta es mínima en comparación a los más poderosos y, además, correspondería más bien a una responsabilidad de tipo colectiva, pues su aceptación y participación en la sociedad capitalista es lo que mantiene a los principales culpables en las cúspides del poder y, en consecuencia, siguen con sus medidas antiecológicas.

Este segundo capítulo se encargará de esclarecer, primeramente, la relación inherente del capitalismo con la naturaleza y las formas en las cuales se han comportado hasta llegar a la actualidad, donde está cada vez más en boga el concepto de capitalismo verde, que, a su vez, no está exento de críticas. Este análisis permitirá exhibir la centralidad de la naturaleza en el capitalismo y por qué la estrategia de evasión de la responsabilidad se ha visto tan presente en la crisis ecológica que él mismo ha causado. En segundo lugar, se indagará en los cambios de condiciones técnicas que ha habido en el mundo, lo cual ha expandido el círculo de consideración moral que debe tener el ser humano, haciendo parte de su responsabilidad el cuidado de la naturaleza, ya que ha obtenido el poder suficiente para destruirla. Por último, se dilucidará cómo es que ha estado presente la estrategia totalitaria de evasión de la responsabilidad en distintas características, medidas y postulados del capitalismo actual, logrando que la responsabilidad ambiental de los grandes causantes de la crisis ecológica se vaya disolviendo a través de la responsabilización equitativa de toda la población. Por esta razón, se hace necesario aclarar cuáles son los verdaderos lugares y

cantidades de responsabilidad que le corresponden a cada actor de la sociedad, de manera de propiciar una sociedad más responsable ambientalmente que logre superar la crisis.

2.1. La íntima relación entre el capitalismo y la naturaleza

Si hoy uno da una mirada a las diferentes catástrofes ambientales provocadas por el ser humano, tales como los derrames de petróleo, las zonas de sacrificio, la reducción de la capa de ozono, el cambio climático, entre otros, es fácil rastrear sus causas al modelo capitalista de sociedad, pues su afán de progreso y acumulación se alimenta del uso indiscriminado de la naturaleza como recurso inagotable y de libre disposición, sin meditar en las consecuencias. No obstante, existen grupos e individuos, usualmente grandes empresarios o gobernantes (a veces es lo mismo), que niegan esta correlación, alegando otro tipo de orígenes, con lo cual niegan su propia implicancia en el daño ambiental. Lo que se pasa por alto en estas negaciones es que el capitalismo es inseparable del modo de relacionarse entre el ser humano y la naturaleza, siendo parte constitutiva de su posición de ser el modelo vigente de sociedad, además de hacer posible su mantención en el tiempo.

El vínculo humano-naturaleza no nació junto con el capitalismo, sino que posee una historia rastreable hasta los albores de la humanidad. Ciertamente, desde sus primeras evoluciones como especie *homo*, el humano ha necesitado de la naturaleza para sobrevivir y para construir su sociedad. Se puede pensar en la recolección de frutos de árboles para alimento hasta la extracción de materiales de construcción u otros ejemplos, siendo todos muestra de que la convivencia con la naturaleza ha sido menester para la evolución del humano, considerando además que este es parte de aquella, a pesar de las fronteras que se dibujen actualmente. El carácter con el cual se ha desplegado este nexo, empero, ha sido variable, pues podemos ver diferentes actitudes a lo largo de la historia, con consecuencias tanto positivas como negativas. Por un lado, se podría apreciar la armonía con la cual se concibió la cultura japonesa, ya que construyeron toda su sociedad sin dibujar una distancia entre el ser humano y la naturaleza, sino que haciéndola parte de su día a día y, eventualmente, construyendo su identidad en base a ello:

Entre los japoneses de la época prehistórica no surgió una forma de cultura que hiciera aparecer una relación contradictoria del hombre con la naturaleza. Es decir, ya que el

hombre siempre se pudo acoger dentro de la naturaleza, y pudo entablar con ella una relación de apoyo, en su cultura posterior los elementos que podrían denominarse como de actitud animista, por lo común ocuparon una posición sobresaliente. (Masuda, 1972, p. 5)

Los primeros humanos en el territorio que es hoy Japón gozaron de un medio muy favorable para su existencia, con mucha flora y fauna para abastecerse, lo que propició que construyeran una relación armoniosa con la naturaleza como aquella que les daba lo necesario para su subsistencia. Por este motivo, su modo de agradecimiento ha sido considerarla como un integrante más de su comunidad, no existiendo una fuerte separación. Sin embargo, no en todo el planeta fue así, habiendo otros lugares con circunstancias mucho más difíciles que ponían en riesgo la sobrevivencia a cada hora. Este escenario encausó al humano a tener que acudir más a la naturaleza, sin mucha atención a cuidar el equilibrio de sus alrededores, sino que priorizando obtener lo necesario para que tanto él como su familia pudieran comer y, en algún momento, establecerse en un lugar fijo. Un caso de este tipo de comportamiento fue la extinción de la megafauna durante los primeros siglos de existencia de la humanidad, donde varias especies fueron progresivamente desapareciendo a causa de la caza, que se había ido perfeccionando con herramientas más prolijas. En este evento varias especies dejaron de verse, tales como los mamuts o los mastodontes, tal como lo relata Franz Broswimmer:

Las nuevas tecnologías y el aumento de la inteligencia colectiva se manifestaron en la creación de una nueva cultura material y en armas ingeniosamente concebidas para atrapar las presas con instrumentos como arpones, anzuelos, arcos y flechas, impulsores de lanzas, trampas, precipicios mortales y flechas envenenadas. (...)

El exterminio de la megafauna en el Pleistoceno tardío debería considerarse realmente como el primer indicador de las amplísimas capacidades de los humanos modernos para modificar las especies y los ecosistemas del planeta. (...) Esta forma preindustrial de ecocidio constituye un prólogo de lo que, bajo la égida de la era industrial moderna, evolucionaría hacia una tendencia al ecocidio global, que amenaza colectivamente a las especies. (2005, p. 56)

Esta es una muestra de cómo el vínculo entre humano y naturaleza también podía darse de modo descuidado y descontrolado, pero en aquellos tiempos no era una conducta transversal, sino que diversa, como se dio en Japón el escenario contrario. De la misma forma ocurría con los primeros habitantes alrededor del mundo, cada uno relacionándose a su modo con la naturaleza existente, haciendo frente a las distintas condiciones que se les presentaron.

No obstante, no fue sino hasta la era moderna y, junto con ello, el alza del capitalismo, que el nexo humano-naturaleza se institucionalizó bajo un modelo y se esparció de manera similar a todos los confines del mundo.

Algo fundamental a notar desde ya es que el capitalismo no se encierra en ser solo un modelo económico, sino que alcanza a toda la sociedad por su propia estructura. No puede atenerse a ser solo un sistema que maneja la economía, sino que sus objetivos son tan ambiciosos que cubren diversas áreas de la sociedad. Por esta razón es posible rastrear las causas y responsabilizar al sistema capitalista de la crisis ecológica, pues lo ambiental también está incluido en el mar de influencias que emprende el capitalismo en su búsqueda de riqueza y acumulación. Como menciona Nancy Fraser, “el problema [del capitalismo] no es meramente ‘económico’” (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 3), no se acaba con mejorar los salarios de las personas o distribuir el dinero de mejor forma, sino que es necesario revisar todos los elementos que conforman la sociedad, pues seguramente han sido afectados de una u otra manera por el capitalismo. Puede que las mismas personas que defienden el modelo capitalista arguyan que su función es meramente económica y no se inmiscuyen en otros espacios de la sociedad, mas este mismo desconocimiento es parte estructural del capitalismo, es decir, “el carácter *paradójico* de la diferenciación institucionalizada del capitalismo entre su economía y la ‘sociedad’” (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 32) es, por una parte, real, en tanto así lo postulan sus defensores, e imposible, por otro, puesto que sus mismas intenciones van más allá de lo meramente económico.

Ahora bien, es fácil caer en la idea de que el capitalismo es puramente una propuesta económica, ya que sus características más notorias son de esta índole. En su superficie, la sociedad capitalista está definitivamente dominada por las consideraciones económicas. Día a día lo que cubren los medios de comunicación con más frecuencia son el valor del dólar, la subida o bajada de tal indicador económico, el Producto interno bruto (PIB) de algún país u otras noticias similares. Más aún, a la hora de hacer análisis sobre este modelo, se realizan principalmente desde su cara económica, dejando como algo marginal cualquier otra área que afecte. Si bien estas características no demuestran en su completitud el fenómeno del capitalismo, sí describen una parte fundamental de este que no debe ser pasada por alto,

porque exponen las principales consecuencias que siente la población común al vivir bajo su régimen. En consecuencia, es importante traerlas a colación, de manera que se tengan en mente para el análisis posterior.

El primer rasgo definidor del capitalismo que suele postularse es la partición de la población entre propietarios y productores, esto es, entre aquellos que poseen los principales medios de producción de la sociedad y otros que trabajan para producir los útiles que pasan por esos mercados. Desde ya puede encontrarse una correlación con la sociedad instaurada por el movimiento nazi, pues aquí también existió una reconfiguración de las clases existentes en la sociedad. Si bien no se condujo a la formación de una masa, el capitalismo sí permitió que desaparecieran las formaciones sociales que subsistían por sí mismos en pequeños círculos o por sus mismos mercados, tales como mercaderes o campesinos. El resultado fue la reducción de aquellos medios más directos de producción y reemplazarlos por un solo mercado laboral, que se traduce en que aquellos que no son grandes propietarios solo tienen para ofrecer su mano de obra cuyo valor es regulado por la gran economía y ya no teniendo una autodeterminación. De esta manera, se fueron privatizando distintos elementos de la sociedad que eran públicos a todos, restringiendo el acceso a ellos. Solo se pueden alcanzar tales recursos a través del pago definido por unos pocos, pues el capitalismo terminó

alejando a la inmensa mayoría de las personas de los medios de subsistencia y de producción y excluyéndolas de los que habían sido recursos sociales comunes. Cercó los comunes, abolió los derechos de uso consuetudinarios y transformó los recursos compartidos en propiedad privada de una pequeña minoría. Como consecuencia de esta división de clase entre propietarios y productores, hoy la mayoría de las personas han de bailar al son de una melodía muy concreta (la del mercado laboral) para poder trabajar y conseguir lo que necesitan para seguir viviendo y criar a sus hijos. (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 18)

Esto lleva directamente a un segundo punto definitorio del capitalismo: la institucionalización del mercado de trabajo libre. A diferencia de otros modelos de sociedad, la capitalista busca que el productor pueda elegir autónomamente si trabajar, lo que le brindaría los productos necesarios para sobrevivir o al menos la riqueza para comprarlos. Es como si el trabajador firmara un contrato con su empleador (un propietario) donde ofrece su

fuerza de trabajo como un bien a cambio de una retribución (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 18). Sin embargo, esta supuesta libertad no es del todo libre, valga la redundancia, pues la sociedad que instaura el capitalismo no deja con otra alternativa al productor más que trabajar, pues si no lo hace no tendrá acceso al mercado, el cual es ahora el único lugar donde comerciar bienes. Por lo tanto, si bien el sujeto puede elegir prestar su mano de obra a su jefe, él toma esta decisión condicionado por el hecho de que si no entra en este contrato no tendrá acceso al mercado y, en consecuencia, a aquellos bienes que en algún momento fueron comunes, mas no ahora con el capitalismo. En efecto,

los considerados “obreros” son libres, en primer lugar, en el sentido de estatus legal. No son esclavos ni siervos ni están sometidos de cualquier otro modo a un determinado amo. Pueden moverse y participar en el contrato de trabajo. Pero los “obreros” también son libres en un segundo sentido. Son libres, o se libran, como acabamos de decir, del acceso a los medios de subsistencia y los medios de producción, incluidos los derechos consuetudinarios de uso de la tierra y las herramientas. En otras palabras, no disponen de los recursos ni los títulos que podrían permitirles abstenerse del mercado laboral. Su libertad en el primer sentido va acompañada de su vulnerabilidad a las obligaciones inherentes al segundo sentido. (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 19)

De este modo, aquella frase tan célebre de José Ortega y Gasset que dice que uno es “*por fuerza libre*” (1964, p. 34) al tener que elegir el modo de llevar la propia vida (pero no se decide vivir en sí mismo) tendría que desviar su sentido, pues el trabajador ciertamente tiene su libertad de elegir si trabajar o no, pero las condiciones que impone el capitalismo ahora lo fuerzan a optar por renunciar a sus bienes comunes y ofrecer su mano de obra. Por ende, la cita tendría que ser reformulada a que «uno es por fuerza libre de elegir forzosamente trabajar», si es que se quiere sobrevivir.

Por último, existe una tercera característica definitoria del capitalismo que se exhibe más en el propietario que en el productor, a diferencia de la anterior. Esta consiste en una dinámica de obtención de bienes con el fin de acumularlos y no de consumirlos por necesidad. En efecto, el capitalismo posee un influjo constante de deseo por obtener más y más riqueza, no con un objetivo claro, es decir, no para obtener tal objeto o lograr tal meta, sino que el propio hecho de enriquecerse y acumular. A la manera de la voluntad de vivir schopenhaueriana, detenta un impulso nunca satisfecho, que simplemente siempre quiere, sin limitaciones temporales o espaciales. Tal como refiere Rahel Jaeggi, “la *Erwerbsstreben*

(‘persecución de la riqueza’) capitalista se convierte en un fin en sí mis[m]a, un objetivo *no* dirigido precisamente a satisfacer necesidades y los deseos ni mucho menos a alcanzar la felicidad” (Fraser y Jaeggi, 2019, pp. 20-21). Este último punto que toca la autora es esencial, pues el individuo inmerso en el capitalismo y que goza de su poder desplaza la saciedad a un plano secundario, ya no siendo su prioridad llevar una vida plena y preocuparse primariamente de su sobrevivencia, ya que esto ha sido reemplazado por la ciega búsqueda de riqueza por el mero hecho de acumularla y, valga la redundancia, enriquecerse. A causa de esta característica es que puede entenderse cómo los grandes empresarios y gobernantes no consiguen poner dentro de sus prioridades el cuidado del medio ambiente, ya que no les importa que esta medida es lo único que aseguraría la sobrevivencia de la humanidad (y otras especies). No obstante, como su prioridad no es la plenitud, la felicidad y hasta el mismo vivir, esta consideración de no dañar irreparablemente a la naturaleza queda en el fondo de su escala de preocupaciones.

Ahora bien, estos rasgos definitorios del capitalismo pueden ser los que más se destacan al momento de analizarlo, a la vez de que son a lo que más apuntan los grandes capitalistas en su diario vivir, pues su concepción de sociedad es primariamente económica. Sin embargo, estas características no surgieron por sí mismas como un mero impulso económico, sino que tienen un trasfondo que va más allá. Ciertamente, el desarrollo del capitalismo tiene una raíz no económica, sino que nace de condiciones de posibilidad más transversales (Fraser y Jaeggi, 2019, pp. 32-33), desde diferentes ámbitos de la sociedad que han ido confluyendo para formar todo el modelo capitalista, que pueden ser resumidos en cuatro aspectos:

1. La relación que se da entre la producción económica y la reproducción social, esto es, entre las labores de trabajo donde se elaboran los productos puestos en el mercado y el tiempo dedicado a la socialización de diferentes sujetos, tanto para la generación de nuevos seres humanos como para el continuo desarrollo de la cultura (Fraser y Jaeggi, 2019, pp. 35-41).
2. El vínculo entre la expropiación y la explotación, siendo la primera posibilitadora de la segunda. Este refiere al nivel de afectación que tiene la

expropiación —el despojo rudo de bienes— en la explotación, entendida como el contrato de trabajo “libre” acordado entre el productor y el propietario. No se debe pasar de alto que esta conexión lleva inserto un potente elemento racial, pues históricamente se ha expropiado territorios más periféricos y pobres, mientras que la explotación se lleva en las mayores urbes con mejores condiciones de vida (Fraser y Jaeggi, 2019, pp. 49). Si bien esto fue evolucionando, logrando que la población expropiada pasara a poder ser explotada, esto es, a participar en un contrato de trabajo donde se le retribuyera, las condiciones en que esto se ha hecho continúan siendo en cantidades menores que la de los individuos explotados del núcleo social (Fraser y Jaeggi, 2019, pp. 115).

3. El nexo entre el ser humano y la naturaleza, entendiendo que el capitalismo requiere contemplar al medio ambiente como un patio que se puede explotar a voluntad, siendo capaz de obtener así directamente riqueza o los medios para conseguirla. Lo distintivo aquí es que esta relación es contradictoria, pues tal como se hace necesaria la explotación de la naturaleza, también esta acción pone en peligro la misma existencia del sistema capitalista y del mundo donde se despliega.
4. La división entre la economía y la política o, dicho de otro modo, entre el sector privado y el sector público de la sociedad. Por más que los principales defensores y exponentes del capitalismo insistan en que el modelo regula aspectos puramente económicos, no puede impugnarse que estas medidas económicas necesitan respaldos para su consecución que provienen de la labor política. Esto es evidente al observar aquellas características de primer plano y económicas del capitalismo dependen “esencialmente de que los poderes públicos garanticen los derechos de propiedad, hagan cumplir los contratos, diriman las disputas, sofoquen la[s] rebeliones anticapitalistas” (Fraser y Jaeggi, 2019, pp. 44), entre otras acciones.

Los últimos dos aspectos son de especial interés para la presente investigación, pues su análisis detallado ayudará a comprender la especial vinculación entre naturaleza y ser humano, a la vez de vislumbrar cómo el capitalismo ha logrado imponer a la población su estrategia de evasión y traslación de responsabilidad. Además, es algo que se ha extendido en las distintas fases históricas del capitalismo, los cuales pueden ser demarcados en cuatro periodos descritos por Nancy Fraser y Rahel Jaeggi (2019, p. 72): el capitalismo mercantil, nacido casi junto con la época moderna; el capitalismo liberal, desplegado durante la revolución industrial; el capitalismo gestionado por el estado, caracterizado por los Estados de bienestar de finales del siglo XIX y durante el siglo XX; y el capitalismo financiarizado, que rige aproximadamente desde los años 1970 hasta la fecha y que ha sido conocido mayormente como neoliberalismo. Estas fases son separadas en base a distintas formas de ordenación de la dinámica de acumulación y a diferentes entidades que las encausan.

Comenzando por la conexión entre ser humano y naturaleza, el capitalismo necesita que esta sea una relación de explotación indiscriminada, porque para poder configurar su sistema de producción y acumulación de riqueza sin fin requiere que la naturaleza sea la fuente prima. Por consiguiente, como el sistema capitalista posee un flujo contante e inacabable de querer más y más abundancia, la naturaleza también debe ser considerada como un manantial inagotable e infinitamente renovable, desconociendo los reales límites que tiene y el equilibrio al que está sometida, pasando a ser un capital más (Broszimmer, 2005, p. 107). Empero, el rol de la naturaleza en el capitalismo no acaba ahí, pues también es el vertedero de aquello que ya no es de utilidad en la sociedad capitalista, con lo cual se destruye aún más la armonía natural del planeta, contaminando cada rincón. La causa de todo esto es la enorme distancia que se empezó a marcar entre el ser humano y la naturaleza desde la Modernidad, posicionando al individuo como el sujeto más poderoso en el planeta, capaz de llevar a cabo cualquier cosa que se propusiera, pues tenía a su disposición todo el mundo, calificándolo como un mero objeto, sin rasgos destacables y cuya única función era estar a disposición del humano. Pensadores destacados de esta era representan fielmente este espíritu, como por ejemplo Descartes al calificar a los animales como máquinas sin alma (1987, p. 34). De este modo,

el capitalismo da por sentada (inicia, en realidad) una clara división entre un ámbito material, entendido como provisión gratuita y no producida de “materias primas”, disponibles para ser expropiadas, y un ámbito económico, entendido como una esfera de valor, producida por y para los seres humanos. A ellos se suma una agudización de la distinción preexistente entre “la humanidad”, concebida como algo espiritual, sociocultural e histórico, y “la naturaleza” (no humana) como algo material, objetivamente dado y ahistórico. (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 42)

Ahora bien, esta dualidad que se ha creado entre humano y naturaleza ha traído un doble problema a la hora de analizar tanto el capitalismo como la crisis ecológica provocada por él. Primeramente, con esta distanciaci3n el humano olvida que tambi3n es parte de la naturaleza y, por ende, es afectado por toda la destrucci3n causada en el medio. Ciertamente, por m3s que el individuo se erija como el ser superior en la Tierra y que todas las dem3s especies est3n bajo su r3gimen, esto no borra que necesita de la naturaleza para sobrevivir, pues le brinda las condiciones suficientes para la subsistencia. He ah3 el car3cter contradictorio del capitalismo: aquel que busca la riqueza y acumula compulsivamente, sobrexplotando el planeta para tener las materias primas que necesita para ser exitoso en el mercado, est3 aniquilando la misma fuente que le da su capital y que le permite vivir. Justamente, no respeta la interdependencia existente en la Tierra y que era llevada en cierto equilibrio hasta la aparici3n del capitalismo, es decir, que la humanidad ignora, voluntaria o involuntariamente, que “cada forma de vida (incluyendo al ser humano) obtiene ciertas sustancias del medio y al mismo tiempo descarga otras al medio, y estas sustancias afectan a otros organismos. Las influencias mutuas de diversas especies son a menudo intrincadas, indirectas y sutiles” (Catton, 2010, p. 129). 3l acepta y disfruta de las condiciones que la naturaleza le brinda para poder existir e, ir3nicamente, poder desplegar su sistema de sociedad capitalista, por lo cual recibe gustosamente los beneficios de depender de lo natural, aunque no lo reconozca, mientras que no hace su parte de esta relaci3n interdependiente. No se asegura de devolverle el favor al planeta cuidando su delicado equilibrio al no utilizar los recursos m3s de lo estrictamente necesario, cayendo en una actitud m3s que ego3sta. En segundo lugar, esta separaci3n humano-naturaleza no implica tampoco fundir ambos extremos en un solo grupo, queriendo volver a una suerte de unidad original. Por el contrario, as3 como el humano debe aceptar su condici3n de participante de la naturaleza, as3 tambi3n los futuros esfuerzos por buscar una armon3a no deben de negar la condici3n hist3rica del

ecosistema. Es decir, no se tiene que vedar la realidad de que la naturaleza ha cambiado junto con la evolución humana, lo cual no es malo intrínsecamente, sino que es el modo en que la humanidad ha conducido esta evolución con el capitalismo lo que finalmente ha llevado a casi destruir la naturaleza misma. Por esta razón, en un futuro mundo ambientalmente responsable no se debe olvidar la diferencia entre humano y ecosistema, sino que cambiar la actitud con la cual se ha llevado hasta ahora:

Rechazar la dicotomía Naturaleza/Humanidad no significa acabar con la distinción entre animales humanos y no humanos. Tampoco significa fundir las sociedades humanas con los ecosistemas de los que forma parte. Se trata más bien de relativizar e historizar estas distinciones. Tanto la sociedad humana como la naturaleza no humana son históricas. Y los dos términos están relacionados internamente. Con el paso del tiempo, cada una limita, configura, se adapta y desestabiliza a la otra. (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 104)

Con todo, no se presenta una tarea sencilla, dado que el capitalismo está ya fuertemente arraigado en la sociedad y aplicar perspectivas diferentes a las que ya ha impuesto parece poco posible. Por cierto, el mundo se ha configurado bajo ciertos valores capitalistas que reafirman esta dicotomía entre ser humano y naturaleza, haciéndose parte del día a día y casi imperceptibles. Además de la ya mencionada consideración de la naturaleza como un capital, se da el caso de que la humanidad se siente ama y señora del ecosistema, por lo cual piensan que “tienen el derecho, e incluso la obligación, de utilizar la naturaleza y sus productos para asegurar su constante progreso” (Broswimmer, 2005, p. 107). Esto quiere decir que, aparte del contante impulso que causa el capital sobre el humano de constantemente querer más riqueza y acumularla, existe un influjo continuo y forzoso de explotar el medio ambiente para generar esa fortuna. De este modo, el individuo pasa a ser, más que un ser humano, un “ser económico acumulador” (Broswimmer, 2005, p. 107), pues su foco en la vida está solo en aglomerar recursos sobre sus necesidades más básicas de supervivencia.

Pasando al segundo aspecto identificador del capitalismo de la división entre economía y política, este es un elemento de vital importancia también para ver la relación entre capitalismo y naturaleza, pues las variaciones de esta dicotomía pueden demostrar la imbricación del modelo capitalista en un área tan relevante como la política. Esta influencia

le permite a este sistema intervenir en los Estados, de modo que las medidas del gobierno serán siempre con consideración de cómo se afectará a los objetivos del capitalismo. Por más que los empresarios capitalistas se escuden en que solo tratan sus asuntos económicos, la verdad es que, por un lado, sus decisiones afectan la vida pública de toda la sociedad, ejerciendo algún tipo de consecuencia en el diario vivir de la población en general. Y, por otro, esta dimensión económica no sería nada sin el actuar de la política, pues cada ley, cada iniciativa de gobierno o cada intervención pública permite la realización del sistema capitalista de manera ordenada y asegurando su prevalencia. Por tanto, podría decirse que en el capitalismo existe “una relación de división-dependencia-denegación” (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 81) entre el sector privado y el público. División en el hecho de que el capitalismo busca distanciar ambas esferas. Dependencia expresada en las condiciones de posibilidad que le brinda lo político al modelo económico capitalista. Y, en último lugar, denegación en el constante desconocimiento que hacen los capitalistas de su correlación con ámbitos diferentes de lo económico, como la política.

Para poder observar de mejor manera cómo la economía se ha insertado también en el sector público y, a su vez, ha llegado a influir en las tomas de decisiones políticas sobre la naturaleza, es útil hacer un recorrido histórico por las distintas formas en las que este vínculo se ha presentado en las fases del capitalismo. Durante el capitalismo mercantil, recién el capitalismo estaba haciendo crecer sus primeras semillas en otras áreas de la sociedad, como la política, por lo cual no había una diferenciación tan marcada. Las clases de productores y propietarios no estaba formada del todo aún, por lo cual existían aún pequeños mercados fuera de un mercado global. Al mismo tiempo, los diferentes territorios tenían diferentes regímenes de organización política, existiendo todavía gobernantes absolutos que ostentaban el poder económico y político, pues se encargaban de regular el comercio dentro de sus países, mientras que se empezaba a fraguar una suerte de mercado internacional al tratar con otras autoridades. No obstante, esta “división interior/exterior” (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 82) fue de a poco difuminándose en favor de la aparición de un único rector de la economía: el sistema capitalista en sí. Luego, ya adentrado el capitalismo liberal, se marcó drásticamente la diferencia entre el sector privado y el público, pues con el alza de la economía, por ejemplo,

con la Revolución Industrial, los privados pudieron formar sus propias esferas de acción sin tener que pasar por los poderes del Estado, dándose sus propias regulaciones, como la de oferta y demanda. Sin embargo, esta separación fue causando problema con el paso de los años, ya que la distancia de la política del círculo económico permitió situaciones como la explotación desmedida de los trabajadores o la extrema dependencia de los dictámenes de los economistas capitalistas. Todo esto desembocó en diferentes protestas y en crisis, obligando a cambiar la manera de relación entre economía y política. Esto sucedió con el capitalismo gestionado por el Estado, ya que este tuvo que ejercer una mayor presencia en la sociedad, acercando el sector público y el privado, con lo cual se pretendió evitar eventuales crisis, como la de 1929. El modo de realizarlo fue destinando los esfuerzos tanto públicos como privados a labores más sociales, como mejores salarios para los trabajadores. Sin embargo, esto fue cambiando demasiado las condiciones para los defensores del modelo capitalista, no permitiéndoles manejar el comercio y la sociedad como más les convenía para alcanzar mayor acumulación de riqueza. Por este motivo, surgieron “nuevos esfuerzos del capital por liberar las fuerzas del mercado de la regulación política” (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 83), desembocando finalmente en otro cambio de fase hacia el capitalismo financiarizado o neoliberalismo. Con esta transición se volvió a aumentar considerablemente la distancia entre lo económico y lo político, pero se ha notado sustantivamente en la menor influencia que ha tenido el sector público en lo privado. En efecto, los gobiernos poco y nada pueden hacer ante el mercado global, incluso dándose vuelta los roles y siendo los empresarios capitalistas los que intervienen en el poder político en favor de medidas que favorezcan sus negocios. Famosos han sido los casos donde, de hecho, los mayores propietarios han redactado leyes a congresistas para que estos las presenten en el parlamento, o también es regular encontrar financiamiento privado en las campañas de los políticos más populares a la hora de postular a un cargo.

A causa de este comportamiento, es fácilmente observable el nivel de involucramiento que tienen los actores privados en la esfera política y las consecuencias que esto tiene. Toda la sociedad termina siendo permeada por el afán de riqueza y acumulación del capitalismo, dejando de lado, al mismo tiempo, puntos tan básicos como la primordial

satisfacción de las necesidades suficientes para vivir. Esta dirección es la que toma la actual crisis ambiental, pues son pocos los esfuerzos de la política por contener la destrucción del planeta, ya sea promoviendo modos de vida más amistosos con la Tierra o juzgando en la correcta medida a los mayores responsables de la crisis. Todo esto por la separación que se ha marcado entre la economía y la política, tomando la primera un mayor rol a la hora de moldear la sociedad y su actitud hacia la naturaleza, prevaleciendo el deseo por mayor fortuna y la simple voluntad de querer acumular más.

2.2. Hans Jonas y la ampliación del círculo de consideración ética

Estas dos características de fondo del capitalismo –la relación entre humano y el ecosistema, por un lado, y la división entre economía y política, por otra– dan cuenta del profundo lugar que ocupa la naturaleza en el sistema social capitalista, ya que desde sus inicios se ha marcado una distancia con ella y recalcado su condición de mero objeto de libre disposición, a la vez que esto es asegurado y promovido tanto en el sector público como privado, lo que exhibe una vez más la profundidad de la crisis ambiental en la actualidad. Ahora bien, esta demarcación de tipo quizás ontológica no se queda solo en esta área, sino que también abre una dimensión ética, ya que, al ser promovido un modo de vida de sobreexplotación de la naturaleza y constante acumulación, la responsabilidad que guarda el ser humano en esto es definitivamente distinta de la responsabilidad que cargaba en su relación con la naturaleza previo al capitalismo. Efectivamente, el concepto de responsabilidad que explicaba Arendt, tanto personal como vicaria, se aplicaba fundamentalmente a las relaciones humanas, buscando asignar los tipos y niveles tanto de responsabilidad como de culpa a aquellos sujetos a los que realmente les correspondía, según las consecuencias de sus acciones. No hay un enfoque en su pensamiento de considerar también a la naturaleza como sujeto también pasible de daño y, por ende, de las consecuencias del obrar humano. Sin embargo, existen un par de menciones en su obra que podrían indicar una tendencia de expandir el círculo de consideración ética del humano y, por consiguiente, de responsabilización. Una de ellas es la siguiente cita de su texto *Introducción a la política*, donde reflexiona sobre las principales preocupaciones del siglo XX con el avance de la tecnología humana:

Sea cual sea la postura que uno adopte frente a la cuestión de si es el hombre o el mundo lo que está en juego en la crisis actual, una cosa es segura: la respuesta que sitúa al hombre en el punto central de la preocupación presente y cree deber cambiarlo para poner remedio es profundamente apolítica: pues el punto central de la política es siempre la preocupación por el mundo y no por el hombre. (Arendt, 2008, p. 142)

Aquí pone sobre la mesa un concepto fundamental para su filosofía: la política, y la define no solo como un asunto humano, sino que debe contemplar a todo el mundo. De ello podría inferirse que, ante la evolución del humano y las características que ha ido tomando (a causa también de su inmersión en el capitalismo), su labor política no solo debe preocuparse de las cosas de la sociedad humana, sino de todo el planeta, pues se han ampliado los alcances de su acción y, por lo tanto, los lugares a los que podría llegar a afectar. Así mismo tiempo, se podría confirmar esta idea avanzando unas páginas en el mismo texto, donde Arendt medita que la posibilidad de la aniquilación de algún Estado son cada vez más reales y accesibles para el humano, pero que no solo se destruiría algún país particular o grupo de humanos específico, sino que a todo el planeta, asunto de bastante preocupación: “Aquí ya no se trata únicamente de la libertad sino de la vida, de la existencia de la humanidad y tal vez de toda la vida orgánica sobre la Tierra” (Arendt, 2008, p. 145). Si bien Arendt nunca desarrolló un pensamiento sobre responsabilidad ambiental, estos pasajes podrían sugerir que no era reacia a ello, sino que eventualmente su propio concepto de responsabilidad podría ser aplicable hoy para juzgar correctamente a los causantes de mayor daño al ecosistema. Pese a todo, es posible recurrir a un coetáneo de ella, que por lo demás tuvo una formación muy similar, a saber, Hans Jonas. Aun cuando a nivel personal tuvieron sus diferencias y se dedicaron a áreas distintas de la filosofía, sus pensamientos pueden tener interesantes entrecruces, como ocurre en este caso, pues Jonas logra configurar reflexiones sobre la responsabilidad ambiental que recae sobre el ser humano en la era actual. Ciertamente, el individuo dominado por los valores de la sociedad capitalista debe ser objeto de un análisis diferente al de sus antecesores, pues el capitalismo instauró una nueva forma de relacionarse con la naturaleza que, si bien ha variado con el paso de sus fases, mantiene un mismo espíritu de explotación, acumulación y destrucción.

Lo central que se debe advertir en la propuesta jonaseana es que el mundo desde el surgimiento del capitalismo ha tenido un cambio inmenso en cuanto al alcance de la acción

humana, lo que pone de manifiesto desde ya que se tiene que repensar ciertos conceptos que ya no son aplicables de la misma manera en la actualidad. Desde el comienzo de la Modernidad la concepción de mundo sufrió grandes cambios al presentarse un extremo desarrollo del pensamiento humano y, con ello, sus capacidades tecnocientíficas. Esto causó un empoderamiento en el ser humano, por una parte, al ver el incremento en sus opciones de cómo actuar y, por otra, al posicionarse en la punta de la jerarquía de especies del planeta, pues era el único con la posibilidad de moldearlo a su voluntad. Simultáneamente, esta postura provocó que el ser humano se viera como el sujeto supremo, en contraposición a la naturaleza, la cual tomó la posición de un mero objeto, por lo cual se le bajó su rango de consideración ética, ya no teniendo un valor intrínseco, sino que más bien instrumental. Solo se le consideraba como una materia apta para elaborar productos y para vender (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 29), es decir, se le asignó como una simple cosa que ayuda al humano a progresar en su afán de enriquecimiento:

El sistema capitalista en desarrollo contó con hipótesis científicas y tecnológicas relativas al universo que estimulaban la explotación de la naturaleza. La época de la Ilustración veía la naturaleza como un mundo mecánico y muerto, punto de vista que permitió a los individuos concebir los ecosistemas y sus habitantes como meros recursos para uso humano. (Broszimmer, 2005, p. 105)

Ciertamente, la llegada del capitalismo ocasionó una gran transformación del paradigma de relación entre humano y naturaleza. Si antes existía una convivencia más bien equilibrada, donde ambos podían subsistir sin mayor riesgo de extinción, todo esto se modificó con los valores capitalistas, porque se desniveló la balanza. Mientras la humanidad se sigue enriqueciendo al sobreexplotar la Tierra con el puro afán de acumular, la naturaleza ha caído en una situación crítica, al borde de la desaparición de algunas de sus especies o, incluso, de ella en su completitud, comprendiendo también al humano. Este hecho se ha debido al aumento de la vulnerabilidad de la naturaleza frente a la acción humana, puesto que esta ha aumentado exponencialmente su alcance. Si antes la caza de algún animal era solo un medio para alimentarse y sobrevivir, ahora se ha convertido en un deporte o en una empresa que pone en peligro de extinción a ese espécimen. Anteriormente podía concebirse la sociedad humana y la naturaleza como dos espacios separados pero que mantenían un vínculo equilibrado de supervivencia interdependiente, pero esa distancia a cambiado con el

capitalismo a un trato de dominación, donde la humanidad devora la esfera natural: “La frontera entre «Estado» (*polis*) y «Naturaleza» ha quedado abolida. La ciudad del hombre, que antaño constituía un enclave dentro del mundo no humano, se extiende ahora sobre toda la naturaleza terrenal y usurpa su lugar” (Jonas, 1995, p. 37).

Esta modificación en el modo de vida del humano sin duda ha reformado el ámbito moral y ético de la sociedad, pues previo al capitalismo este se enfocaba en los asuntos intrahumanos cotidianos de la ciudad, dado que las consecuencias de las acciones no superaban mayormente estos límites. Sin embargo, con el sistema social capitalista se han roto estas barreras, donde cada obra no solo afecta su círculo más próximo, sino que a todo el planeta. Por este motivo, es menester repensar los conceptos éticos tradicionales, ya que el círculo de consideración ha crecido enormemente, no solo abarcando los asuntos humanos, sino que incorporando a toda la naturaleza, la que, además, ha sido la más afectada con este cambio. Al haberse perdido el equilibrio de fuerzas existentes antes del capitalismo, el ecosistema ha quedado desprotegido, siendo constantemente sobreexplotada y quedando sin la capacidad suficiente para recuperarse, por lo cual se mantiene en un constante estado de destrucción y poca renovación. Contrariamente, el ser humano ha quedado con un poder mucho mayor, pudiendo satisfacer mucho más que sus necesidades primarias, incluso acumulando cosas que no requiere para nada más que el simple hecho de enriquecerse:

La naturaleza de la acción humana *ha cambiado de facto* y (...) se le ha agregado un objeto de orden totalmente nuevo, nada menos que la entera biósfera del planeta, de la que hemos de responder, ya que tenemos poder sobre ella. (...) La naturaleza, en cuanto responsabilidad humana, es sin duda un *novum* sobre el cual la teoría ética tiene que reflexionar. (Jonas, 1995, p. 33)

Tal como se refiere aquí último, es necesario por tanto reestructurar algunos conceptos de la ética para que incluya esta nueva dimensión ambiental, integrando a la naturaleza como un participante más de la sociedad que queda bajo el cuidado del humano, a causa de su propio aumento de poder que no estaba contemplado en la ética anterior.

Algo fundamental que se debe tener en cuenta para el desarrollo de esta nueva ética es que esta alza de poderío del ser humano no es algo del todo controlado por él mismo, esto es, las consecuencias de sus acciones no le llegan a ser del todo previsibles. Este factor es

quizás uno de los más peligrosos del avance de la tecnología bajo el influjo del capitalismo, pues el saber predictivo se queda atrás en comparación al verdadero saber de las consecuencias del obrar técnico, por lo cual el individuo no tiene conocimiento ni dominio sobre sus efectos (Jonas, 1995, p. 34). La tecnología moderna cobra tal relevancia en este sistema capitalista que pone todo bajo sus pies. Ya Heidegger, profesor en su momento de Jonas, anunciaba el lugar central de la técnica en los tiempos más actuales, describiendo que “el desocultar imperante en la técnica moderna es un provocar que pone a la naturaleza en la exigencia de liberar energías, que en cuanto tales pueden ser explotadas y acumuladas” (1997, p. 123), con lo cual supera las propias intenciones del individuo que recurre a la técnica. Así como el capitalismo le quita el protagonismo de la historia al ser humano (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 29), siendo más importante el avance de la riqueza y la acumulación que la evolución de la especie, así también la técnica supera el saber humano al poseer más posibilidades de efectos que los que el entendimiento puede vaticinar. Por este motivo, se debe poner mayor relevancia en la dimensión futura de las acciones, dado que la técnica pone en incógnita gran parte de ella, al no haber total claridad de las consecuencias que alguna medida pueda tener. Además, el riesgo es aún mayor cuando la naturaleza está a libre disposición del individuo capitalista, puesto que puede ejercer innumerables obras de daño al medio ambiente con tal de generar más riqueza sin mediar el radio de secuelas puede llevar a escenarios distópicos.

Dada esta característica, Jonas propone que la ética adecuada al nuevo contexto capitalista debe ser una “ética orientada al futuro” (1995, p. 42), de manera que se considere en el círculo moral también todas esas consecuencias no previstas que puedan terminar perjudicando a la naturaleza. Así, se podría mandar desde la ética al ser humano a llevar una vida mucho más amistosa con el medio ambiente. Jonas lo manifiesta de manera muy clara a través de la reformulación del imperativo categórico kantiano: “Obra de tal modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida humana auténtica en la Tierra” (1995, p. 40). A través de este enunciado, se establecería como máxima del correcto actuar humano la consideración de los efectos de su obrar que puedan afectar de cualquier modo a la naturaleza y, por consiguiente, poner en peligro la existencia futura del

planeta mismo. Ahora bien, es verdad que dentro de esta idea jonaseana existe cierto antropocentrismo, pues se le estaría asignando un valor moral al ecosistema solo en función de que este es necesario para la subsistencia humana y no apreciándolo por sí mismo. Mas podría hablarse de modo más adecuado de un antropocentrismo débil (Oviedo Sotelo, 2018, p. 70), pues Jonas igualmente le asigna un lugar central a la naturaleza dentro de su sistema, procurando que su ética estime su sobrevivencia y vea como negativa su destrucción.

Teniendo en cuenta el imperativo al futuro, es menester indagar cómo ponerlo en práctica para que el ser humano efectivamente pueda dirigir sus acciones hacia la existencia futura de la Tierra. La consecución de este fin no es fácil, pues los individuos están tan inmersos en la lógica capitalista que es difícil apelar a la buena fe o a un simple convencimiento para lograr que lleven una vida acorde a la ética dirigida al futuro. Por este motivo, una estrategia posible es la llamada «heurística del temor», que consiste en la búsqueda del mejor camino ético a través del miedo que pueda provocar la no correcta adecuación al imperativo, pues

solamente la *prevista desfiguración* del hombre nos ayuda a forjarnos una idea de hombre que ha de ser *preservada* de tal desfiguración; y necesitamos que ese concepto se vea *amenazado* –con formas muy concretas de amenaza– para, ante el espanto que tal cosa nos produce, afianzar una imagen verdadera de hombre. Mientras el peligro es desconocido no se sabe qué es lo que hay que proteger y por qué, el saber acerca de ello procede, en contra de toda lógica y de todo método, de «aquello que hay que evitar». (Jonas, 1995, p. 65)

Precisamente, dado que la técnica ha avanzado tanto a un grado de que el ser humano no es capaz de saber todas sus consecuencias, no hay un escenario negativo (como un daño irreparable al ecosistema) que sea seguro, sólido y conocido, sino que queda en el campo ignorado por el individuo. Por esta razón, se debe apelar más bien a la única certeza que se tiene en este contexto, que es la evitación de la destrucción del planeta por medio de la acción irresponsable del ser humano. Por cierto, la figuración de ese futuro causa temor dentro del individuo y tendrá como guía ética de su acción el impedirlo, y no la intención de no causar tal consecuencia específica, pues le es difícil sino imposible de saber. De manera de tener más presente este temor, Jonas llama a usar como herramienta una casuística imaginaria (1995, p. 69), con la cual aquellos escenarios posibles provocados por la acción dentro del

capitalismo puedan ser accesibles de algún modo. Puesto que no se puede seguir una línea causal clara, al no tener el conocimiento suficiente para comprender todas las consecuencias posibles del obrar técnico actual, se debe seguir una reflexión más bien hipotética que haga surgir los eventuales efectos. Ahora bien, es importante, en el contexto de una cada vez más grave crisis ambiental, tener una visión algo pesimista, de modo de “dar *mayor crédito a las profecías catastrofistas que a las optimistas*” (énfasis en el original; Jonas, 1995, p. 71), ya que así se podrán tener más presentes las situaciones presumiblemente reales que puedan causar más daño a la naturaleza e impedir la existencia futura del planeta. Esta perspectiva pesimista no debe ser entendida como una rendición ante un porvenir ya asumido como apocalíptico, sino como una mera herramienta que ayude al humano a percibir como más real la amenaza de la destrucción de la Tierra, para que, así, despierte de su ansia acumulativa de riqueza y dirija sus esfuerzos a lograr un mundo ambientalmente responsable.

Sin embargo, se ha fallado en considerar esta dimensión ética de la separación entre ser humano y naturaleza. Incluso podría decirse que se ha ignorado, consciente o inconscientemente, pues el sistema capitalista busca influir en toda la población y que vías para tener una relación más armónica con la naturaleza, como la ética dirigida al futuro de Jonas, sean pasadas por alto o tengan poca relevancia. En este punto es donde se logra apreciar de mejor forma la herencia fascista en el capitalismo, pues lo que se despliega al momento de parar esfuerzos ecológicos es la estrategia de establecer un mundo ilusorio donde la responsabilidad es evitada y trasladada, no recayendo en las cantidades y lugares que corresponde. El planteamiento de Jonas puede hacer mucho sentido y tener una base argumentativa sólida para despertar en la población su real dosis de responsabilidad en la dirección que está tomando el planeta, pero no puede hacer nada sin que antes no se clarifiquen y se combatan los métodos de evitación de la responsabilidad por parte tanto de los grandes empresarios como de los gobiernos.

2.3. ¿Se ha ido el fascismo? Una estrategia que se repite: evasión y manipulación de la responsabilidad ambiental

Ciertamente, la crisis ecológica que se vive hoy en día ha alcanzado una envergadura que no se ha observado antes en la historia de la humanidad y su superación presenta uno de sus

mayores desafíos. Por esta misma razón es extraño que no se estén llevando a cabo medidas concretas y transversales en el mundo para poder enfrentarla, aún más pensando que lo que se pone en juego es la existencia misma de todos los seres de la Tierra, incluido el humano. Ahora bien, sí que existen algunos convenios dirigidos a frenar la crisis ambiental, tales como el *Acuerdo de París* que busca que los países firmantes mantengan el aumento de la temperatura mundial bajo los 2° (Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático 21 [COP21], 2015, art. 2), o, ya a nivel más de cada gobierno, campañas para el reciclaje, la disminución del uso de combustibles fósiles o la reducción de la deforestación indiscriminada. El problema con estas iniciativas es que o bien están subyugadas a motivos económicos, o bien están enfocadas a responsabilizar más a la población común y llamar a ella a hacer esfuerzos por llevar una vida más amigable con el medio ambiente. Todo esto mientras a los grandes responsables, es decir, a los sostenedores de los valores capitalistas de explotación y acumulación, como empresarios y gobiernos, poco se les exige en cuanto a adaptar sus labores para que sean menos dañinas con la naturaleza. Un ejemplo es la campaña *Cuidemos el agua* del Gobierno de Chile lanzada en 2018, que perseguía reducir el uso de este elemento hídrico con prácticas como darse duchas más cortas o utilizar la lavadora solo con cargas llenas (Gobierno de Chile, 14 de diciembre de 2018)⁷. El espíritu de este plan es muy positivo, pues efectivamente estas y otras acciones pueden ayudar a desacelerar el avance de la crisis ambiental. Sin embargo, medidas de este tipo son reiteradas y solo se concentran en apelar a la cuota de responsabilidad ambiental de la población común, la cual, realmente, es muy menor en comparación a la cantidad de responsabilidad que tienen las grandes empresas, a las cuales se les controla escasamente en cuanto a sus acciones sobre el ecosistema.

Esta clase de comportamientos es lo que lleva a esta investigación a postular que existe una estrategia en la actualidad de desviación de la responsabilidad ambiental de características muy similares a las que se presentaron durante el régimen nazi y que, por

⁷ Otra medida similar es la promovida por Falabella de reciclaje de ropa (Somos Falabella, 4 de agosto de 2022), donde se ofrece reutilizar, donar y gestionar los residuos de prendas que el público ya no desee. Es una iniciativa que aporta a la lucha contra la crisis ambiental, pero proviene de una empresa que a su vez sigue dentro de la industria de la ropa y produce cantidades enormes de vestimenta, lo cual conlleva una gran explotación de animales no-humanos y de la naturaleza misma.

tanto, fue legada a la forma actual de capitalismo. Esto se hace incluso más patente al registrar la participación de gobiernos en la mantención de este modelo social capitalista donde se evita y traslada la responsabilidad. El ejemplo anterior de Chile demuestra cómo una iniciativa gubernamental apela más a responsabilizar ambientalmente a la población común que a las grandes empresas extractivistas. De hecho, cuando se promueven conductas más amigables con el medio ambiente en un nivel transversal, incluyendo la industria capitalista, se hace con plazos mucho más flexibles, como la *Estrategia Nacional de Electromovilidad* de Chile que ponía como objetivo tener un mayor número de vehículos eléctricos para el año 2035 (Ministerio de Energía de Chile, 15 de octubre de 2021), mientras que, a su vez, el Gobierno se negaba a firmar el *Acuerdo de Escazú* que implementa de manera más inmediata mayor acceso para la población a información y justicia ambiental (Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL], 2018) ante la presencia de gran corrupción al momento de juzgar los daños por parte de grandes empresas. La situación se hace aún más desesperada cuando los mandatarios no solo evitan y trasladan la responsabilidad ambiental, ya sea la de ellos mismos o la de la industria capitalista, sino que incluso desconocen cualquier cuota de responsabilidad puesto que niegan la gran crisis ecológica en la que se está. Ha sido de dominio público de qué manera el expresidente de Estados Unidos, Donald Trump, negaba los efectos del cambio climático sobre el planeta (ABC Internacional, 15 de septiembre de 2020), con tal de resguardar sus intereses económicos, bajándole el perfil a los daños financieros de la crisis ambiental (Monge, 27 de noviembre de 2018). Otra muestra es el mandatario de Brasil, Jair Bolsonaro, que desde su campaña a la presidencia se ha opuesto al cuidado de la naturaleza (Rejón, 19 de octubre de 2018) e incluso durante su periodo ha abierto aún más el Amazonas para la explotación forestal y minera, causando un gran daño al equilibrio del planeta (Campillay, 21 de noviembre de 2021).

Este comportamiento reiterado y que se ha hecho usual a escala planetario denotan una estrategia transversal del sistema capitalista por cubrir su verdadera cuota de responsabilidad sobre la destrucción de la naturaleza, optando por evadirla y trasladarla hacia otros, de manera de crear una ilusión donde toda la población por igual tiene parte de responsabilidad en esto. A través de esta táctica, consiguen que se les condene en menor

medida por sus labores que dañan el medio ambiente y poder seguir con sus prácticas sobreextractivistas, mientras que la población común debe pagar las consecuencias de una menor calidad de vida y, simultáneamente, poner los mayores esfuerzos para detener la crisis ecológica. A causa de este escenario, es necesario llevar a cabo un análisis similar al hecho con el manejo de la responsabilidad durante el régimen nazi, pero esta vez aplicado a la sociedad capitalista actual. De este modo, se hará posible dilucidar las características comunes entre ambos casos y sacar a la luz la herencia fascista en el neoliberalismo de hoy, lo que permitirá, a su vez, vislumbrar cómo enfrentarlo y reposicionar la responsabilidad ambiental en los lugares correctos.

Un primer factor central que notar es que, al igual que el fascismo, el capitalismo lleva dentro de sí una experiencia de crisis. En efecto, así como los movimientos totalitarios aprovecharon la crisis de su tiempo para llegar al poder como guías para las almas perdidas de la población, así también cada fase del capitalismo ha convivido con factores que lo hacen estar permanentemente en crisis. Lo positivo de esto para el sistema es que le permite poder renovar aquellos elementos que hicieron explotar la crisis para reemplazarlos por otros, pero sin perder la esencia del capitalismo mismo. Ciertamente, recogiendo el planteamiento de Nancy Fraser y Rahel Jaeggi, han existido cuatro fases del capitalismo, donde cada una ha mantenido un núcleo común y ha modificado solo la organización de sus condiciones de fondo o la entidad que los canaliza (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 72), ante lo cual es posible decir que

la historia de la sociedad capitalista se puede reconstruir retrospectivamente como una secuencia encauzada de diferentes regímenes. Cada régimen surge de la situación de crisis específica del anterior y busca superar los impedimentos de este. Pero cada régimen lleva consigo sus propias dificultades, unos problemas que es incapaz de resolver. (Fraser y Jaeggi, 2019, pp. 79-80)

Así como se dice en la última frase, a pesar de superar ciertos problemas con el cambio de fase para superar el momento álgido de la crisis del momento, ciertas dificultades se mantienen, lo que inminentemente llevará a otra explosión de la crisis y un nuevo cambio de régimen. Esto es así dado que el capitalismo contiene desde su concepción contradicciones necesarias para su existencia, tales como la dinámica entre expropiación y explotación, la

división de lo económico y lo político, el nexo producción-reproducción o, que es la más importante del presente escrito, la relación entre el ser humano y la naturaleza. Por lo demás, este último punto se hace aún más visible con el neoliberalismo de hoy, porque en las demás fases los puntos críticos han estado más bien en la manera de sobrellevar la producción y la reproducción o en la separación entre el sector privado y el público, pero en el presente la cara más visible de la crisis es la inminente destrucción del planeta, que muestra palpablemente la necesidad del capitalismo de la naturaleza para explotarla, mas también para sobrevivir. Así, se exhibe “la multidimensionalidad de la crisis actual, que no es solo económica y financiera, sino también medioambiental, política y social” (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 11), abarcando diferentes ámbitos del diario vivir.

Con estas características, el capitalismo ha logrado camuflar su constante crisis interna, supuestamente dando por superadas las problemáticas que causaron la crisis de una fase y dando paso a otra. No obstante, esto no es más que parte de una ilusión, pues se mantienen los rasgos centrales del capitalismo que lo representan y que, al mismo tiempo, lo hacen volver a caer en crisis. De la misma forma que el nacionalsocialismo prometía solucionar la crisis de su época, construyendo una ficción llena de contradicciones, como la presunta liberación de responsabilidad a la población y luego lanzándola a los leones durante los juicios, el capitalismo también engaña a la gente mostrando cambios que son solo cosméticos, mas no esenciales. Ahora bien, ¿cómo han logrado mantener tal mecanismo sin que las personas hagan mayor protesta por ello? La respuesta está en la permanencia de la idea de crecimiento, esto es, se arguye que la solución de cualquier crisis es mantener un régimen de crecimiento, pues brindará mayor prosperidad a toda la población. Se pueden cambiar las maneras de hacerlo, quizás separando más la esfera de lo económico y lo político, como se hizo en el paso del capitalismo gestionado por el Estado al financiarizado, pero se mantiene este ideal de seguir creciendo con tal de producir más riqueza (y acumularla, especialmente por los más poderosos):

Para evitar su cuestionamiento, la oligarquía repite machaconamente la idea de que la solución a la crisis social es el crecimiento de la producción. Ésta sería la única forma de luchar contra la pobreza y la desocupación. El crecimiento permitiría elevar el nivel general de la riqueza y, por tanto, mejorar la suerte de los pobres sin que sea necesario

–pero esto nunca se precisa– modificar la distribución de la riqueza. (Kempf, 2011, p. 103)

Con tal modo de proceder el capitalismo logra mantenerse como el modelo social prevaleciente sin tener que comprometer sus rasgos más fundamentales, engañando a la población por medio de promesas de que se han cambiado aquellos factores promotores de la crisis, cuando en realidad se mantienen, pues son su misma esencia.

Sin embargo, ¿de qué manera logran que la población se mantenga en esa lógica de crecimiento sin que se den cuenta de que aún permanece? Mientras el fascismo apeló al pequeñoburgués prometiéndole el crecimiento y la consideración que nunca tuvo en la sociedad de clases, el capitalismo recurre al “principio del consumo ostensible” (Kempf, 2011, p. 95). Este concepto explica la forma en la que se ha configurado la sociedad capitalista a través de la separación entre productores y propietarios, ya que se ha establecido una jerarquía donde los primeros luchan por obtener más riqueza y acumularla para llegar al estatus de propietario. Pero este deseo está guiado por las costumbres que muestran los grupos más poderosos de la sociedad, llegando a ser las figuras a las cuales los productores quieren aspirar. Ahora bien, dado que el capitalismo no tiene un fin determinado más que la constante acumulación de riqueza, sus máximos defensores –que son justamente quienes están en la cima de esta escala–, procuran exhibir la fortuna que han amasado de manera de que se note su posición de propietario. Al ser los ejemplos de plenitud en la sociedad capitalista, los productores anhelan llegar a ser como ellos y adoptan sus mismas conductas, dejando en un segundo plano la satisfacción de necesidades básicas y pasando a ser prioritario la ostentación de la riqueza:

Las sociedades humanas han dejado un estado salvaje y apacible por un estado de rapacidad brutal, donde la lucha es el principio de existencia. De ello deriva una diferenciación entre una clase ociosa y una clase trabajadora, que ha perdurado a medida que la sociedad ha evolucionado hacia fases menos violentas. Pero la posesión de la riqueza ha seguido siendo el medio de diferenciación, pues su objetivo esencial no es responder a una necesidad material, sino garantizar una «distinción provocadora», dicho en otras palabras, exhibir los signos de un estatus superior.

No caben dudas de que una parte de la producción de bienes responde a «fines útiles» y satisface las necesidades concretas de existencia. Pero el nivel de producción necesario a esos fines útiles se alcanza muy fácilmente. (Kempf, 2011, p. 93)

De este modo, el capitalismo logra sortear su inherente tendencia a la crisis y sus contradicciones constitutivas, siguiendo vivo gracias a el principio de ostensión de riqueza que ocasiona que la población se enfoque más en alcanzar la posición más alta en jerarquía a través de mayor acumulación exhibida. La persecución de tal fin produce que se ignore la ficción creada por el sistema capitalista, pues esta asegura que, independiente de la fase en que se esté, se mantendrá el afán de crecimiento que le permitirá al individuo conseguir la riqueza soñada. Es más, tal es el efecto de este mecanismo del capitalismo que sus propios impulsores lo desean. Podría pensarse que los principales capitalistas repudiarían la crisis al atraer inestabilidad y un posible cambio de régimen, pero, contrariamente, lo anhelan (Kempf, 2011, p. 135-136), puesto que exagera la búsqueda de fortuna por parte de los productores. Ante el escenario de un supuesto cambio de condiciones que solucionaría los problemas del sistema social, el individuo más bajo en jerarquía obtiene mayor confianza en poder subir en la escala social, por lo cual comienza a obtener más riqueza a toda costa y a mostrarla, lo que es aprovechado por los propietarios para hacerse con mayor fortuna, explotando más tanto al mismo humano como a la naturaleza, sin tener que responder en mayor medida por las consecuencias. Por medio de esta estrategia, se va construyendo una lógica donde toda la población rema al mismo ritmo y con los mismos ideales de crecimiento. Sin embargo, las oportunidades no son las mismas para todos. La distancia entre productores y propietarios se mantiene, pues la sociedad capitalista está construida para que exista una esfera que defina las condiciones del mercado de mayor riqueza y otra que pueda ser explotada para conseguir tales metas. A pesar de esa diferencia, los principales responsables de mantener este modelo procuran mantener la ilusión de que el individuo más pobre podrá tener mayor jerarquía, pero es solo una forma de hacerle creer que forma parte del mismo círculo, lo que ya prefigura una intención de compartir la responsabilidad por sus actos, aun cuando tengan distintos grados de responsabilización. Al igual que los nazis hicieron partícipes de su régimen a toda la población, ya sea con la activa colaboración, con un silencioso asentimiento o haciendo la vista gorda a los hechos, los capitalistas más ricos integran a toda la población en su modelo de sociedad, de modo que puedan acusar que todos tienen igual cantidad de responsabilidad en lo que ocasione tal sistema social, como la crisis ambiental.

De este modo, el capitalismo se construye una realidad donde es capaz de subsistir junto con sus contradicciones internas y sin que la población lo note, sino que es engañada para repartir la cantidad de responsabilidad ambiental entre todos. Precisamente, la incoherencia presente en la relación capitalista entre el ser humano y la naturaleza compone la dimensión más crítica de la crisis ecológica actual, pero que ha sido construido históricamente desde las fases más tempranas del capitalismo. Esto sucede ya que, por un lado, “el capital depende de la desposesión ‘original’ y activa” (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 41) de la naturaleza, haciéndola parte de sus bienes a libre disposición para mantener constante su flujo de acumulación de riqueza; y, por otro, porque “la capacidad de la naturaleza de mantener la vida y renovarse constituye otra condición de fondo necesaria para la producción de productos básicos y la acumulación de capital” (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 41), por lo cual se asume que la naturaleza estará siempre ahí para que el capitalismo mantenga su actuar característico. Sin embargo, la contradicción sale a flote al notar que esta asunción del capitalismo no es real, sino que justamente este supuesto derecho original de explotación excesiva de la naturaleza la está destruyendo e impidiendo la renovación necesaria para la existencia del capitalismo. No solo eso, sino que se niega esta situación y la sociedad capitalista pretende poder vivir con ella de distintas maneras desplegadas históricamente. Así, podría decirse que existe una doble valoración de la naturaleza en el capitalismo: por una parte, un valor mercantil al ser el recurso base de su existencia, y, por otra, un valor inherente nulo, ya que se rehúye de tener en mente la importancia del ecosistema para la existencia misma de la humanidad y del modelo capitalista mismo.

Ahora bien, esta relación contradictoria entre el humano capitalista y la naturaleza se ha ido formando a lo largo de la historia, teniendo sus características particulares en cada fase del capitalismo, pero que han ido construyendo la concepción actual de este vínculo y que lo ha dotado tanto de los rasgos que permiten la crisis ecológica como de elementos que aportan a la estrategia de evasión y traslación de la responsabilidad ambiental. Durante el capitalismo mercantil la tensión no era tan fuerte como sí escaló en las siguientes fases, dado que recién estaba desarrollándose la visión mecanicista de la naturaleza con figuras como Descartes o Bacon. Por este motivo, a lo largo de esta fase el nexo entre el ser humano y la

naturaleza era más bien energético, esto es, se ocupaban las fuerzas naturales del medioambiente para producir la energía requerida para llevar a cabo las labores de producción, como, por ejemplo, la capacidad de carga y arrastre de los animales no-humanos, o incluso la misma mano de obra humana. Con todo, no existía aún una dominación técnica total del humano sobre la naturaleza, por lo cual no podía hacer rendir la fuerza natural de su territorio suficientemente para generar la riqueza deseada. A causa de este factor, eran comunes las conquistas de otros territorios para anexar más fuerza humana y no-humana (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 108).

Con el mayor avance de la tecnociencia y, por consiguiente, la visión mecanicista sobre la naturaleza vino el cambio de fase hacia el capitalismo liberal, donde el mercado aumentó mucho más su capacidad de producción y la economía se impuso sobre intereses meramente políticos. Se aprovechó el aumento del poderío técnico del humano para usar a la naturaleza como fuente tanto energética como de materias primas, primando la utilización de combustibles fósiles. A través de este progreso se pudo dejar de depender de la fuerza humana y animal, pero solo de manera superficial, pues en las urbes se disfrutaba del empleo de los combustibles fósiles, pero su obtención se desplazó a zonas más periféricas del mundo, donde la exigencia de mano de obra se mantenía. Se desarrolló una lógica de expropiación del trabajo de las poblaciones más alejadas de las principales zonas capitalistas liberales, dado que se les pagaba muy poco o prácticamente nada por la extracción de combustibles como el carbón, “de modo que el aparente ahorro de mano de obra y de tierra en realidad era una forma de desplazamiento medioambiental de la carga: un cambio en la demanda de biomasa del núcleo a la periferia” (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 109). Desde este tipo de comportamiento es que se empieza a configurar una de las primeras muestras de evasión de responsabilidad en el capitalismo que sería finalmente desarrollada con la herencia del fascismo, puesto que la traslación de las labores de extracción y fuerza a las afueras de las urbes logra crear la careta en estas últimas de que se está aprovechando el avance de la tecnociencia. No obstante, en realidad lo que ocurrió fue el aprovechamiento de zonas más pobres y menos desarrolladas para desplazar hacia ellas el trabajo más duro y las

consecuencias ambientales de tales acciones. Lo que se construyó en los núcleos capitalistas fue una «capacidad de carga fantasma», cuyo significado se puede definir como

la capacidad ilusoria, o en extremo precaria, de un medio ambiente para satisfacer una forma dada de vida o un estilo de vida dado. Puede ser expresada en forma cuantitativa como aquella parte de la población que no puede ser sustentada de modo permanente si fallan recursos que estuvieron disponibles por un tiempo. (Catton, 2010, p. 78)

Es decir, con esta extensión fantasma los principales Estados capitalistas lograron suplir sus necesidades en constante crecimiento dado el influjo de acumulación de riqueza acudiendo a una extensión fantasma de su territorio, que realmente es suelo perteneciente a otro país menos desarrollado al cual es desplazada la explotación que no puede cargar el núcleo capitalista. Esto es así ya que el capitalismo liberal buscó separar el centro político de las regiones de producción económica, no mostrando en el corazón social las consecuencias del daño al medio ambiente necesario para mantener el estilo de vida capitalista, las cuales fueron desplazadas a la periferia. Con esta estrategia, en la fase actual del capitalismo, a saber, el neoliberalismo, los capitalistas de las urbes logran evadir su gran cuota de responsabilidad trasladándola a estos territorios alejados de extensión fantasma, donde se culpa más a los gobiernos locales o a la misma población que hace labores de extracción. Esa desviación no quita responsabilidad a la población periférica misma que explota la naturaleza, pero el esclarecimiento de esta estratagema si puede lograr dilucidar que estos grupos tienen mucha menor cantidad de responsabilidad que las grandes mentes detrás de las ideas sobrexplotadoras, es decir, los capitalistas del núcleo. Con esta maniobra tanto las consecuencias como la responsabilidad ambientales caen sobre un grupo de gente no ideadora de esos modos de producción, sino que más bien imbuidas en el sistema de sociedad capitalista y que caen en la ilusión de que la única posibilidad es seguir creciendo económicamente.

Esta táctica de evitación y traslación de la responsabilidad ambiental a través de las extensiones fantasmas es posible gracias a una característica fundamental del daño que se causa a la naturaleza: las consecuencias de una acción destructora del medio ambiente pueden verse en un tiempo bastante grande después de ocurrida, a la vez de que pueden presentarse a una distancia muy alejada de la acción originaria. Tal factor plantea un desafío mayúsculo

en comparación con el seguimiento de la responsabilidad en otro tipo de daños y crímenes, pues fuera de lo medioambiental la conexión entre causa y efecto es más o menos clara y rastreable. Por su parte, ante estos rasgos espaciotemporales particulares del daño al ecosistema, el seguimiento de la cadena causal en la responsabilidad ambiental es difuso, pues al causar un daño “los efectos producidos por el ilícito pueden presentarse muchos años después, como es el caso de los asbestos o los bifenilos policlorados⁸” (Vázquez García, 2004, pp. 48-49), o a distancias muy lejanas. Este último punto solo puede entenderse si se tiene consciencia de la interdependencia existente en el planeta (Catton, 2010, p. 129), pues al darse una conexión profunda entre diferentes entes de la naturaleza, sin importar cercanía o semejanza, una acción aislada puede afectar a todos los otros eslabones interdependientes y conectados, incluso si están lejos. Esta dificultad de espacio y de tiempo en los daños al ecosistema deben tenerse en cuenta si se quiere aclarar las reales responsabilidades en su cometimiento y despertar de aquella ilusión creada por el capitalismo donde reparte la responsabilidad a toda la población, sin mediar las reales cantidades y lugares de aquella.

Continuando con la evolución de la relación entre ser humano y naturaleza, llegado el capitalismo gestionado por el Estado no hubo tanto cambio sustancial en comparación al capitalismo liberal. La mayor modificación fue que la explotación y mercantilización de la naturaleza paso de ser administrada principalmente por privados a ser manejada por el Estado mismo. Si bien durante este tiempo existieron algunos esfuerzos por tener un mejor vínculo con la naturaleza con algunas políticas de cuidado del ecosistema, fueron rápidamente superados por el aún presente “desplazamiento de la carga medioambiental en la periferia”

⁸ Estas dos sustancias nombradas por Aquilino Vázquez son conocidos casos de productos comunes en la cotidianidad humana, pero que luego de un tiempo se ha descubierto que son dañinos para la salud. En el caso de los bifenilos policlorados, son un compuesto químico usado como refrigerante y lubricante de productos eléctricos (Agencia para Sustancias Tóxicas y el Registro de Enfermedades, 2000), mientras que el asbesto fue ocupado habitualmente como aislante en construcciones (Instituto Nacional del Cáncer, 20 de marzo de 2015). Se ha comprobado que ambos elementos han causado graves consecuencias en la salud de personas que han vivido alrededor de ellas y que también han sido ignoradas por las empresas productoras o los gobiernos a cargo. Un caso destacado de esto en Chile es el de Eduardo Miño, quien en el año 2001 se inmoló con fuego frente al Palacio de La Moneda como protesta ante la inoperancia del sector público y privado ante la contaminación con asbesto de la que fue víctima. La irresponsabilidad ambiental en este suceso ejemplifica cómo puede existir una estrategia transversal del sistema capitalista por evitar su responsabilidad, tal como lo expresa la frase final de la carta de Eduardo Miño: “Mi alma que desborda humanidad ya no soporta tanta injusticia” (en Cooperativa.cl, 30 de noviembre de 2001).

(Fraser y Jaeggi, 2019, p. 111), existiendo aún una consciencia de sobreexplotación de la naturaleza, pero trasladando sus consecuencias y responsabilidades a poblaciones menos desarrolladas.

El paso al capitalismo financiarizado muestra la situación actual del mundo y ya la plena herencia del fascismo en términos de evasión de la responsabilidad. Comenzando por los principales cambios ocurridos en comparación a la fase previa del capitalismo gestionado por el Estado, se han promovido negocios que no requieren aparentemente alguna materialidad, tales como servicios de información y comunicación: las redes sociales, por ejemplo. Con esto se conseguiría una “aparente liberación de la naturaleza” (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 111), pero estas nuevas formas de tecnología no dejan de requerir grandes cantidades de energía para funcionar, las cuales son conseguidas nuevamente en la zona periférica del planeta, acudiendo a extensiones fantasma. Simultáneamente, existe también una política de llevar el capitalismo a una concepción más “verde”, es decir, con más consciencia por la naturaleza, promoviendo medidas como el mayor pago de impuestos si las labores implican daño al medioambiente o compensaciones al ecosistema en caso de destrucción, por ejemplo, reforestación de árboles. Sin embargo, este tipo de propuestas solo tienden a maquillar la destrucción de la naturaleza, a través de su ontologización como ente económico (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 112), esto es, como entes medibles cuyo valor puede ser calculado. Así, en el caso de los impuestos verdes o las compensaciones al ecosistema, se calcula un valor del daño causado al medio ambiente y se pide el pago de una cantidad equivalente, ya sea en dinero o con nuevas existencias (dígase árboles, especies de animales, recuperación climática, entre otros). El capitalismo verde puede parecer una proposición interesante hacia la desaceleración de la crisis ambiental, brindando mayor lugar a la naturaleza dentro de la consideración humana, tal como Jonas también planteaba con su ética. Mas este nuevo sistema no cambia el fondo del capitalismo, a saber, que requiere de la sobreexplotación de la naturaleza para mantener su afán de acumulación de riqueza sin fin, sino que esto permanece de manera solapada. Tal escenario tampoco posiciona la responsabilidad en sus correspondientes lugares, ya que el capitalismo verde posiciona el objetivo de llevar una vida más amigable con el planeta principalmente sobre la población, siendo ejemplos las

campañas de ahorro de agua o de reciclaje. Mientras que los principales responsables – grandes empresario, multimillonarios y gobernantes– solo economizan la naturaleza y no se molestan en pagar las compensaciones por su destrucción, sin meditar que el daño ya está hecho y quizás qué consecuencias puede traer tanto en un futuro como en lugares lejanos. Los posibles efectos catastróficos de las acciones dañinas con el medio ambiente siguen siendo un misterio en su mayoría para el saber humano, por lo cual su valor es incalculable y ninguna compensación servirá de reparación.

De este modo, puede contemplarse cómo el capitalismo verde no es más que otro intento por despistar a la población sobre la verdadera cantidad de responsabilidad que debe caer sobre cada uno. Como sostenedores de este modelo de sociedad capitalista y promotores de prácticas destructivas de la naturaleza, les corresponde responsabilidad personal a los grandes empresarios y gobernantes. Incluso, les atañería una culpabilidad criminal si se desarrollan las herramientas legales para llevarlos a juicio, pues se está atentando contra la futura existencia de todos los seres de la Tierra y a su calidad de vida. Si bien no está tipificado como delito, este es un claro caso de ecocidio, entendido como “ciertos actos que pretenden perturbar o destruir el desarrollo de una especie o ecosistema completo” (Broszimmer, 2005, p. 132), con la agravante de haber mantenido una estrategia de evasión de la responsabilidad y haberla trasladado a responsables menores. Ciertamente,

la noción de ecocidio cubre un campo semántico que, aunque variado, apunta en todos los casos a daños antrópicos tan graves en el medio ambiente que ponen en peligro las bases de la supervivencia del ser humano y de muchas especies y constituye, filosóficamente, un crimen, y que jurídicamente no es fácilmente reducible a la legislación ambiental nacional o internacional que aborda estos temas ambientales de modo parcial⁹. (Neira *et al.*, 2019, p. 131)

Mientras que, por su lado, a la población común le correspondería más bien, colectivamente, una responsabilidad vicaria al haber participado del sistema social capitalista o haber elegido

⁹ El autor y las autoras nombran en este mismo lugar (Neira *et al.*, 2019, p. 131) algunos casos en el mundo donde se ha empezado a considerar el ecocidio como un delito, tales como algunas leyes de México y Colombia. De la misma forma, la rechazada propuesta de nueva Constitución política de la República de Chile 2022 dedicaba todo un capítulo a la consideración especial que debe tener la naturaleza, tanto en su cuidado como en su defensa (art. 127-150).

ciertos gobernantes, o, individualmente, una culpa moral, apelando al fuero interno de cada uno y llamando a reflexionar para llevar una existencia más armónica con la naturaleza.

No obstante, la salida de esta ficción creada por el capitalismo con la que preserva su hábito de acumulación de riqueza a través de la sobreexplotación de la naturaleza no es fácil. El modelo capitalista ha sabido como esconder sus contradicciones internas y superar los momentos donde su crisis inherente explota. El capitalismo verde es la forma actual con la cual se trata de sobreponer a la cada vez más grande consciencia ambiental que existe en la población, pero no siendo más que otro intento por despistar a las personas y no dirigir la responsabilidad a aquellos individuos que realmente les corresponde. Podría decirse incluso que este tipo de medidas son intentos del capitalismo de usar el argumento del mal menor, tal como lo explicaba Arendt en el contexto de los juicios a los nazis (2019, p. 64). Lo que ocurriría es que, ante la evidente crisis ambiental presente, el capitalismo trata de dar dos opciones: seguir con la lógica extractivista y acumuladora que ha mantenido hasta ahora, o bien comenzar a aplicar algunas medidas verdes que compensen en alguna medida el daño a la naturaleza, aunque no cambien el núcleo del sistema mismo. Un capitalista podría tratar de convencer a la población que sería irresponsable no elegir ninguna opción y buscar otra vía, presionándola a elegir la menos mala, es decir, la segunda. Sin embargo, tal como ya advertía Arendt, esta no es más que una maniobra para aceptar de igual forma el mal y hacerlo cotidiano, de manera que la gente se acostumbre a que se destruya el ecosistema, tranquilizándose con que quizás con políticas verdes se dañe menos, aun cuando es el mismo modelo capitalista el que sigue presente. De este modo, ocurre una relativización de la crisis ambiental (Kempf, 2011, p. 42), pues el capitalismo apela a que se están llevando a cabo medidas que disminuyen la destrucción de la Tierra y que quienes digan que no es suficiente están exagerando, con lo cual ocultan que realmente están evadiendo su propia responsabilidad y manteniendo el modelo que ha causado precisamente la crisis misma.

Con tal de mantener a la población a raya y evitar cuestionamientos de más a su sistema de sociedad, el capitalismo también procura acotar los espacios de reflexión y participación de la población por medio del debilitamiento de la democracia. En efecto, capitalismo y democracia están constantemente “en una relación inherente de tensión mutua”

(Fraser y Jaeggi, 2019, p. 89), dado que el involucramiento de las personas en las decisiones políticas de su territorio afecta negativamente al sistema capitalista, abriendo espacios de discusión donde se pueden poner en entredicho los rasgos de fondo del capitalismo. Por cierto, algo que Jonas (1995, p. 51) y Arendt (Cantero, 2015, p. 16) remarcaban es que se debe mantener la espontaneidad y la impredecibilidad tanto del pensamiento como de la acción humana, porque el humano a través de esas cualidades podía objetar sus condiciones de vida y hacerse responsable de sus decisiones al respecto. A causa de este razonamiento, es de primera importancia para el capitalismo mantener una lucha con la democracia que precisamente abre esos espacios, ocurriendo que

frente a las turbulencias que nacen de la crisis ecológica y la crisis social mundiales, y a fin de preservar sus privilegios, la oligarquía elige debilitar el espíritu y las formas de la democracia, es decir, la libre discusión de las decisiones colectivas, el respeto de la ley y sus representantes, la protección de las libertades individuales frente a la usurpación del Estado o de otros grupos constituidos. (Kempf, 2011, p. 112)

Al cerrar las posibilidades de participación más directa, el capitalismo encasilla más y más a la población a aceptar las opciones que él ofrece ante la crisis, las cuales solo cambian la superficie del sistema, mas no el fondo. Simultáneamente, con esa aceptación, consiguen que la gente se involucre más en el modelo socioeconómico, de manera de que al momento de señalar responsabilidades por la destrucción del planeta puedan indicar a todos y camuflar su mayor cuota de responsabilidad. Podría verse nuevamente el uso de la teoría del engranaje en este contexto, pues la estrategia del capitalismo será que, si sus grandes sostenedores son acusados de llevar a la Tierra a sus condiciones actuales, podrán replicar que toda la población está inmersa en el mismo sistema social capitalista, al igual que ellos, con lo cual podrían sacarlos a ellos de la ecuación, pero las prácticas de sobreexplotación de la naturaleza se mantendrían. La herencia del nacionalsocialismo se va haciendo cada vez más patente al hacer notar estas coincidencias en el modo de evadir y trasladar la responsabilidad.

Este debilitamiento a la democracia es un esfuerzo continuo en el capitalismo y no queda solo en la disminución de espacios para participar políticamente, sino que también se persigue a cualquiera que se atreva, a pesar de todo, a cuestionar el modelo reinante. El capitalismo se asegura de que aquellos opositores no sean un germen de proliferación de

ideas más colectivas que puedan llevarlos a una crisis, pero no de las que está acostumbrado y le son inherentes, sino que a una que pueda acabar con su sistema de sociedad. Por este motivo, los capitalistas aprovechan el a veces superado saber humano ante el avance de la tecnociencia, desde lo cual puede surgir miedo a lo desconocido y los individuos no saben cómo reaccionar a algunos estímulos de la cotidianeidad. De este factor se vale el capitalismo para colar medidas que restrinjan aún más la libertad humana y, con ello, la consciencia de responsabilidad de las acciones propias: “Las clases medias y populares, para contener los efectos de causas que no logran distinguir con claridad, piden mayor «seguridad» y aceptan la reducción –al comienzo imperceptible– de las libertades públicas” (Kempf, 2011, p. 120-121). De este modo, leyes que originariamente eran dirigidas a enfrentar el terrorismo, por ejemplo, supuestamente acogiendo los miedos de la población, luego son utilizadas para perseguir a opositores al capitalismo mismo (Kempf, 2011, p. 124), con la justificación de que también traen una inestabilidad que afectará a cada individuo de la sociedad. Esta clase de comportamiento también encuentra su similitud con el argumento de razones de Estado ocupado por los nazis en sus juicios, pues, tal como en ese tiempo, se intenta disfrazar medidas de censura y casi criminales como iniciativas que protegen al país mismo y su población. A partir de este mismo punto puede apreciarse cómo existe una colaboración misma de los órganos políticos a cargo para promover esta clase de leyes que ayudan a que los capitalistas evadan su responsabilidad y la trasladen hacia la población, pues, efectivamente,

los productores de los daños ambientales y por lo tanto, sujetos de responsabilidad jurídica, no solamente son los particulares, sino que la propia Administración Pública puede ser tan responsable como cualquier ciudadano, tanto desde su papel de control y vigilancia ya sea por una omisión durante un acto de inspección que dé lugar a una situación de riesgo o a una franca contingencia, como desde la perspectiva de las empresas paraestatales, cuya operación no se encuentra libre de siniestros. (Vázquez García, 2004, p. 47)

De este modo, puede apreciarse cómo está constituido todo un aparato público y privado que sustenta al capitalismo en su estrategia de evadir la responsabilidad y trasladarla a la población cuando le conviene, con tal de mantener a flote su sistema de sociedad. No obstante, este análisis puede ser de mucha utilidad para escalear las tácticas que ocupan los

capitalistas para desviar la atención de los reales niveles que ha alcanzado la crisis ambiental y de la cual son responsables, no a la par del resto de la población. Ciertamente, al igual que con los líderes nazis y el resto de la población alemana, es necesario hacer una diferenciación en los niveles de responsabilidad ambiental entre los principales defensores del modelo capitalista y la población común. A los sostenedores del capitalismo, en cuanto promotores de la destrucción del planeta como medio para la obtención y acumulación de riqueza, les corresponde una responsabilidad personal dado que sus intenciones son claras al dañar al medioambiente y no pueden acusar ignorancia de ello, sino que con las fructíferas investigaciones que existen hoy en día queda claro que comportamientos sobreexplotadores de la naturaleza siguen acelerando la crisis. A causa de esta misma razón, si se llegan a desarrollar leyes más estrictas sobre daño ambiental, estos mismos grupos será criminalmente culpables de ello, pues es evidentemente fácil de seguir la línea entre sus acciones y las consecuencias sobre el ecosistema. Por otro lado, si bien le corresponde una cuota de responsabilidad a la población común, es mínima en comparación a la de los anteriores sujetos y también es más cercana a la responsabilidad de tipo vicaria, ya que han sido participantes del sistema social capitalista y de países con gobernantes que lo amparan, mas no directos ejecutores de un gran daño. Así también, eventualmente no serían objeto de una culpa criminal en gran medida, sino que más bien de una culpa moral, que llama a meditar sobre el rol propio en la sociedad y a tomar mayor participación en ella, de manera de no caer en ficciones donde se quita el sentido propio de responsabilidad.

CAPÍTULO 3

UN NUEVO PARADIGMA ECOLÓGICO: EL ESTABLECIMIENTO DE RELACIONES COOPERATIVAS RESPONSABLES CON LA TIERRA

El develamiento de la estrategia capitalista de evasión y traslación de la responsabilidad, heredada del fascismo de la primera mitad del siglo XX, es un gran avance a la hora de romper con las ficciones creadas por el capitalismo de reducir su gran parte en la crisis ambiental vigente. Sin duda, con esta aclaración la población puede reflexionar de mejor manera qué roles ha cumplido en los daños al medioambiente y dar cuenta de que es mucho menor a la de los grandes empresarios y gobiernos, en los cuales existe casi nulo sentido de responsabilidad y, más bien, se tiende a un encubrimiento de ella. Por este motivo, las personas comunes podrían tender a desarrollar una sociedad en la cual las responsabilidades se encuentren en su debido sitio, cobrando cuentas a aquellos defensores del modelo capitalista que son los principales causantes de la destrucción de la naturaleza.

Ahora bien, aunque con este análisis se favorece el despertar de la población de su ilusión de falsas responsabilidades, la tarea de enfrentarse a las lógicas capitalistas regentes no es fácil. Dado el alcance de este sistema, abarcando a toda la sociedad en sus diferentes ámbitos, dígase economía, política, cultura, familia, entre otros, el alejarse de sus formas de organización, estratagemas y valores, resulta una labor que requiere del esfuerzo de gran parte de la población mundial de manera conjunta y transversal. Sin embargo, la propia estructura social que ha asentado el capitalismo hace difícil que pueda llevarse a cabo un movimiento de esas características, pues promueve la separación de los individuos y un clima de tensión entre ellos, evitando que se den espacios de diálogos democráticos que lleguen a cuestionar el propio modelo. De este modo, las relaciones cooperativas entre la gente se limitan a tareas más bien funcionales para sobrellevar el día a día y no de tipo crítico hacia la sociedad, comprendiendo la cooperación una manera de obrar automática con el fin de que

se mantengan las prácticas productivas por parte de sujetos inconexos que llevan a la acumulación de riqueza.

Por este motivo, se hace necesario superar este modo de relacionarse del capitalismo, ya que, así, las estrategias de fragmentación de organizaciones con ideas contrarias al modelo quedarán atrás y se avanzará hacia vínculos de colaboración que faciliten la marcha hacia una sociedad ambientalmente responsable. Además, si se logra superar tal barrera, se será capaz de figurar una comunidad planetaria mucho más unida con lazos de confianza y que procure una armonía con la naturaleza, haciéndola parte de sus nexos cooperativos, porque varios conceptos podrán ser ampliados con una conciencia ecológica. Con razón de esta finalidad, este capítulo se dedicará a exponer los obstáculos que dibuja el capitalismo para evitar relaciones colaborativas que se opongan a la estrategia de evasión y traslación de la responsabilidad. También se observará que para cumplir tal objetivo es necesario dejar atrás el actual paradigma y progresar a uno nuevo que deje atrás rasgos capitalistas. A su vez, este nuevo paradigma podrá abarcar innovadoras formas de cooperación basadas en la confianza obtenida colectivamente con el fin de tener un vínculo más amigable con la naturaleza, con lo cual se podrá construir una sociedad más responsable ambientalmente y posicionando las culpas en sus lugares realmente correspondientes.

3.1. Separados estando juntos: el vínculo exclusivamente funcional en la sociedad capitalista

La sociedad actual mantiene cierto orden que ayuda a que el mundo no se suma en un caos, manteniendo arquetipos de vidas para que los individuos los sigan e instituciones que mantengan el control de los más diversos factores cotidianos. Con base en esto, existen desde grandes unidades como los Estados hasta más pequeñas como organizaciones sociales. Es más, gracias a este orden tácito es que pueden existir prácticas aceptadas por todos como el uso de dinero o el seguimiento de las leyes. Con todo, este tipo de estructuras en la actualidad no son respetadas en base a que las personas las aceptan con gran gusto, sino que más bien es lo que la sociedad capitalista les ha ofrecido en aras de subsistir lo suficiente para mantener las prácticas acumulativas y explotadoras. De esta manera, los diferentes individuos de una comunidad cooperan diariamente en diferentes labores, tanto entre ellos como con entidades institucionales. Sin embargo, esta cooperación no implica necesariamente una relación

estrecha entre los diferentes individuos, sino que son vínculos funcionales que se soportan para poder sobrevivir en el modelo capitalista, pues sus opciones son o bien aceptar eso, o bien renunciar a todos los medios y productos para subsistir (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 19). Aún más, el capitalismo se asegura de que los nexos entre individuos sean estrictamente productivos o con enfoque en el avance económico, como sucede en el actual neoliberalismo con la reducción de la esfera de reproducción social al forzar que existan familias de dos sueldos (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 96), es decir, cuya relación sea más grande con el trabajo productor de riqueza que entre los individuos del círculo familiar. Con medidas como esta, se van reduciendo los espacios democráticos dentro de la sociedad que permitirían que los individuos dialogaran más y donde pudieran surgir críticas a las diferentes estructuras capitalistas, como se explicó más ampliamente en el capítulo precedente.

Así, se conforma entonces una sociedad donde existe cooperación y, por ende, vínculos entre personas, pero estos no son estrechos ni íntimos, esto es, no se abre una dimensión de conocimiento mutuo más allá de las labores conjuntas que se deben realizar para la producción económica. Se establece una comunidad donde sus participantes interactúan y se relacionan, pero no tratan en un nivel más profundo, pudiendo decir que realmente se construye un grupo de personas que «están separadas estando juntas». Ciertamente, esto es lo que busca el capitalismo, incrementando el individualismo, el egoísmo y la competencia entre los sujetos, de manera que no surjan colectivos que den cuenta de la verdadera cuota de responsabilidad que le toca a esta ideología por el estado del planeta. Se fomenta el viejo precepto usado por Schopenhauer, pero tomado de Hobbes, *homo homini lupus* (Schopenhauer, 2009, p. 201), ocasionando que las personas, en vez de formar lazos más estrechos, luchen entre sí por la obtención de más riqueza y la acumulación de recursos. Esta dinámica provoca una desconfianza base en la sociedad actual, la cual se muestra de dos formas: 1) la población misma desconfía de sus pares, dado el ambiente de competencia que rige, donde cada otro se convierte en un potencial adversario en la tarea de producir y acumular fortuna, lo cual es impulsado por el sector privado y público, pues es el enfoque del capitalismo (Friedman, 2002, p. 2); 2) una desconfianza con las instituciones en general, ya que el individuo hace uso de ellas por meros fines prácticos y dado que mantienen

cierta estabilidad social, mas no existe una real confianza en que estas actúen en favor del bienestar de la población, sino que más bien priorizan criterios económicos, siendo una conducta que ha ido en ascenso:

Nos inclinamos a pensar que nuestro sistema político, de hecho, no está funcionando bien, aunque quizás por razones más allá de su control inmediato. Este criticismo de los gobiernos y líderes no se traducen necesariamente en una “crisis de la democracia” que amenaza el gobierno constitucional y representativo. Sin embargo, el hecho de que la democracia en sí no esté en riesgo no implica que todo esté bien en nuestro sistema político. En efecto, la mayoría de nuestros compañeros ciudadanos creen que todo *no* está bien. (mi trad.; Pharr *et al.*, 2000, pp. 22-23)

Efectivamente, si bien existe una división entre la esfera pública y la privada, hoy en día se puede apreciar que existe una fuerte interconexión entre ellas, por más que el capitalismo lo niegue, ya que ambos sectores marchan al son del interés acumulativo de riquezas. Este factor fue justamente el que provocó que se cambiara de fase desde un capitalismo gestionado por el Estado a uno neoliberal, pues los propietarios se cansaron de estar regidos por políticas sociales que los limitaban a comerciar como preferían (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 95). Precisamente, eso es lo que buscan los capitalistas, pues la separación de la política les permite seguir sus propias condiciones para la acumulación económica, a la vez que pretende demostrar su alejamiento de las políticas gubernamentales para evitar una vinculación y, por ende, una atribución de responsabilidad sobre las acciones políticas que también los favorecen. Así también lo afirma Milton Friedman, uno de los principales referentes del neoliberalismo: “El tipo de organización económica que provee directamente libertad económica, es decir, el capitalismo competitivo, también promueve la libertad política porque esto separa el poder económico del poder político y de esta forma permita que uno compense al otro” (mi trad.; 2002, p. 9).

Toda esta desconfianza provoca que finalmente el individuo opte por atenerse a relacionarse con otros de una manera meramente funcional, cumpliendo todas las funciones productivas que le aseguren la opción de subsistir en la sociedad capitalista. Esta mentalidad que establece y refuerza el capitalismo causa justamente que le sea más difícil a toda la población dar cuenta de los lugares donde realmente debería recaer la responsabilidad por la crisis ambiental, pues cada sujeto se enfocará más en competir con sus pares que enfrentarse

al sistema y sus principales defensores. Incluso si comprendiera el análisis que demuestra una estrategia de evasión y traslación de la responsabilidad en el capitalismo heredada del fascismo, no le sería natural cooperar estrechamente con otros en favor de detener esa lógica y reemplazarla por mayor justicia ambiental, pues reina como base social la desconfianza.

Dado este escenario que dificulta poner en práctica acciones colectivas para enfrentarse al capitalismo y su evitación de responsabilidad, la propuesta de esta investigación es considerar de qué manera pueden superarse estos impedimentos para que los individuos efectivamente formen relaciones cooperativas con base en la confianza, de modo que sean lo suficientemente fuertes para que haya una cohesión que ayude a enfrentar un sistema tan abarcador y lograr, finalmente, una sociedad ambientalmente responsable.

3.2. ¿Cómo lograr responsabilidad y cooperación ecológicas? La necesidad de un nuevo paradigma

A lo largo de las últimas décadas, con el incremento de la consciencia ambiental y del deber del ser humano por ser responsable de su cuidado, han ido surgiendo diferentes propuestas y movimientos que abogan por expandir estas ideas, con tal de lograr una comunidad planetaria preocupada por la naturaleza. Ejemplos son la democracia ecológica de Franz Broswimmer (2005, pp. 164-170), el ecofeminismo –siendo una gran representante Vandana Shiva (2004)– o el movimiento *Fridays for Future* popularizado por Greta Thunberg (*Fridays for Future*, 2022). No obstante, a pesar de ser muestras de grupos o filosofías que han logrado cierta resonancia, no han alcanzado aún la masividad y transversalidad de apoyo en la población para enfrentarse suficientemente al capitalismo e imponer valores más ecológicos.

La razón de esta falta de éxito es que el capitalismo mismo pretende enfrentarse a las demandas de estos colectivos y del resto de la población, supuestamente tomando medidas para enfrentar la crisis ambiental y llevar un modo de vida más amigable con el planeta. Empero, lo que se oculta aquí es que este no es más que otro mecanismo del capitalismo para enfrentar las crisis inherentes a él sin tener que desaparecer, sino que cambiando aspectos superficiales y manteniendo las condiciones de fondo que aseguran la acumulación de la riqueza por medio de la explotación del planeta. Este sistema tiene experiencia a la hora de

enfrentar crisis, pues, al tender desde su esencia hacia la crisis (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 10), ha sabido cómo transformarse lo suficiente a lo largo de los siglos para suprimir las molestias de la población que ocasionaron los momentos más álgidos de la crisis, empero sin cambiar sus rasgos definitorios. De este modo, ha logrado solo cambiar de fases, mientras que se mantiene como un único modelo económico que rige la sociedad. Lo sigue realizando en el presente, proponiendo una transición hacia un capitalismo verde que considere más a la naturaleza, pero no es más que otro modo de tratar de aplacar las protestas y continuar existiendo como un régimen de acumulación de fortunas (Fraser y Jaeggi, 2019, pp. 112-113). En verdad, estas opciones de capitalismo más considerado con la naturaleza aún contienen la contradicción interna característica del capitalismo: necesita sobreexplotar el ecosistema para seguir con la lógica productivista y acumulativa, a la vez que destruye ese mismo medio del que recoge los recursos:

¿Se puede aplicar la «sustentabilidad» al tipo de desarrollo/crecimiento moderno cuya lógica se apoya en el saqueo de la Tierra y en la explotación de la fuerza de trabajo? Aquí se configura una contradicción *in adiecto*, en los mismos términos de su formulación. Y eso es válido especialmente respecto del capitalismo, que se basa en la apropiación privada de la naturaleza y de sus «recursos»; él es particularmente antinatural.

Por eso, la expresión «desarrollo sostenible» enmascara el paradigma moderno que se realiza tanto en el capitalismo como en el socialismo, aun en su versión verde, pero que conserva siempre su lógica voraz. (Boff, 2011, p. 89)

Por esta razón, los esfuerzos por lograr una sociedad más responsable ambientalmente no deben desaparecer por este tipo de propuestas. Los individuos no deben volver a dejarse engañar con estas estrategias de evasión de responsabilidad, sino que seguir firmes en dar cuenta de que estas no son más que tácticas que despliega el capitalismo para no desaparecer y mantener a la población adormilada. Se debe tener muy en claro que mientras el capitalismo siga existiendo, por sus características de fondo, no permitirá una noción de responsabilidad ambiental que promueva una cooperación de las personas y que dirija las acusaciones hacia sus máximos defensores, sino que, paradójicamente, hará todos los intentos por sobrevivir, aunque sean contradictorios. Esta situación va dilucidando que, si se quiere lograr realmente relaciones cooperativas que se dirijan a formar un mundo ambientalmente responsable, es

necesario superar el capitalismo de raíz, progresando hacia «un nuevo paradigma» que esté despojado de todos los elementos obstaculizadores del capitalismo. Pues,

cabe hacerse la pregunta: ¿se llevan a efecto [diligencias ecológicas] dentro del modelo vigente de relación social, de organización económica, de producción de significaciones, sin cuestionarlo de raíz? ¿O inauguran algo nuevo, apuntando hacia un modelo alternativo al actual? ¿Se echan remedios para mejorar o se crea una visión nueva que abra esperanzas más prometedoras, nuevo estilo de subjetividad colectiva y de experimentación de nuestras relaciones entre los seres humanos y de todos para con el universo? (Boff, 2011, p. 19)

La respuesta se ubicaría más cerca de las segundas partes de estas disyunciones, pues las pretensiones aquí buscadas serían imposibles en su completitud si siguieran vigentes características de fondo del capitalismo, aunque fuera solo una. De este modo, para poder lograr que los individuos superen los impulsos de competencia y de desconfianza, con tal de reunirse y dirigirse a formar un mundo más responsable con la naturaleza, se necesita hacer el paso hacia un nuevo paradigma que considere los elementos necesarios para esta noble tarea.

¿Qué significa hacer el cambio desde un paradigma hacia otro? Para poder comprenderlo de mejor manera, es menester definir este concepto y, para ello, un muy buen referente es Thomas Kuhn, quien trabajó una filosofía muy completa alrededor de este término. En su libro *La estructura de las revoluciones científicas* reflexiona acerca de los paradigmas que han dominado el mundo y sus características, analizando cómo se producen, qué los hace cambiar y qué implican. Si bien su indagación se enfoca más al ámbito científico, su explicación supera esos límites y puede ser usada en más contextos, como el aquí abordado. De esta forma, él arguye que

paradigma se usa con dos sentidos diferentes. Por un lado, hace alusión a toda la constelación de creencias, valores, técnicas y demás, compartidos por los miembros de una comunidad dada. Por otro, denota un tipo de elemento de dicha constelación, las soluciones concretas a rompecabezas que, usadas como modelos o ejemplos, pueden sustituir a las reglas explícitas como base para la solución de los restantes rompecabezas de la ciencia normal. (Kuhn, 2004, pp. 291-292)

Es decir, el concepto hace referencia a la concepción de mundo dominante que brinda las guías básicas para desenvolverse en él, ya sea en la cotidianidad o en el trabajo investigativo.

En este caso, el paradigma que ha regido hasta el momento es el capitalismo, en cuanto ideología que nació con la Modernidad y su explosivo avance tecnocientífico, lo que expandió rápidamente el poder del ser humano y su propia percepción frente a los demás seres de la Tierra. Toda acción que se realice día a día está guiada casi inconscientemente por los rasgos y objetivos del capitalismo, desde la habitual jornada de trabajo para conseguir dinero y subsistir, hasta la selección de qué investigaciones sí son aceptadas para obtener fondos o no en base a un criterio de mayor beneficio económico. La razón es el paradigma capitalista subyacente que, por ejemplo, transforma la fuerza de trabajo en un bien (Fraser y Jaeggi, 2019, pp. 18-19) o que pone la acumulación de fortuna sobre la satisfacción de necesidades básicas (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 20).

Ahora bien, es natural en la sociedad que los paradigmas tambaleen de vez en cuando si se presentan situaciones ante las cuales no tiene un *modus operandi* ya fijado, sino que se encuentra sin respuestas dado que es un escenario para el cual sus guías primordiales no estaban preparadas, sino que sale de sus fronteras comunes. La manifestación de «anomalías» es la exhibición de novedades, ya sea en el diario vivir o en la búsqueda del saber, que el paradigma no tenía pronosticadas (Kuhn, 2004, p. 111). Ante tal situación, lo que se produce es un llamado «descubrimiento», el cual es recibido por la comunidad, la cual lo maneja de una de dos formas: o bien se le asimila dentro del paradigma regente, de manera que pueda ser comprendido bajo las máximas ya existentes (Kuhn, 2004, p. 103); o bien abren la puerta a un nuevo paradigma, dado que supera todo concepto presente en el anterior y no puede ser comprendido bajo sus lógicas. Si ocurre la segunda alternativa, el mundo o, en un nivel más pequeño, la disciplina, entra en una crisis, pues son puestos en cuestión los pilares del paradigma regente, no poseyendo más las estructuras suficientes para explicar los diferentes hechos que se presentan. Se hace imperante, entonces, la búsqueda de nuevas opciones que sí ayuden a explicar las reiterativas anomalías, las cuales, poco a poco, irán construyendo una nueva manera de comprender el mundo y que sí incluyan las novedades no esperadas antes. De este modo, se produce una «revolución» que desembocará en el establecimiento de un nuevo paradigma:

La ciencia normal se extravía una y otra vez, y cuando ello ocurre, esto es, cuando la profesión ya no puede hurtarse durante más tiempo a las anomalías que subvierten la tradición corriente de la práctica científica, entonces comienzan las investigaciones extraordinarias, que finalmente llevan a la profesión a un nuevo conjunto de compromisos, a una nueva base sobre la cual practicar la ciencia. Los episodios extraordinarios en los que se produce un cambio en los compromisos profesionales se conocen (...) como revoluciones científicas. Se trata de los episodios destructores-de-la-tradición que complementan la actividad ligada-a-la-tradición de la ciencia normal. (Kuhn, 2004, pp. 30-31)

Este proceso es algo común en el desarrollo de diferentes disciplinas y en el progreso del mismo mundo. No obstante, respecto al capitalismo, este curso no ha podido continuarse, sino que se ha plantado obstinadamente como el paradigma regente de la sociedad, negándose a una transformación mayor. Ciertamente, el capitalismo desde su seno tiende a la crisis, puesto que sus contradicciones inherentes llevan constantemente a un desequilibrio en su modo de configurar el mundo, factor que, por lo demás, comparte con el fascismo y que le hizo recibir de manera muy natural la estrategia tanto de evasión como de traslación de la responsabilidad. El problema se halla en que el paradigma capitalista intenta aplacar cualquier explosión mayor de crisis, no permitiendo el avance natural de un paradigma a otro al encontrarse con anomalías que el primero no puede enfrentar. Por el contrario, el modelo capitalista simula incorporar los descubrimientos, enfrentar las críticas y solucionar los problemas de cada época cambiando de una fase a otra, esto es, pasando de un régimen de acumulación a otro (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 73), evitando cualquier tipo de revolución mayor. De esta manera, se evita que las contradicciones sean solucionadas en favor de un progreso de la sociedad y del beneficio de toda la población, denegando la función común de la crisis de ser “un mecanismo de autocorrección que asegure que la rigidez de la ciencia normal no prosiga eternamente sin que se ponga en tela de juicio” (Kuhn, 2004, p. 301). La estrategia del capitalismo heredada del totalitarismo justamente va en esta dirección, ya que, ante protestas por un mejor juicio contra los mayores responsables de la crisis ambiental, se ciñe solo a tomar medidas que hagan “más verde” al sistema, sin influir en sus condiciones de fondo, tales como su necesidad intrínseca de sobreexplotar a la naturaleza para conseguir la acumulación de riqueza deseada o su pretensión de que lo económico rijan sobre lo político. Finalmente, lo que ocurre es que se privilegia el interés de unos pocos por continuar

acumulando un capital bastante superior a lo que necesitan, en vez de velar por la superación de una crisis que aseguraría una mejor calidad de vida a la mayoría de la población, pues lo que está en juego es la sobrevivencia misma de todo el planeta. Y en el proceso, permiten y promueven que se responsabilice a toda la población en igual escala por los daños ambientales que ellos mismos han causado en favor de sus pretensiones egoístas.

Todo esto demuestra que, por más que se intente, no se podrá lograr la cooperación colectiva suficiente para enfrentarse a las estrategias del capitalismo que llevarán a su (y nuestra) propia autodestrucción mientras se permanezca en el paradigma que este mismo modelo ha creado, porque no solo sucede que ha construido una concepción de mundo que favorezca sus ambiciones, sino que la ha protegido con tácticas que eviten su pérdida de vigencia. Las condiciones sociales de relaciones competitivas y basadas en la desconfianza persistirán, haciendo difícil el concebir otro tipo de vínculo. Se hace necesario, entonces, que se abogue por un nuevo paradigma, con el cual los individuos sí podrán reunirse de manera más amena y colaborar con tal de conformar una comunidad cuya dirección será la formación de un mundo ambientalmente responsable. Para lograr este fin y que cada persona despierte es menester que reflexionen y se pregunten:

¿Es posible mantener la lógica de la acumulación, del crecimiento ilimitado y lineal y al mismo tiempo evitar la quiebra de los sistemas ecológicos, la frustración de su futuro por la desaparición de las especies, la depredación de los recursos naturales, sobre los que también tienen derecho las futuras generaciones? ¿No se da un antagonismo entre nuestro paradigma hegemónico de existencia y la conservación de la integridad de la comunidad terrestre y cósmica? ¿Podemos responsablemente llevar adelante esta aventura tal como fue conducida hasta hoy? Con la conciencia que hoy tenemos acerca de estas cuestiones, ¿no sería sumamente irresponsable y por ello antiético continuar en la misma dirección? ¿O es urgente que cambiemos el rumbo? (Boff, 2011, p. 22)

Con este cuestionamiento la población de a poco se podrá dar cuenta que cada uno no es un caso aislado de desconfianza en sus pares y en las instituciones, sino que es un sentimiento general provocado por el sistema capitalista (González, 2018, p. 77) y, por tanto, es necesaria la superación de su paradigma para que los esfuerzos aislados se unan y puedan responsabilizar a quienes realmente corresponda. De hecho, al ya existir estos ánimos solitarios o algunos movimientos ecológicos, podría decirse que ya se han ido formando las bases para un nuevo paradigma, pues se objetan las condiciones del actual y se aboga por

derribar las condiciones que evitan una relación más armoniosa con la naturaleza. Por cierto, no se necesita una formulación sólida y maciza para que un nuevo paradigma comience a hacerle frente al capitalismo, sino solamente que sus frescas ideas hagan replantearse a cada persona las condiciones en las que ha estado viviendo hasta el momento y que se figure que existen otras posibilidades que representen un vivir más justo y feliz. En efecto, el mismo Kuhn aclara que “para ser aceptada como paradigma, una teoría debe parecer mejor que sus competidoras, pero no tiene por qué explicar todos los hechos a los que se enfrenta y de hecho nunca lo hace¹⁰” (2004, p. 49), dado que, por un lado, al ya ser considerada como una mejor opción que un paradigma anterior, podrá brindar mejores soluciones para los problemas cotidianos, y, por otro, brinda una nueva perspectiva que se puede ir construyendo comunitariamente de mejor manera. Por lo demás, la elaboración del nuevo paradigma no tiene razón para comenzar desde una *tabula rasa*, sino que se debe llevar a cabo un proceso de integración de elementos del paradigma anterior que puedan ayudar al nuevo. Se debe admitir que algunas cosas pueden haberse hecho bien durante el sistema anterior, como la ampliación de la esperanza de vida, el desarrollo de distintas disciplinas, la mayor interconexión entre distintos puntos del planeta, entre otros. Por este motivo, esta transformación debe verse como

un proceso de mutación del paradigma. Esa mutación ha de ser dialéctica, o lo que es lo mismo, ha de asumir todo cuanto hay de asimilable y benéfico en el paradigma de la modernidad e insertarlo dentro de otro diferente más globalizante y benefactor.

¿Será nuevo? En términos absolutos, no. Siempre ha existido en las culturas humanas, aun dentro del paradigma hegemónico de la modernidad, otro tipo de relación con la naturaleza más benevolente e integrador, aun cuando no fuese el dominante. En términos relativos, sí. En relación con el paradigma vigente y hegemónico, el paradigma emergente es de naturaleza diversa. Por eso se presenta como relativamente nuevo y tiene la vocación de ser universalmente dominante. (Boff, 2011, pp. 22-23)

¹⁰ Ciertamente, puede que un nuevo paradigma nunca llegue a ser una guía completa del mundo que dé todas las respuestas buscadas, pero precisamente esa es la idea de las crisis y las revoluciones: ser una instancia de corrección del rumbo que se ha tomado y una oportunidad para mejorar la manera en que cada sujeto sobrelleva la existencia. La resistencia al cambio es una de las grandes debilidades del mundo actual, en especial de Occidente, pues en casos como estos es donde pensamientos como el budismo pueden ofrecer perspectivas innovadoras que aligeren los problemas del día a día. Efectivamente, una de las grandes guías del camino budista es no resistirse a las transformaciones de la existencia y aceptar su impermanencia inherente (Saddhatissa, 1974, pp. 36-38; Trungpa, 2010, p. 62).

No hay por qué desechar ideas de paradigmas anteriores por mero capricho o por una clausura de mente similar a la del capitalismo. Es necesario confesar que antepasados, ya sea dentro de la sociedad capitalista o fuera de ella, desarrollaron aportes variados que definitivamente pueden ser una ayuda para el objetivo de un mundo ambientalmente responsable. Ejemplos son las culturas que aún se mantiene de algunos pueblos originarios (Boff, 2011, pp. 158-164) o la sociedad japonesa cuyos inicios se ven estrechamente ligados a una relación armoniosa con la naturaleza, que incluso hoy trata de ser recuperado por pensadores como Hayao Miyazaki (Mayumi *et al.*, 2005). No hay duda de que una mirada a estos y otros casos fortalecerán la lucha contra el capitalismo, ofreciendo perspectivas más esperanzadoras para lograr una mayor cooperación y conciencia ecológicas.

Ahora bien, ¿cómo puede lograrse que los esfuerzos aislados de individuos o movimientos medioambientales superen la desconfianza imperante en la sociedad capitalista con el fin de unirse y llevar a cabo el objetivo conjunto de superar el paradigma ya en crisis? La respuesta no es fácil, ya que el capitalismo aprovecha la tendencia a la crisis que posee y que provoca una situación de desesperación en la población, presentándose como la guía que puede tranquilizar a las personas, brindándoles respuestas y la liberación de la responsabilidad de tomar decisiones por sí mismos, al igual que las promesas que hacía el nacionalsocialismo en su ascenso. No obstante, al igual que en esa época, esto no es más que una ficción, siendo en realidad un mecanismo de defensa del modelo capitalista con el cual mantiene las características óptimas para el desarrollo de la sociedad según sus pretensiones. Aquí se incluye un ambiente de crisis que lo posiciona constantemente como la mejor guía para supuestamente evitarla y que, a su vez, provoca una sensación de incertidumbre que fomenta la desconfianza (Baier, 1986, p. 235; Hardin, 1991, p. 199; Yamagishi, 1998, p. 18), evitando la unión de los diferentes individuos en un proyecto común.

La develación de la estrategia capitalista de evasión y traslación de la responsabilidad ambiental debería ya marcar el camino a la población para buscar el correcto posicionamiento de la responsabilidad en quienes realmente corresponda. Además, si se junta este esclarecimiento con la táctica de la heurística del temor de Jonas se puede conseguir apelar emocionalmente a la gente, haciéndole ver que, si no se hace un cambio de rumbo, el

escenario catastrófico de la destrucción del planeta es bastante factible. Aclarando también los rasgos que tiene este sistema y su paradigma regente de mantener a la población en un estado tanto de obnubilación en general como de desconfianza con los demás, el individuo podría llegar a reflexionar sobre que su deber sería superar estas barreras para lograr el objetivo propuesto, colaborando con los demás para lograr un movimiento suficientemente fuerte para enfrentarse al capitalismo. Así, de a poco se observará que es necesaria la construcción de una intencionalidad colectiva que permita que los esfuerzos personales se coordinen como uno y que esté dirigida a cambiar el paradigma por otro que busque una mayor preocupación por la naturaleza y una armonía entre todos los seres que la componen.

Precisamente, acudiendo al concepto de John Searle de «intencionalidad colectiva», se será capaz de apreciar que la consecución de un proyecto conjunto no basta con que deseos aislados se encaminen hacia un fin más o menos similar, puesto que, primeramente, intenciones colectivas no son necesariamente reducibles a intenciones individuales (Searle, 2010, p. 46). En segundo lugar, y este es el rasgo fundamental del término, es menester que exista la consciencia entre todos los individuos participantes de que se está realizando una tarea conjunta con un fin común, tal como se plasma en el ejemplo de las dos Escuelas de negocios de Harvard (Searle, 2010, pp. 47-48): los estudiantes de la escuela A creen firmemente en la teoría de la mano invisible de Adam Smith y desde el día de su graduación cada uno individualmente se propone beneficiar a la humanidad siendo los más egoístas y ricos que les sea posible; en el caso de los estudiantes de la escuela B, tienen las mismas creencias, pero en el día de su graduación se juntan todos y hacen un pacto sobre que buscarán ayudar a la especie humana siendo individualmente los más egoístas y ricos que les sea posible. La diferencia entre ambos casos es que en la escuela B sí existiría intencionalidad colectiva, pues los alumnos tienen una consciencia de trabajo en conjunto por un mismo fin. Puede ocurrir que en la escuela A los estudiantes también supieran que están llevando a cabo la misma misión que sus pares, pero lo distinto está en que estos últimos no cooperan bajo un mismo objetivo, sino que son esfuerzos individuales que solo coinciden en el cometido. El aporte de esta ejemplificación es hacer notar que efectivamente existe una diferencia si se actúa colectiva y conscientemente hacia un mismo fin, porque se crea una intención colectiva,

lo cual le da al sujeto la seguridad de que, a pesar de que cada uno lleva a cabo tareas distintas y de manera separada, todos están apuntando hacia el mismo propósito y, de acuerdo eso, todos cumplirán su parte de esta relación cooperativa (Searle, 2010, pp. 52-53).

Sin embargo, para realizar una afrenta contra el capitalismo e internar un cambio de paradigma no basta con este simple planteamiento. Por cierto, puede ayudar para dar cuenta de que sería más beneficioso tener una intencionalidad colectiva que guíe las acciones individuales hacia lograr un mundo más ecológico, pero con las condiciones de la sociedad actual no es posible alcanzar tal proyecto solo con intencionalidad colectiva. Puede que Searle explique que una vez que se posea este objetivo común y consciente prospere la cooperación con la seguridad de que todos cumplirán su parte, pero lamentablemente en el mundo actual reina la desconfianza y en cada sujeto puede surgir la preocupación de que, pese a que él haga su parte, los demás no lo hagan con motivo de la reinante competencia capitalista. Por este motivo, es imperante que las relaciones cooperativas que se formen bajo una misma intencionalidad colectiva no sean una colaboración a secas, sino que también detenten un factor que las haga más estrechas y que una a sus participantes: la confianza. Por desgracia, este elemento escasea en la actualidad y es mucho más común que se presente desconfianza entre los individuos, viendo a los demás como adversarios, dado que así lo establece el modelo capitalista:

Más allá de cualquier desencanto temporal con el gobierno presente o insatisfacción con un líder particular, la mayoría de los ciudadanos en el mundo trilateral se han vuelto más desconfiados de los políticos, más escépticos de los partidos políticos y significativamente menos confiados de su parlamento y de otras instituciones políticas. Comparado con el estado de la opinión pública [en 1975], el estado político de ánimo en la mayoría de nuestros países hoy no es solo malhumorado, sino que mucho más malhumorado¹¹. (mi trad.; Pharr *et al.*, 2000, p. 18)

Ante tal escenario, habría que buscar mecanismos por medio de los cuales se pudiera revertir esta situación y dirigir la marcha hacia un ambiente de mayor confianza entre los

¹¹ Se debe hacer notar que en esta cita se hace mención un mundo trilateral y también al año 1975. El contexto de esto es que el escrito citado se refiere al estado de la confianza en el mundo durante el último cuarto del siglo XX, especialmente en países como Estados Unidos, Japón y algunos de Europa, por ello se hacen estas menciones. No obstante esto, los planteamientos de este diagnóstico no dejan de tener validez para los temas tratados en esta investigación, pues la desconfianza reina en la sociedad transversalmente gracias al sistema capitalista.

individuos que pueda propiciar una verdadera seguridad que estrechara lazos, conformando vínculos sólidos para enfrentar el sistema capitalista y su paradigma. Una opción que podría recogerse para lograr tal fin es considerar los movimientos y las organizaciones medioambientales ya existentes, transformándolas en el núcleo de una nueva forma de sociedad y aprovechando que sus integrantes ya comparten intereses comunes y, por ello, una afinidad basada en confianza. Sin embargo, podría objetarse que, si se siguiera este camino, podría existir por parte de estos grupos una segregación del resto de la población y una reticencia a que otras personas formen parte de esos mismos colectivos, pues al haber ya formado lazos de confianza y una estructura sólida, preferirían no incluir nuevas personas que puede que no compartan sus intereses del todo y, por ende, representen una amenaza. En efecto,

redes de relaciones de confianza que son cerradas pueden promover choques étnicos o racismo e incluso pueden restringir improductivamente el intercambio económico y formas significativas de intercambio social. La confianza en tales contextos puede restringir la oportunidad, y tales restricciones pueden a su vez retardar el crecimiento y desarrollo económico. (mi trad.; Cook *et al.*, 2005, p. 2)

Para evitar estos tipos de enclaustramientos de los grupos medioambientales ya formados, podría considerarse una segunda alternativa: promover una confianza general en la sociedad que esté guiada por una inteligencia social desarrollada (Yamagishi, 1998), con la cual el individuo sea capaz de juzgar mejor cuando no proseguir con alguna relación que ya no le genera confianza. Si bien esta teoría es plausible, puede no ser aplicable en el contexto de esta investigación, pues el capitalismo ha instaurado una sociedad con tanta desconfianza que, a pesar de que un individuo tenga una gran inteligencia social, puede guardar ciertos resquemores de sus pares al no estar seguro si tienen los mismos fines o si lo ven más como un competidor. Incluso aquellos sujetos con menor inteligencia social no serían capaces de poder superar las barreras de la desconfianza, entonces serían dejados atrás en la búsqueda por un mundo ambientalmente responsable.

Ahora bien, podría existir una tercera opción que sí se adecuaría a la condición en la que se encuentra la sociedad actual: usar la misma desconfianza como medio para la eventual construcción de confianza. La idea detrás de esta propuesta es que, una vez que la población

ya tenga claridad de las estrategias usadas por el capitalismo tanto para evadir su responsabilidad ambiental como para restringir relaciones cooperativas en favor de cambiar su paradigma impuesto, va a tener la intención de avanzar en esfuerzos hacia lograr un mundo ambientalmente responsable, mas se le presentan problemas a la hora de unir fuerzas con otras personas, dada la desconfianza preponderante en el presente. Con todo, esta desconfianza puede que no presente completamente un problema, pues causará que el individuo se aproxime cautelosamente a sus pares, de manera de conocerlo lo suficiente antes de entablar una relación de mayor estrechez. La desconfianza aquí no sería del mismo tipo que la manifestada comúnmente en el capitalismo, pues en este último la desconfianza busca mantener a la población dentro de su ilusión donde la sociedad capitalista es la única opción de vida, pero en el escenario aquí exhibido la población ya ha despertado de aquella ficción y busca superar todos los demás obstáculos que le impone el capitalismo para llevar a cabo su objetivo. De esta manera, solo se mantendría en las personas una desconfianza a la hora de querer conocer más personas que compartan sus anhelos de alcanzar una sociedad con mayor conciencia ecológica, pero con una predisposición muy diferente al tipo de desconfianza anterior, pues ya tienen el deseo de poder lograr una intencionalidad colectiva, empero permanece la desconfianza hecha costumbre por vivir tanto en un mundo capitalista y competitivo. No obstante, al existir ahora una tendencia a querer reunirse con los demás individuos, cada sujeto estará dispuesto a iniciar una relación de mutuo conocimiento con otros, usando esa desconfianza arraigada como un instrumento para asegurarse que la otra parte efectivamente tiene sus mismos fines, consiguiendo eventualmente superar esa desconfianza inicial y convertirla en una confianza nacida del vincularse cautelosamente con otros:

Las estrategias de desconfianza de las sociedades contemporáneas (...) hacen posible altos niveles de interacción. (...) La desconfianza hace algo más que permitir a la gente interactuar sin perder demasiado. Las estrategias de desconfianza también son mecanismos que permiten a la gente comenzar a recolectar información de manera tentativa y segura, construir instituciones y normas apropiadas, y erigir relaciones sociales con suficiente pasado e historia de modo que se pueda confiar el uno en el otro. La desconfianza es el primer paso tentativo hacia la confianza. (mi trad.; Heimer, 2001, p. 78)

Ciertamente, la desconfianza podría ser más bien un buen primer mecanismo de defensa para los individuos que emprenden la misión enfrentarse al paradigma capitalista reinante, pero temen encontrarse con otros sujetos que no compartan realmente sus ideas y que, quizás, intenten socavar cualquier esfuerzo por construir una perspectiva de más armonía con la naturaleza. De ahí, esta desconfianza inicial al entablar nexos con pares puede empujar a las personas a hacerlo con mayor seguridad, sabiendo que este primer periodo de desconfianza lo ayudará a conocer de mejor manera a la otra parte y evitar ser engañado. Una vez que se sienta más seguro y pueda reunir la información necesaria de la contraparte, naturalmente comenzará a estrecharse la relación y pasar a ser una de mutua confianza, haciendo que cualquier tarea cooperativa sea tanto más sólida como más fructífera. De este modo, la desconfianza solo sería un paso preliminar en el vínculo que funciona como elemento preventivo, pues “la desconfianza puede ser buena en muchos contextos, a partir de que cimienta formas de estructura social que ayudan a limitar la explotación y a proteger a aquellos que no pueden protegerse a sí mismo (...). Cuando la desconfianza estimula el desarrollo de instituciones mejoradas, podría facilitar la cooperación, no impedirla” (mi trad.; Cook *et al.*, 2005, p. 2). Es más, como aquí se pretende mostrar, no solo permitiría que se lleven a cabo tareas colaborativas de mejor manera, sino que a hacerlas más fuertes al ofrecer instancias de vinculación entre los participantes que pueden llevar eventualmente a un nexo de confianza. Esto justamente coincide también con la forma en la que suelen formarse las organizaciones sociales, pues su establecimiento no ocurre de la noche a la mañana, sino que son procesos largos donde los integrantes se conocen de a poco y definen sus intereses comunes, tomando más tiempo para conformarse,

porque las organizaciones sociales son formadas por procesos históricos. Es decir, ellas son formadas por los efectos acumulativos de las interacciones entre los miembros de una gran población. Los individuos reales no están preocupados de alcanzar lo óptimo a largo plazo. Además, ellos no están preocupados de los efectos sociales de sus decisiones. La gente cambia su comportamiento de acuerdo con su experiencia, pero tienen una racionalidad limitada, y solo pueden mejorar su recompensa de acuerdo con esa experiencia. (mi trad.; Zapata-Lillo, 2008, p. 280)

De esta forma, la configuración habitual de los movimientos sociales, según se ha mostrado históricamente, coincidiría con la manera en que deberían construirse ahora las relaciones

cooperativas en favor de un nuevo paradigma ecológico, pues así también lo requiere el estado inicial de desconfianza en los individuos y la meta buscada de que sean vínculos estrechos basados en confianza. Incluso la teoría de juego coincide con este método de vinculación durante un tiempo prolongado, pues el involucramiento de un grupo en un dilema común no es

posible en un juego de una sola vez y considera un proceso de repetición, donde los individuos han interactuado racionalmente. (...) La repetición del conflicto puede llevar a la gente a diseñar normas en orden a superar el dilema, cuando existe buena comunicación y confianza entre las personas. Entonces, cierto nivel de cooperación es alcanzado. (mi trad.; Zapata-Lillo, 2008, p. 282)

Así, a través de procesos más prolongados, pero necesarios, los individuos podrán comenzar a entablar relaciones junto a otros con el ánimo de conformar un proyecto masivo y transversal de cambiar el paradigma capitalista. Si bien comenzaría con cierta desconfianza heredada de vivir tanto tiempo en la sociedad neoliberal, regida por la competencia y la acumulación de riqueza, al considerar un largo periodo de vinculación, los participantes podrán conocerse mutuamente y, eventualmente, juzgar si pueden confiar en el otro para realizar tareas cooperativas sólidas y que lleguen a buen puerto.

A través de este proceso, se va construyendo, entonces, una cooperación no a secas, sino que basada en la confianza, lo cual es necesario para asegurar la fuerza de este movimiento que se enfrenta al capitalismo y sus estrategias. Sin embargo, el tipo de confianza que se ha de establecer es particular, pues no es una confianza que busque cierto tipo de retribución de la contraparte y que por ese motivo se mantiene, sino que, más bien, es una confianza formada a través de la coincidencia en objetivos perseguidos. Esta concepción ha sido llamada «confianza como interés encapsulado», esto es, en una relación nace confianza en tanto que el interés de un participante por alcanzar algún objetivo coincide con el de otro (Hardin, 1991, p. 189), ante lo cual reconocen su sincronía y estrechan su vínculo al tener los mismos anhelos. De este modo, a medida que los individuos se vayan reuniendo progresivamente, formando grupos y atrayendo más integrantes a la causa de cambiar el paradigma por uno más responsable ambientalmente, se podrá superar la desconfianza inicial al comenzar a conocer a aquellos pretendientes que también quieren insertarse en el proyecto,

reconociendo la correspondencia de intereses con el otro y diciéndole “*nosotros confiamos en ti porque pensamos que tomas nuestros intereses en serio y encapsulas nuestros intereses en el tuyo*” (énfasis en el original; mi trad.; Cook *et al.*, 2005, p. 5). Bajo esta lógica, no solo existiría una intencionalidad colectiva que tiende hacia un mismo fin, traducándose en la cooperación de varios individuos para lograr una tarea, sino que esta labor se haría al amparo de la confianza nacida de la identificación de una misma motivación, un mismo espíritu por superar los obstáculos del capitalismo por considerar a la naturaleza como un igual. Así, el vínculo cooperativo se haría estrecho y lo suficientemente sólido para que los esfuerzos en esta dirección sean fructíferos y no caigan ante las estrategias tanto de evasión de responsabilidad como de desconfianza ante los pares que promueve el capitalismo, pues la coincidencia de anhelos logra que cada participante encapsule el interés de otro en el suyo, lo que significa que “en alguna medida nuestros intereses se transforman en tuyos en la relación de confianza entre nosotros” (mi trad.; Cook *et al.*, 2005, p. 5). Las relaciones basadas en este tipo de confianza lograrán mantenerse en el tiempo, puesto que esto será lo más favorable para sus integrantes, porque la correspondencia en intereses, queriendo alcanzar los mismos objetivos, le dará a cada individuo la seguridad de que el otro avanzará a su mismo ritmo. Esto es muy importante, ya que el movimiento formado lograría fuertemente la masividad y la transversalidad necesaria para rebasar las barreras propias de las características de fondo del capitalismo y develar, por ejemplo, su estratagema tanto de evitación como de traslación de la responsabilidad por la crisis ambiental actual.

Podrían surgir dudas de cómo llevar esta propuesta también a un nivel institucional y que no quede en ideas de un gran colectivo que no lleguen a ponerse en práctica en lo estructural de la sociedad, es decir, que efectivamente pase a ser la columna vertebral del nuevo paradigma. Por cierto, el mismo Russell Hardin, uno de los ideólogos del planteamiento de la confianza como interés encapsulado, acepta que su teoría pudiera llegar a aplicarse no solo en las relaciones entre las personas de la población, sino que también entre la gente y las instituciones. No obstante, él creía que lo que le faltaba “para completar la imagen es una teoría de cómo el interés general puede ser cumplido por un gobierno de millones de burócratas que están interesados fundamentalmente en sí mismos” (mi trad.;

1991, p. 202). Ahora bien, esta investigación podría brindar, al menos en parte, la teoría buscada para lograr tal cometido, pues el develamiento de la estrategia de evasión y traslación de la responsabilidad ambiental por parte de los capitalistas exhibida durante los dos capítulos anteriores motivará a la población a romper con la ilusión bajo la que han sido puestos. Cada persona empezará a buscar que no se le responsabilice más de lo que le corresponde por la destrucción del planeta, sino que la responsabilidad sea dirigida a quienes tienen mayor poder y quienes defienden más vehementemente el modelo de sociedad capitalista que daña el planeta. Junto con la paulatina superación de la desconfianza entre los individuos en favor de nexos cooperativos basados en una confianza como interés encapsulado (siendo el anhelo compartido la transformación del paradigma hacia uno más responsable ambientalmente), esto irá formando una población mucho más consciente de los rasgos fundamentales del capitalismo y de los mecanismos para enfrentarlo también a nivel institucional. Por más que los principales capitalistas persigan el debilitamiento de las instancias de participación popular y que defiendan el crecimiento como la manera de superar las crisis (Kempf, 2011, p. 103), y así lo promuevan también desde el sector público,

una ciudadanía crítica no señala una enfermedad en el cuerpo político, sino que más bien la sanidad de la democracia (...). Una variación en esa misma perspectiva ve los cambios en los valores (...) como creadores de una ciudadanía más crítica que rechaza el statu quo político y que también está forzando nuevas cuestiones como el ambientalismo o los derechos de la mujer dentro de la agenda política, por tanto, reformando y revitalizando la democracia. (mi trad.; Pharr *et al.*, 2000, pp. 18-19)

De este modo, la progresiva reunión de individuos bajo el alero de la confianza podrá lograr la cooperación para que mediante sus críticas y esfuerzos también se cambie las instituciones tradicionales, avanzando hacia un nivel estructural que irá construyendo el nuevo paradigma ecológico y que sea realmente democrático, exponiendo la incidencia que puede tener el movimiento de la población en favor de transformaciones.

3.3. La necesidad de replantear la reciprocidad hacia una de tipo ecológica

Un factor esencial que hay que considerar a la hora de replantear el tipo de relaciones cooperativas que han existido hasta ahora es la reciprocidad. Ciertamente, a grandes rasgos y tradicionalmente la evaluación del intercambio de bienes o favores entre una parte del nexo

colaborativo y otra ocupa un lugar central para decidir si prosperar en tareas conjuntas o no. Más aun, la mantención de la equidad y la justicia en retribuciones juega una posición neurálgica al momento de estrechar ciertas relaciones basadas en la confianza, dejarlas como meras cooperaciones sin cercanía personal o de lleno no prosperar en ningún tipo de vínculo. Esto es así dado que la confianza y la reciprocidad guardan un lazo muy próximo, formando una conjunción integral (Charness y Shmidov, 2014, p. 169), siendo el tipo de enlace que posean algo fundamental a la hora de que individuos lleven a cabo objetivos en común, sea cual sea el área, por ejemplo, la medicina, la política, la economía, la psicología, entre otros. A causa de esta razón, es menester revisar el rol que cumpliría la reciprocidad en el nuevo tipo de relaciones cooperativas basadas en la confianza como interés encapsulado que se propone aquí que se encamina a cambiar el paradigma capitalista por uno más ecológico, pues el concepto que se ha llevado tradicionalmente de reciprocidad puede que no sea adecuado a los nuevos valores ambientales buscados.

Para iniciar este análisis, es útil examinar cómo se ha entendido la reciprocidad hasta el presente bajo la lógica del capitalismo, a saber, entendiéndola como un factor que ocupa un lugar a la hora de entablar relaciones cooperativas con otros, especialmente en el ámbito comercial. En esta dirección la teoría de juegos provee una perspectiva bastante conveniente, pues dibuja ciertos escenarios donde se entablan estos nexos y que modelan las actitudes de cada participante dependiendo del tipo de reciprocidad que se halle. Por ejemplo, dada la oportunidad de recibir un monto de 20, pero que requiere de la involucración de dos sujetos para conseguirlo, se pueden dar los siguientes casos (Charness y Shmidov, 2014, p. 171): 1) el participante A le ofrece un arreglo menos justo al participante B donde, si acepta, A se lleva 16 y B 4, pero si lo rechaza, ambos se quedan sin nada; 2) A ofrece un trato más justo a B y le propone que, si acepta, cada uno se lleva 10, mientras que, si lo rechaza, igualmente ambos se quedan sin nada. La decisión tanto de A de ofrecer un convenio más o menos justo como de B de si aceptar o rechazar la oferta puede depender del nivel de confianza que haya entre ambos integrantes de la relación y de la valoración de la recompensa ofrecida. De esta forma, este modelo puede ser aplicable en diferentes instancias cotidianas, como el emprender un negocio riesgoso con un socio o no, promover un acuerdo entre partidos

políticos por una ley o construir alguna estructura en un espacio público común. La evaluación de los pros y contras es un paso previo fundamental antes de tomar una determinación de cómo proceder, y en ese estadio la cercanía que puedan tener los participantes, su nivel de confianza, el tipo de recompensa o el riesgo involucrado pueden ser elementos centrales que contemplar.

Si bien esta perspectiva ofrecida por la teoría de juegos puede ser útil para resolver problemáticas en la sociedad actual regida por el paradigma capitalista, no convendría para el nuevo tipo de relaciones cooperativas ecológicas y con confianza perseguidas en esta investigación. En efecto, una característica propia de este tipo de modelos presentados es que se juega con valoraciones estándar de los bienes puestos en evaluación y puede ponerse un número sobre las recompensas, de manera que la reciprocidad se observa como calculable o medible. Este tipo de tratamiento no se corresponde con el nuevo paradigma que se está tratando de dibujar, dado que, justamente, se está intentado de alejar de aquellas concepciones capitalistas que ponen una tasación económica a cada cosa o acto que involucran una relación, especialmente sobre la perspectiva que se tiene sobre la naturaleza, donde aún hoy se le ve como un ente medible, tanto en sus beneficios como en los daños que se le hacen (Fraser y Jaeggi, 2019, p. 112). Por este motivo, el tipo de reciprocidad que existirá en vínculos cooperativos con confianza que se dirijan a un nuevo paradigma ambientalmente responsable deberá repensarse y no estar bajo las condiciones a las cuales tradicionalmente ha estado sometida en la sociedad capitalista.

Algo que se debe tener muy presente desde el comienzo es que el tipo de retribuciones que puedan esperar los participantes de estas nuevas relaciones cooperativas no podrán ser cuantificadas y detectadas tal como se ha hecho comúnmente, porque la naturaleza sería la principal beneficiaria de las acciones positivas en favor de un mundo más ecológico y responsable, y esta guarda características particulares. Como ya se había adelantado en el capítulo precedente, las acciones sobre los ecosistemas no se pueden asimilar al obrar dentro de la sociedad humana, ya que, por un lado, las consecuencias podrían apreciarse en un tiempo mucho mayor al habitual, al tener la Tierra periodos de adaptación naturales mucho mayores, con lo cual los cambios provocados por una obra se verían en varios años o décadas

más; y, por otro, sus efectos podrían presentarse en un lugar muy lejano al originario de la acción, dado que el planeta posee una interdependencia tal entre sus distintos seres y territorios que hasta la más mínima afectación de un lugar puede romper el equilibrio global. Estos rasgos del obrar sobre la naturaleza exhiben uno de los mayores desafíos al momento de cualquier tratativa que la involucre, pues los daños sobre el medio ambiente no pueden cotejarse con daños entre humanos, cuyas relaciones de causa-efecto son mucho más claras e identificables, sino que todas las categorías de evaluación de resultados de un acto se deben adaptar. Así suele manifestarse en los estudios de distintas disciplinas que se abren a considerar el aspecto ecológico,

dado que es propio de la esencia de la responsabilidad ya sea en su aspecto contractual o extracontractual que exista un binomio conducta-resultado o nexo causal, de tal modo que pueda afirmarse que el daño es consecuencia de una determinada actividad y esa, precisamente, es la más grande dificultad que se presenta en la práctica tratándose de la responsabilidad del daño ambiental. (Vázquez García, 2004, p. 49)

A causa de estas características, la reciprocidad en los nexos colaborativos no podrá buscarse necesariamente dentro de plazos cercanos o a distancias cortas que se puedan apreciar, sino que se debe ampliar el concepto de recompensa para que puedan verse otro tipo de retribuciones entre las partes involucradas en la cooperación. Por cierto, dada la probable distancia espacial entre las acciones positivas que pueda hacer un sujeto en favor de la naturaleza, puede que este no sea capaz de seguir las consecuencias favorables de su acción, al no haber claridad en la cadena de sucesos. Así también, como existiría un gran lapso para ver los frutos de estos actos amigable con el medioambiente, es probable que los participantes de estas relaciones amparadas en una intencionalidad colectiva no alcancen a ver los resultados de sus acciones, como, por ejemplo, el logro de un mundo ambientalmente responsable, por lo cual se quedarían sin una retribución clara en vida.

No obstante, estas condiciones particulares de las acciones sobre la naturaleza no evitan que puedan considerarse otros tipos de reciprocidad que sí se adapten a las características que prefigura el nuevo paradigma ecológico y ambientalmente responsable. Contrariamente, la ampliación del círculo de consideración ética hacia la naturaleza y la develación de la estrategia tanto de evitación como de traslación de la responsabilidad

ambiental por parte del capitalismo se encaminan a modificar las consideraciones ontológico-sociales habidas hasta ahora, incluyendo la noción de reciprocidad. Esta nueva mentalidad, junto con la consecución de relaciones cooperativas basadas en la confianza, llaman a ecologizar todos los aspectos de la vida (Boff, 2011, p. 27), haciendo parte del día a día a todos los seres del planeta, reconocer su interdependencia (Catton, 2010, pp. 129-132) y aceptar su complementación, pues “más que ver las oposiciones, como en la lógica dialéctica, importa ver las complementariedades/reciprocidades en el sentido de la formación de campos de relaciones cada vez más dinámicos, complejos y unificados” (Boff, 2011, p. 40). De este modo, los esfuerzos por una sociedad más responsable ambientalmente no solo son un ejercicio externo, mejorando las condiciones cotidianas al tratar con pares y con la naturaleza misma o renovando las instituciones, sino que también implica un desarrollo del fuero interno (Boff, 2011, p. 19), lo cual lleva este cambio de paradigma a un nivel más profundo. Con esta perspectiva, podrían configurarse nuevas concepciones de reciprocidad ecológica, de las cuales este escrito presentará una que puede ayudar a ir construyendo este nuevo paradigma y que el nexa humano-naturaleza sea mucho más armonioso.

Esta alternativa toma en consideración la idea tradicional de reciprocidad donde comúnmente se corresponden un derecho y un deber, es decir, “mi deber es la contrafigura de un derecho ajeno, contemplado por su parte como imagen del mío, de modo tal que, una vez fijados ciertos derechos del otro, queda al mismo tiempo fijado mi deber de respetarlos” (Jonas, 1995, p. 82). Esta noción implica que cada vez que se establece un derecho en una relación o este ya existe, se constituye simultáneamente el deber en otro participante de respetar ese derecho. Por ejemplo, si en una relación de cooperación donde se firma un contrato y este define que el participante A tiene el derecho de salirse del acuerdo cuando quiera, es deber del participante B respetar si A decide no seguir con el acuerdo, lo cual hará que el vínculo sea más próspero y cordial, teniendo claras las condiciones de reciprocidad de una y otra parte. Ahora bien, este tipo de comprensión de la reciprocidad podría no ser válida para el tipo de relaciones cooperativas ecológicas aquí propuestas, porque el objetivo al que se apunta, tal como lo define el renovado imperativo de Jonas, es a la existencia de un futuro, tanto para la Tierra en general como para los diversos seres presentes en ella. Este fin no se

condice con la idea tradicional de reciprocidad, pues un deber responde siempre al derecho presente de una persona que ya vive, lo cual no sucede aquí, porque a quien se le está adjudicando el derecho a su existencia es a seres futuros que aún no habitan el planeta, de modo que no habría un real derecho al que corresponder actualmente. No obstante, podría llegar a aplicarse esta concepción tradicional al tipo de reciprocidad que debería exhibirse entre los individuos que forman parte de las relaciones colaborativas propuestas en esta investigación y que comparte una intencionalidad colectiva, de manera que hubiese una mutua respuesta de deberes por derechos entre todos y así hubiese una satisfacción general en cuanto a retribuciones, haciendo los vínculos mucho más estrechos y seguros. Este tipo de reciprocidad podría observarse en el compromiso de mantenerse juntos en la tarea de cambiar el paradigma, creándose el derecho en cada uno de no ser abandonado en esta labor y el deber, también en todo participante, de no renunciar a esta empresa. Empero, es necesario recordar que las relaciones cooperativas aquí propuestas están guiadas por una confianza como interés encapsulado, la cual establece que no habría obligadamente un deber que cumplir con el otro en el que se confía, esto es, no existiría una exigencia de retribución de una parte hacia otra por llevar a cabo un trabajo, pues su consecución es de interés mutuo y su mero logro sería ya motivo para satisfacer la reciprocidad: “Yo puedo confiar en ti para hacer lo que está en mi interés en ciertos contextos porque si tú lo haces cumplirás algún interés propio. Tú no necesitas necesariamente darme algo a cambio por algo que yo te di” (mi trad.; Hardin, 1991, p. 191). Así, las condiciones habituales donde se hallan imposiciones de cumplir con un deber que responde a un derecho de otro no sería aplicable en el tipo de nexos colaborativos que se ven como necesarios para lograr un paradigma ambientalmente responsable.

Aquellos impedimentos no significarían que no se pueda darle una vuelta a esta idea de reciprocidad, sino que, si se aleja un poco de sus características tradicionales, el dúo derecho-deber podría seguir siendo respetado si se supera la limitación al presente de esta concepción y se abriera a contemplar también las dimensiones pasada y futura. Ciertamente, si se permite esta expansión de los términos, podría considerarse que los seres futuros tienen el derecho a llegar a existir y que se den las características suficientes para que su vida en la

tierra sea de buena calidad. Al mismo tiempo, automáticamente se crearía el deber en los humanos de hoy de conseguir que esas propiedades se cumplan, persiguiendo un mundo más ecológico y promoviendo la eliminación de los obstáculos que ha construido el capitalismo:

Puesto que los hombres futuros estarán ahí en cualquier caso, otorga a su no solicitada existencia, si es que se ha llegado a eso, el derecho a acusarnos a los hombres anteriores de ser los autores de su desdicha, si hubiéramos echado a perder el mundo o la naturaleza humana mediante un obrar frívolo y evitable. (...) De las *condiciones* de su existencia pueden hacer responsables a sus lejanos antepasados o, en general, a los autores de esas condiciones. Existe, pues, para nosotros los hombres de hoy, en razón del *derecho* de la existencia –ciertamente todavía no presente, pero que cabe anticipar– de hombres posteriores, un *deber* de autores, que responde a ese derecho, deber del cual somos responsables frente a ellos con aquellos de nuestros actos que alcanzan la dimensión de tales efectos. (Jonas, 1995, p. 85)

Si bien la propuesta de esta cita de Jonas se centra en la existencia de humanos futuros, se requiere expandir este deber al derecho de la naturaleza misma a seguir existiendo, incluyendo animales no-humanos, vegetación, reino fungi, etcétera, dado que el espíritu de esta propuesta es justamente romper con la jerarquía establecida entre el humano y los demás seres, dando cuenta que en realidad todos forman un conjunto armónico e interdependiente. Con aquello en mente, sería parte de esta nueva versión del concepto de reciprocidad y, también, del paradigma futuro que la naturaleza gozara de derechos por su valor propio y no debido a su utilidad al humano, como ha querido el capitalismo, porque, en verdad,

ético sería reconocer el carácter de autonomía relativa de los demás seres; ellos también tienen derecho a continuar existiendo y a coexistir con nosotros y con otros seres, puesto que han existido antes que nosotros y, durante millones de años, sin nosotros. En una palabra, ellos tienen derecho al presente y al futuro. (Boff, 2011, p. 20)

De esta manera, la reciprocidad en las relaciones cooperativas en favor de un mundo ambientalmente responsable se hallaría en el cumplimiento de los humanos actuales de lograr que tal mundo sea, de hecho, posible, enfrentándose al paradigma actual, con todas las trabas que ha puesto el capitalismo, logrando retribuir a los seres futuros con la posibilidad de que existan en un ambiente seguro. Podría decirse que los humanos actuales no obtendrían alguna recompensa por su labor, mas esto no sería del todo necesario, ya que, como explicaba Hardin, estas relaciones bajo la confianza como interés encapsulado son satisfechas con el mero acto de que se consiga el objetivo buscado por todos los participantes. Ahora bien, si

se quisiera ver alguna otra forma de mantener un comportamiento recíproco con los individuos de hoy, podría aprovecharse la expansión de la temporalidad al futuro y crear el deber en los sujetos futuros de mantener las condiciones ambientales favorables que pudieran llegar a lograr las acciones del presente, de manera que se respete el derecho de los actuales humanos de mantener su obra. Si bien quizás no disfruten de una retribución en vida, de todas formas, podrían quedar satisfechos con la tranquilidad de que han llevado a cabo relaciones de cooperación que apuntan a su objetivo de configurar un futuro de responsabilidad con la naturaleza y que promueva valores que aseguren mantener tales características.

Con todo, esta no es la única forma de ver algún tipo de retribución dentro de estas relaciones cooperativas ecológicas, ya que es cierto que por ahora solo se han considerado maneras de recompensar a los seres humanos si la empresa aquí perseguida tiene éxito. Sin embargo, hay que dejar de lado el antropocentrismo y contemplar que, finalmente, es toda la naturaleza la que saldrá favorecida, incluido el humano como integrante de ella. Efectivamente, la superación de los obstáculos capitalistas, comenzando por el develamiento de la estrategia de evasión y traslación de la responsabilidad, continuando con el derrumbe de todas las características del capitalismo que han evitado salir de esa ilusión, hasta llegar a la transformación hacia un nuevo paradigma, implica considerar a los demás seres de la naturaleza (y a ella misma) como iguales, siendo compañeros en la tarea de sobrevivir a los diferentes vaivenes cotidianos. Es necesario que este cambio de mentalidad cale hondo en los seres humanos, ya que solo de esta forma será posible que los cambios buscados no sean solo, como se dice coloquialmente, de la boca para afuera, sino que sus ideas dirijan cualquier acción o pensamiento, teniendo ya desde su núcleo la consideración por cuidar y respetar la naturaleza, puesto que con este proceso

la Tierra, todos los seres y el universo dejan de ser entidades neutras que siguen indiferentemente su curso. Hablan, brillan, evocan, entusiasman, aterrorizan y *participan* del drama humano. (...) La luna, el sol, los árboles, las montañas, las selvas y los animales viven en nosotros como figuras y símbolos cargados de emoción. (énfasis mío; Boff, 2011, p. 176)

Si se llega a interiorizar esta idea de manera profunda, el planeta mismo será parte fundamental de toda relación cooperativa que se emprenda de aquí en adelante. No obstante,

sería difícil considerarlo como un participante en sí mismo, pues, aun cuando se le estimará por su valor propio en las colaboraciones (Dinar y Hogarth, 2015, p. 4), sería incapaz de tener algo así como intencionalidad colectiva, pues no puede afirmar conscientemente que está en un vínculo cooperativo con el ser humano, al menos en los términos que comúnmente se han usado para definir las labores colaborativas. De ser así, podría verse la participación de la naturaleza dentro de la cooperación mediante un representante que sí sea capaz de intencionalidad, como un grupo de seres humanos reunidos en una institución estatal (Dinar y Hogarth. 2015, p. 29), la cual velaría por el cuidado de la naturaleza y su reconocimiento por valor propio. Ahora bien, si se quisiese hacer una interpretación un poco más laxa de los conceptos, se podría llegar a pensar que sí sería posible una suerte de vínculo cooperativo entre el humano y la naturaleza, incluyendo una reciprocidad patente. Para llegar a tal idea, se tiene que considerar que, bajo la lógica de un nuevo paradigma ambientalmente responsable, los sujetos podrían sus esfuerzos en mantener una relación armoniosa con la naturaleza, cuidándola y respetándola, mientras que, a su vez, la Tierra misma será capaz naturalmente de seguir sus procesos inherentes de equilibrio planetario, permitiendo que todos los seres que la habiten subsistan. Por tanto, la reciprocidad que se manifestaría en este caso es que, si el ser humano promueve valores ecológicos, la naturaleza lo recompensará (no intencionalmente) con las condiciones mundiales suficientes para que pueda vivir con una buena calidad del entorno. Ciertamente, no habría una decisión consciente desde la naturaleza por cooperar en este sentido, por tanto, no se podría hablar de que sea una participante activa del vínculo o que propiamente colaboraría, pero esta ampliación del término de reciprocidad ayuda a salir de la lógica del capitalismo y hacer de la Tierra un factor mucho más presente e importante en el diario vivir humano.

Esta vía propuesta de un modo de cooperar basado en una confianza como interés encapsulado daría luces de cómo los seres humanos pueden superar la lejanía en que los posiciona el capitalismo, que insiste en una competencia y en considerar unos a otros como adversarios. Por el contrario, las ideas aquí planteadas abrirían la puerta a que los individuos pasaran a ser colectivos, superando los resquemores iniciales heredados de la cotidianidad capitalista, para progresar hacia el mutuo conocimiento y la coincidencia de fines,

estrechando los lazos mediante una confianza que fortalece los vínculos, asunto de más necesario para llevar a cabo la ardua tarea de enfrentarse a un sistema social que ha regido por tanto tiempo y que abarca tantas áreas. Solo si se es capaz de dar vuelta la página hacia un nuevo paradigma, los movimientos organizados podrán romper con las barreras del capitalismo para evitar las crisis de su inminente destrucción y finalmente atribuirles a sus principales defensores la responsabilidad que les corresponde por los daños cometidos al planeta y que han puesto en peligro a casa uno de los seres que lo componen.

CONCLUSIÓN

Ante el rápido avance que ha tenido la crisis ambiental actual, la necesidad por estudios que aborden sus características, causas y culpables es cada vez mayor. Es menester sacar a flote los diversos elementos que contiene este fenómeno, pues afecta a cada uno de los seres que habitan el planeta, reduciendo su calidad de vida y poniendo en peligro su misma existencia. Tal es el ánimo que ha guiado esta investigación, de manera de resaltar algunos factores que puedan ayudar a las personas a aumentar su consciencia sobre el estado de la Tierra y cuál sería el escenario si no se cuestiona el rumbo que ha llevado la sociedad hasta ahora. Bajo este espíritu, se ha querido destacar el concepto de responsabilidad, dado que ha adquirido especial importancia en el contexto actual, porque, por un lado, al ser el humano un ente social, cada una de sus acciones pueden tener consecuencias que afecten a otros, por las cuales es responsable en alguna u otra medida; y, por otro, debido al aumento del poderío de la humanidad, lo que conlleva que su obrar posea un rango de efectos mucho mayor, pudiendo afectar a todo el mundo y por un tiempo muy largo.

Ante tal situación, es terrible que la sociedad de hoy tenga muy poca consideración por este concepto, no existiendo una real concepción de responsabilidad ambiental que vele por la protección de la naturaleza y el aseguramiento de que la Tierra tenga un futuro. Se ha podido observar que tal actitud no es algo trivial o casual, sino que sus motivos se hallan en el núcleo del modelo que rige actualmente: el capitalismo. Efectivamente, este sistema detenta en sus características de fondo el imperativo de explotar a voluntad la naturaleza con tal de usar sus recursos para generar y acumular riqueza, que es su único fin. La consecución de este objetivo esta permeada por una serie de rasgos que afectan a todos los ámbitos de la sociedad, con lo cual la moldea según la requiere e incide en el modo de vida de cada ser que se halla bajo su influjo. Entre esos atributos se encuentra uno que justamente se relaciona con el concepto de responsabilidad ambiental, pues se ha descubierto que el capitalismo ha aprovechado su natural tendencia a la crisis y su capacidad para convivir con sus

contradicciones inherentes para implementar una estrategia tanto de evasión como de traslación de su responsabilidad por la crisis ambiental vigente.

Esta facultad de sobrevivir a distintas crisis sin tener que cambiar sus características de fondo, sino que solo modificar algunos elementos superficiales – lo que ha sido el pase de una fase del capitalismo a otra– le permitió adoptar como herencia esta táctica de evitar y desplazar la responsabilidad que ya se había encontrado de alguna forma en el nacionalsocialismo alemán de la primera mitad del siglo XX. Por cierto, tal como lo manifestó Hannah Arendt, esta peculiaridad del fascismo fue un punto negativamente novedoso, además de una de las cosas que le permitió atraer a tantos adeptos y llevar a cabo horribles medidas plenamente conocidas. A causa de este motivo, su estudio es muy importante, de manera que se puedan reconocer movimientos del mismo carácter y detenerlos antes de que se repita la historia. Esta investigación ha querido atender a ese llamado e indagar a fondo cómo maniobras similares se han estado reiterando en el contexto actual, específicamente en el modo que utilizan los grandes defensores y promotores del capitalismo para evadir su enorme cuota de responsabilidad en la progresiva destrucción del planeta, a su vez que procuran poner el foco de la responsabilidad sobre la población común y que esta lleve modos de vida más ecológicos, mientras que los primeros continúan con sus labores nocivas.

La tarea de esclarecer de qué manera estaría actuando hoy en el neoliberalismo – expresión actual del capitalismo– esta estrategia heredada del nazismo en tanto movimiento totalitario y fascista no ha sido simple. Por esta razón, el primer capítulo se ha encargado de estudiar a detalle cómo se habría desplegado tal estratagema, para que así se tuviera claridad de cómo se usó en aquel tiempo y de qué forma logró apelar a tantas personas, tal como el capitalismo es visto hoy quizás como el único modelo de sociedad posible. De este modo, se fue capaz de observar que el fascismo nació desde la crisis presente en su tiempo, presentándose como la guía que podría aliviarle la existencia a las personas, brindando las respuestas, la seguridad y la estabilidad que ellas tanto buscaban, además de supuestamente liberarles de la responsabilidad de tomar decisiones por sí solos. No obstante, el nazismo ofrecía todo esto a cambio de que el sujeto se pusiera a total disposición del movimiento

totalitario, con lo cual le sustraían su libertad y la noción de responsabilidad por sus actos. Adicionalmente, supo apuntar a aquellos grupos de la sociedad que se habían sentido desplazados hasta ese momento, especialmente a la pequeñaburguesía, apelando a su anhelo de poseer una mejor posición en la sociedad. A través de esta atracción, logró acumular un número suficiente de adherentes –una masa– que lo ayudara a alcanzar el poder y mantenerlo, cautivando también a otros grupos sociales en el proceso, consiguiendo ostentar un apoyo transversal de la población. Durante el régimen el nacionalsocialismo sostuvo sus promesas iniciales, lo que finalmente terminó constituyendo una ficción para que la gente la creyera, pues se garantizaba una sociedad sin preocupación por la responsabilidad y donde «todo era posible», a pesar de contener una serie de contradicciones y que en la práctica varios individuos no eran capaces de obtener todos sus deseos. Toda esta ilusión quedó al descubierto con la caída de la Alemania nazi, puesto que, por un lado, ahí la población común se dio cuenta que no era libre de responsabilidad sobre el estado de su país y la guerra, y, por otro, ya que durante sus juicios los nazis no dudaron en negar su cuota de responsabilidad en los terribles crímenes y en exponer, más bien, la responsabilidad de los alemanes en general. Sin embargo, esto pudo ser refutado filosóficamente al analizar, primeramente, la diferencia entre responsabilidad y culpa, y, en segundo lugar, al analizar los argumentos usados por los nazis en los juicios, de modo de evidenciar que solo tergiversaban conceptos y acudían a la ficción por ellos creada.

Con la claridad de cómo sucedieron los hechos de evadir y trasladar la responsabilidad durante el régimen totalitario nazi, el capítulo 2 pudo hacerse cargo de investigar sobre la manera en que tal estrategia habría sido heredada al neoliberalismo. Teniendo en mente tal objetivo, se comenzó por constatar la íntima relación que guarda el capitalismo con la naturaleza, en tanto necesita de su explotación para generar y acumular fortuna. Esto no queda un mero comportamiento con fines económicos, sino que se pudo observar que el capitalismo es un sistema que abarca todas las áreas de la sociedad, lo cual es logrado desplegando sus distintas características tanto de primer plano como de fondo, entre las cuales se encuentra la relación de explotación entre el humano y la naturaleza. Ese modelamiento de la sociedad ha brindado las condiciones para que la humanidad se distancie

del resto de los seres del mundo y se erija como su superior, olvidando que también es parte de la naturaleza y que todos forman un organismo interdependiente. Por el contrario, se ha construido una cotidianidad donde los ecosistemas son explotados y se promueve ese comportamiento tanto privada como públicamente, pues, por más que los capitalistas nieguen un interés político, influyen en esa esfera y gobiernos marchan bajo sus prerrogativas. Es por esta situación que el capitalismo ha logrado superar a través de los años su inherente tendencia a la crisis (al igual que el fascismo), solo transformándose superficialmente, pero manteniendo su esencia, tal como ocurriría hoy en su modo de enfrentar la crisis ambiental: el capitalismo verde. Ciertamente, esta propuesta no es más que otra forma de intentar calmar los ánimos de la gente que protesta por la gravedad de la situación ambiental actual, promoviendo supuestas medidas que harían del mundo un lugar más amigable con el planeta, pero que verdaderamente responsabilizan más a la población común y la llaman a cambiar sus conductas, mientras que los grandes responsables, a saber, empresarios y gobernantes, continúan con sus prácticas ecocidas. Este escenario no puede ser ignorado, porque, tal como se comprobó revisando la ética dirigida al futuro de Hans Jonas, el poder del ser humano es tan grande como para destruir el planeta en su completitud si no se hace consciente de esto, por lo cual es necesaria una revisión propia de las conductas, de manera que cada acción que se realice debe tener en cuenta mantener las condiciones para que exista un futuro para la Tierra. Por este motivo, se hizo necesario analizar críticamente la manera en que es abordada actualmente la responsabilidad por los daños al medioambiente, lo que trajo a la luz que las diferentes campañas y variados tratados que se promueven por un mundo más ecológico se enfocan en solicitarle a la gente común actitudes más ecológicas, mientras que las acciones nocivas contra la naturaleza por parte de grandes empresas reciben leve o nula sanción, lo cual es amparado por débiles regulaciones desde el sector público. Tales prácticas han logrado ser sostenidas gracias que el capitalismo evade su responsabilidad promoviendo soluciones superficiales a la crisis ambiental y declarándose el único modelo que brinda crecimiento al mundo, apelando al miedo a la inestabilidad de las personas, de manera que prefieran quedarse con este sistema antes que derrumbarse con la crisis, la que realmente no se irá. Así, también traslada su responsabilidad a toda la población, ya que si se le responsabiliza podrá responder que todos aceptan el modelo de sociedad capitalista, por lo

cual todos tienen el mismo nivel de responsabilidad en la destrucción del planeta, lo cual no es cierto, sino que existen diferentes tipos y grados tanto de responsabilidad como de culpa, correspondiéndole a los capitalistas una gran cuota de responsabilidad y hasta una culpa criminal, mientras que la población solo una responsabilidad vicaria y una culpa moral.

El esclarecimiento de esta estrategia de evitación y desplazamiento de la responsabilidad por la crisis ambiental de parte de los capitalistas puede ayudar a que la gente despierte de la ilusión bajo la que han sido puestos que sostiene que el capitalismo es la única forma de vida posible y, por ende, se deben aceptar sus condiciones. Sin embargo, este despertar a nivel transversal no es fácil, pues el mismo modelo capitalista constantemente busca debilitar la democracia y, con ello, el pensar crítico de la población, sorteando las posibles protestas de grandes grupos contra sus injustos valores. A causa de este escenario, es necesaria también una vía por la cual los individuos que quieran romper los obstáculos del capitalismo para lograr una sociedad ambientalmente responsable puedan cooperar conjuntamente teniendo ese fin en mente. A tal tarea se dirige el tercer capítulo de este escrito, el cual inicia presentando las características de la sociedad capitalista actual que fomenta un clima de desconfianza entre individuos y hacia las instituciones, puesto que su enfoque es el crecimiento económico y una dinámica de competencia por quien acumula más riqueza, lo que provoca que cada sujeto vea a un adversario en otros. Esta conducta le haría difícil a las personas reunirse bajo una misma intencionalidad colectiva, porque desconfían si es que sus pares tienen su misma consciencia ecológica o, en realidad, estarán buscando un rédito propio. Este debilitamiento de la confianza entre la gente, junto con la capacidad de apaciguar crisis modificando aspectos superficiales, configuran un mecanismo de defensa del capitalismo para evitar que se den movimientos revolucionarios que pongan en cuestión su modelo de sociedad. En efecto, estos elementos se hallan en el núcleo del capitalismo mismo, por lo cual, por más que abogue por tener comportamientos más ecológicos y transformarse en una versión que soluciones la crisis, se mantienen los rasgos que provocan la crisis, como es hoy la sobreexplotación de la naturaleza. Por esta razón, la única opción posible para realmente superar la crisis y lograr que los individuos cooperen sin un clima de desconfianza es hacer la transición hacia un nuevo paradigma ecológico. De este modo, la sociedad será

capaz de dejar atrás el influjo constante de tener que generar y acumular riqueza, a la vez que podrán concebir nuevas formas de relacionarse de manera más estrecha, esto es, a base de confianza. Esto es fundamental, porque la lucha contra el paradigma capitalista es una ardua tarea, por lo cual se necesita que la población forme un grupo sólido y fuerte que no flaquee en la batalla, para lo cual el factor de la confianza es una buena arma. Además, dado que se estaría pasando hacia un nuevo paradigma libre de los valores capitalistas, el tipo de confianza que impere en estos vínculos cooperativos no seguirá las lógicas del paradigma anterior, sino que será una confianza nacida del mutuo conocimiento entre los participantes, de manera que el trato prolongado les permitirá superar la desconfianza legada del capitalismo y transitar hacia una confianza como interés encapsulado, esto es, en base al compartir un mismo objetivo, que es romper las barreras del capitalismo y lograr un mundo ambientalmente responsable. En este punto de formación de los nexos colaborativos entre individuos fue importante detenerse en el concepto de reciprocidad, pues en el paradigma capitalista se ha solido concebir como que cada acción en la que alguien coopere con otro debe existir una retribución hacia el otro de manera económica o que lo ayude de alguna forma a tener mejor situación dentro de la sociedad capitalista. A causa de tal escenario, fue necesario replantear este término, notando que, si se avanza hacia un nuevo paradigma, la distancia ontológica entre el humano y la naturaleza irá desapareciendo, por lo cual la preocupación por el planeta será un elemento mucho más central a la hora de colaborar. Bajo ese espíritu, la retribución que puedan esperar las personas que hoy se reúnan y luchen por un mundo ambientalmente responsable pueden verse recompensado solo con la consecución de tal fin, pues se ha cumplido la misión que se habían propuesto. Esto permitirá que exista un futuro en la Tierra y que los seres que la habitan tengan una buena calidad de vida, pues la correcta distribución de la responsabilidad ambiental hará que la sociedad sea más justa y que los reales culpables paguen sus condenas cuando sea necesario. Incluso podría verse alguna especie de relación recíproca entre el ser humano y la naturaleza, al considerar la interdependencia fundamental que existe entre ellos, de manera que la naturaleza le retribuye al humano (no de manera consciente, sino que siguiendo su curso consustancial) manteniendo las condiciones para su existencia, mientras que el humano recompensa al planeta conservando un modelo de sociedad con valores ecológicos y responsables con su cuidado.

De esta forma, la investigación aquí llevada a cabo ha podido aclarar la estrategia de evasión y traslación de la responsabilidad por la crisis ambiental vigente por parte de los principales defensores y promotores del capitalismo, lo cual ha sido heredado de las tácticas usadas por el fascismo de la primera mitad del siglo XX, específicamente del régimen totalitario nazi. Por cierto, a través de su capacidad de adaptación para superar su tendencia inherente a la crisis, el capitalismo ha sido capaz de absorber este elemento del nacionalsocialismo con el paso a su fase actual, a saber, el neoliberalismo o capitalismo financiarizado. Esto no quiere decir necesariamente que el capitalismo sea fascista, sino que más bien la investigación realizada ha exhibido que puede poseer características tales, pues el uso de la estrategia de evitación y desplazamiento de la responsabilidad, junto con la influencia en distintos ámbitos de la sociedad, incluso previniendo cuestionamientos a su modelo, denotan un ánimo por controlar a la población y mantener el sistema regente. Es cierto que no han ocurrido el mismo tipo de crímenes de antaño como el asesinato masivo de personas, elemento que no se debe pasar por alto para diferenciar cómo se usó esta estratagema en el nazismo y la manera en que es utilizada hoy. Sin embargo, esto no evita que se deba poner también un gran acento sobre la situación del presente en día, pues la puesta en marcha de esta estrategia intensifica la crisis ambiental actual y, eventualmente, podría llevar a la destrucción de la Tierra, junto con seres que la habitan, incluido el humano. Por este motivo, el esclarecimiento de este mecanismo del capitalismo es crucial para generar un despertar en la población y que tome medidas para detenerlo, lo cual puede hacerse superando el paradigma reinante, transitando hacia uno con valores ecológicos y ambientalmente responsable. No es tarea fácil, pero el esfuerzo vale la pena, no solo por la conservación de la especie humana, sino que por preservar toda la naturaleza por su valor propio. Así, la esperanza por lograr una sociedad que posea una armonía entre el humano y el resto de la naturaleza puede ser posible con la reunión de los diferentes integrantes de la comunidad planetaria y la cooperación en base a una confianza con fines ecológicos.

BIBLIOGRAFÍA

1. ABC INTERNACIONAL. 15 de septiembre de 2020. Trump cuestiona a la ciencia que denuncia el cambio climático y Biden lo tilda de «pirómano del clima». [en línea] <https://www.abc.es/internacional/abci-trump-cuestiona-ciencia-denuncia-cambio-climatico-y-biden-tilda-piromano-clima-202009151048_noticia.html> [consulta: 30 de agosto de 2022].
2. AGENCIA PARA SUSTANCIAS TÓXICAS Y EL REGISTRO DE ENFERMEDADES. 2000. Resúmenes de salud Pública – Bifenilos policlorados (BPCs). Departamento de Salud y Servicios Humanos de EE. UU. [en línea] <https://www.atsdr.cdc.gov/es/phs/es_phs17.html> [consulta: 30 de agosto de 2022].
3. ARENDT, H. 2000a. Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal. Barcelona, Lumen.
4. ARENDT, H. 2000b. Los orígenes del totalitarismo. 2. Antisemitismo. Madrid, Alianza Editorial.
5. ARENDT, H. 2002. Los orígenes del totalitarismo. 3. Totalitarismo. Madrid, Alianza Editorial.
6. ARENDT, H. 2005. Culpa organizada. En: La tradición oculta. Buenos Aires, Paidós Básica.
7. ARENDT, H. 2008. Introducción a la política. En: La promesa de la política. Barcelona, Paidós. pp. 131-224.
8. ARENDT, H. 2019a. Auschwitz a juicio. En: Responsabilidad y juicio. Barcelona, Paidós Básica 128. pp. 213-236.
9. ARENDT, H. 2019b. El pensar y las reflexiones morales. En: Responsabilidad y juicio. Barcelona, Paidós Básica 128. pp. 161-184.

10. ARENDT, H. 2019c. *El Vicario: ¿silencio culpable?*. En: Responsabilidad y juicio. Barcelona, Paidós Básica 128. pp. 203-212.
11. ARENDT, H. 2019d. Responsabilidad colectiva. En: Responsabilidad y juicio. Barcelona, Paidós Básica 128. pp. 151-159.
12. ARENDT, H. 2019e. Responsabilidad personal bajo una dictadura. En: Responsabilidad y juicio. Barcelona, Paidós Básica 128. pp. 49-74.
13. BAIER, A. 1986. Trust and Antitrust. *Ethics* 96 (2): 231-260. <https://doi.org/10.1086/292745>.
14. BAUMAN, Z. 2006. Modernidad y Holocausto. Madrid, Sequitur.
15. BOFF, L. 2011. Ecología: grito de la tierra, grito de los pobres. Madrid, Editorial Trotta.
16. BORGES, J. L. 1999. Deutsches Requiem. En: El Aleph. Madrid, Alianza Editorial. pp. 93-103.
17. BROSWIMMER, F. 2005. Ecocidio. Breve historia de la extinción en masa de las especies. Pamplona, Laetoli.
18. CAMBRIDGE DICTIONARY. (s. f.). Coolie. [en línea] <<https://dictionary.cambridge.org/dictionary/english-spanish/coolie>> [consulta: 14 de agosto de 2022]
19. CAMPILLAY, J. 21 de noviembre de 2021. Jair Bolsonaro se mostró indiferente ante la destrucción de la Amazonía: “Las mismas bobadas de siempre”. ADN. [en línea] <<https://www.adnradio.cl/internacional/2021/11/21/jair-bolsonaro-se-mostro-indiferente-ante-la-destruccion-de-la-amazonia-las-mismas-bobadas-de-siempre.html>> [consulta: 30 de agosto de 2022].
20. CANTERO, M. 2015. El concepto de responsabilidad como clave de lectura de *Los orígenes del totalitarismo*. *Argumentos* 28 (79): 15-32.
21. CATTON, W. R. 2010. Rebasados. Las bases ecológicas para un cambio revolucionario. México, D. F., Océano.

22. CHARNESS, G. y SHMIDOV, V. 2014. Trust and Reciprocity. Foundations and Trends in Microeconomics 10 (3): 167-207. <http://dx.doi.org/10.1561/07000000065>.
23. COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE. Acuerdo Regional sobre el Acceso a la Información, la Participación Pública y el Acceso a la Justicia en Asuntos Ambientales en América Latina y el Caribe. 2018.
24. CONFERENCIA DE LAS NACIONES UNIDAS SOBRE CAMBIO CLIMÁTICO 21. Acuerdo de París. 12 de diciembre de 2015.
25. COOK, K., HARDIN, H. y LEVI, M. 2005. Cooperation Without Trust?. New York, Russell Sage Foundation.
26. COOPERATIVA.CL. 30 de noviembre de 2001. Texto íntegro de la carta en la que Eduardo Miño explica los motivos para inmolarse. [en línea] <<https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/texto-integro-de-la-carta-en-la-que-eduardo-mino-explica-los-motivos/2001-11-30/123300.html>> [consulta: 30 de agosto de 2022].
27. DESCARTES, R. 1987. Discurso del método, Dióptrica, Meteoros y Geometría. Madrid, Ediciones Alfaguara.
28. DINAR, A. y HOGARTH, M. 2015. Game Theory and Water Resources. Critical Review of its Contributions, Progress and Remaining Challenges. Foundations and Trends in Microeconomics 11 (1-2): 1-139. <http://dx.doi.org/10.1561/07000000066>.
29. FRASER, N. Y JAEGGI, R. 2019. Capitalismo: Una conversación desde la Teoría Crítica. Madrid, Morata.
30. FRIDAYS FOR FUTURE. 2022. [en línea] <<https://fridaysforfuture.org/>> [consulta: 14 de septiembre de 2022].
31. FRIEDMAN, M. 2002. Capitalism and Freedom. Chicago y Londres, The University of Chicago Press.

32. GOBIERNO DE CHILE. 14 de diciembre de 2018. Gobierno lanza campaña nacional de ahorro de agua. [en línea] <<https://www.gob.cl/noticias/gobierno-lanza-campana-nacional-de-ahorro-de-agua/>> [consulta: 30 de agosto de 2022].
33. GONZÁLEZ, R. 2018. Mercado, humanidades y educación: Un análisis desde la Ontología Social. *Revista de Filosofía* 74: 73-90.
34. HARDIN, R. 1991. Trusting Persons, Trusting Institutions. En: ZECKHAUSER, R. J. (Ed.). *Strategy and Choice*. Cambridge y Londres, The MIT Press. pp. 185-209.
35. HART, H. L. A. 2008. *Punishment and Responsibility. Essays in the Philosophy of Law*. New York, Oxford University Press.
36. HEIDEGGER, M. 1997. La pregunta por la técnica. En: *Filosofía, ciencia y técnica*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria. pp. 111-148.
37. HEIMER, C. A. 2001. Solving the Problem of Trust. En: COOK, K. (Ed.). *Trust in Society*. New York, Russell Sage Foundation. pp. 40-88.
38. INSTITUTO NACIONAL DEL CÁNCER. 20 de marzo de 2015. Asbesto (amianto). Departamento de Salud y Servicios Humanos de EE. UU. [en línea] <<https://www.cancer.gov/espanol/cancer/causas-prevencion/riesgo/sustancias/asbesto>> [consulta: 30 de agosto de 2022].
39. JASPERS, K. 1998. *El problema de la culpa*. Barcelona, Paidós.
40. JONAS, H. 1995. *El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Barcelona, Editorial Herder.
41. KEMPF, H. 2011. *Cómo los ricos destruyen el planeta*. Madrid, Clave Intelectual.
42. KOHN, J. 2019. Introducción. En: ARENDT, H. *Responsabilidad y juicio*. Barcelona, Paidós Básica 128. pp. 17-35.
43. KUHN, TH. S. 2004. *La estructura de las revoluciones científicas*. México, Fondo de Cultura Económica.

44. LEAL, Y. 2018. Hannah Arendt: el problema de la responsabilidad ante los crímenes de lesa humanidad en los regímenes totalitarios. *Mutatis Mutandis: Revista Internacional de Filosofía* (10): 9-36.
45. MASUDA, Y. 1972. Las posibilidades de la cultura japonesa. *Revista de la Universidad de México XXVII* (3): 2-8.
46. MAYUMI, K., SOLOMON, B. D. y CHANG, J. 2005. The Ecological and Consumption Themes of the Films of Hayao Miyazaki. *Ecological Economics* 54: 1-7. <https://doi.org/10.1016/j.ecolecon.2005.03.012>.
47. MINISTERIO DE ENERGÍA DE CHILE. 15 de octubre de 2021. Lanzamiento Estrategia Nacional de Electromovilidad: Gobierno anuncia que el 2035 se venderán solo vehículos eléctricos en Chile. [en línea] <<https://energia.gob.cl/noticias/nacional/lanzamiento-estrategia-nacional-de-electromovilidad-gobierno-anuncia-que-al-2035-se-venderan-solo-vehiculos-electricos-en-chile>> [consulta: 30 de agosto de 2022].
48. MONGE, Y. 27 de noviembre de 2018. Trump sobre el informe del cambio climático: “No me lo creo”. *El País*. [en línea] <https://elpais.com/internacional/2018/11/27/estados_unidos/1543283242_634443.html> [consulta: 30 de agosto de 2022].
49. NEIRA, H., RUSSO, L. I. Y ÁLVAREZ SUBIABRE, B. 2019. Ecocidio. *Revista de Filosofía* 76: 127-148.
50. ORTEGA Y GASSET, J. 1964a. El hombre y la gente. *En*: Obras completas. Tomo VII (1948-1958). Madrid, Revista de Occidente. pp. 69-272.
51. ORTEGA Y GASSET, J. 1964b. Historia como sistema. *En*: Obras completas. Tomo VI (1941-1946). Madrid, Revista de Occidente. pp. 11-50.
52. OVIEDO SOTELO, D. 2018. La obra de Hans Jonas: ética de la responsabilidad para generaciones futuras y no-tecnooptimistas. *Revista Científica de la UCSA* 5 (3): 69-79.

53. PHARR, S., PUTNAM, D. y DALTON, R. 2000. A Quarter-Century of Declining Confidence. *Journal of Democracy* 11 (2): 5-25. <https://doi.org/10.1353/jod.2000.0043>.
54. PROPUESTA CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE LA REPÚBLICA DE CHILE. 2022.
55. REICH, W. 1972. *Psicología de masas del fascismo*. Madrid, Editorial Ayuso.
56. REJÓN, R. 19 de octubre de 2018. Bolsonaro se une a Donald Trump en el eje que mina la lucha contra el cambio climático. *elDiario.es*. [en línea] <https://www.eldiario.es/sociedad/bolsonaro-trump-lucha-cambio-climatico_1_1886629.html> [consulta: 30 de agosto de 2022].
57. SADDHATISSA, H. 1974. *Introducción al budismo*. Madrid, Alianza Editorial.
58. SCHOPENHAUER, A. 2009. *El mundo como voluntad y representación I*. Madrid, Editorial Trotta.
59. SEARLE, J. 2010. *Making the Social World. The Structure of Human Civilization*. New York, Oxford University Press.
60. SHIVA, V. 2004. *Abrazar la vida. Mujer, ecología y supervivencia*. Madrid, horas y Horas.
61. SOMOS FALABELLA. 4 de agosto de 2022. Dale una segunda vida a tu ropa en Falabella. [en línea] <<https://www.somosfalabella.com/moda/reciclar-ropa/>> [consulta: 30 de agosto de 2022].
62. TRUNGPA, CH. 2010. *La verdad del sufrimiento y el camino de la liberación*. Barcelona, Editorial Kairós.
63. VÁZQUEZ GARCÍA, A. 2004. La responsabilidad por daños al ambiente. *Gaceta Ecológica* (73): 45-62.
64. VILLA, D. R. 1999. *Politics, Philosophy, Terror*. Princeton, New Jersey, Princeton University Press.

65. YAMAGISHI, T. 1998. The Structure of Trust. An Evolutionary Game of Mind and Society. Tokio, Tokio University Press.
66. ZAPATA-LILLO, P. 2008. How Does Environment Awareness Arise? An Evolutionary Approach. En: DINAR, A., ALBIAC, J. y SÁNCHEZ-SORIANO, J. (Eds.). Game Theory and Policymaking in Natural Resources and the Environment. Londres y New York, Routledge Explorations in Environmental Economics. pp. 278-306.

